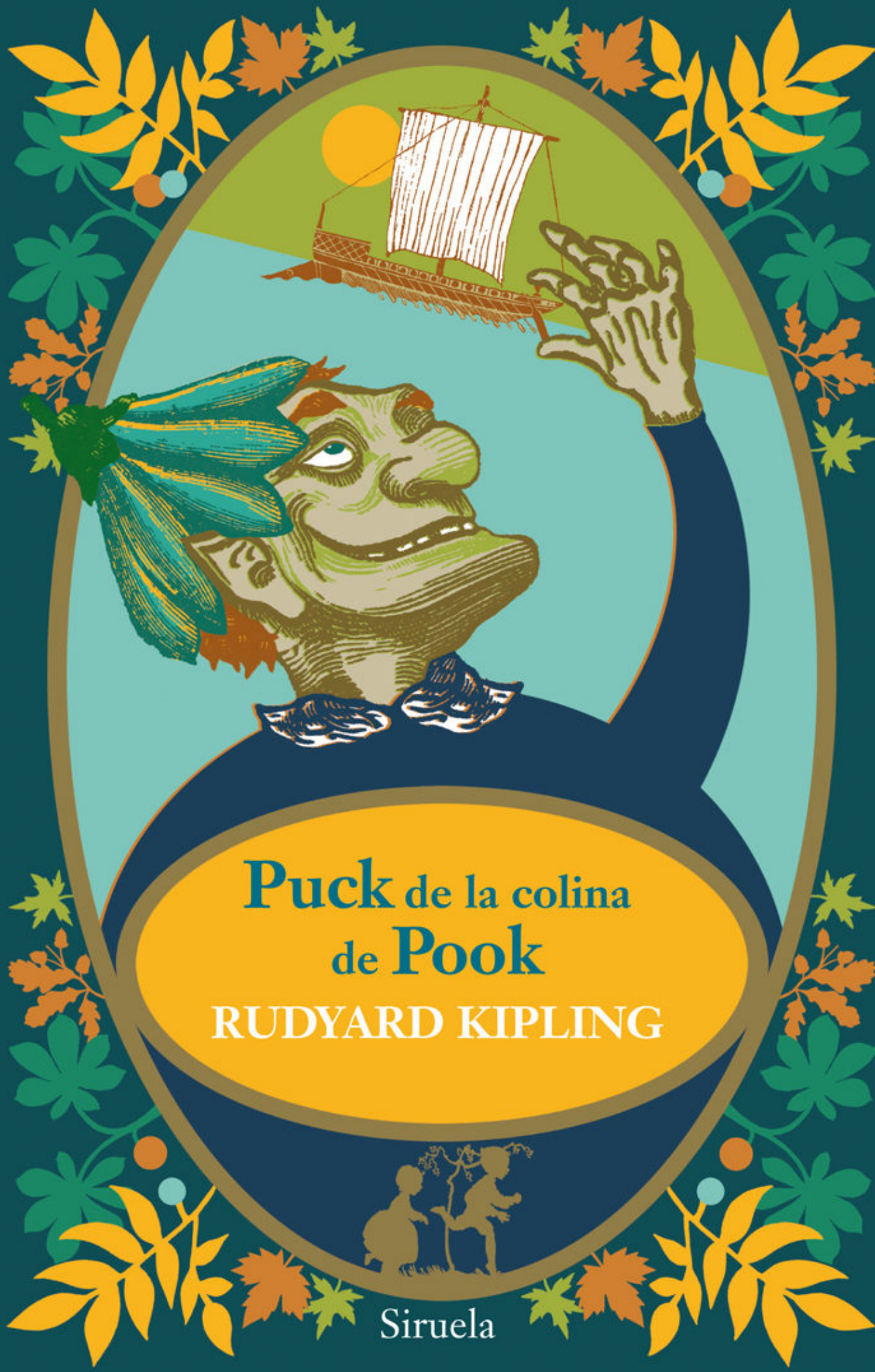




**Puck de la colina
de Pook**
RUDYARD KIPLING

Siruela

RUDYARD KIPLING

**Puck de la colina
de Pook**



Ediciones Siruela

PUCK DE LA COLINA DE POOK

Rudyard Kipling

Traducción del inglés de
Cristina Sánchez-Andrade



Siruela Las Tres Edades

Índice

CUBIERTA

LA ESPADA DE WELAND

LA CANCIÓN DE PUCK

LA ESPADA DE WELAND

LA CANCIÓN DEL ÁRBOL

JÓVENES EN EL FEUDO

JÓVENES EN EL FEUDO

LA CANCIÓN DE SIR RICHARD

LOS CABALLEROS DE LA AVENTURA MARAVILLOSA

CANCIÓN DE ARPA

LOS CABALLEROS DE

LA CANCIÓN DE THORKILD

LOS ANCIANOS DE PEVENSEY

LOS ANCIANOS DE PEVENSEY

LAS RUNAS DE LA ESPADA DE WELAND

UN CENTURIÓN DE LA TRIGÉSIMA

CIUDADES, TRONOS Y PODERES

UN CENTURIÓN DE LA TRIGÉSIMA

CANCIÓN DE LA BRITANIA ROMANA

EN LA MURALLA

EN LA MURALLA

UNA CANCIÓN PARA MITRA

LOS CASCOS ALADOS

LOS CASCOS ALADOS

UNA CANCIÓN DE LOS PICTOS

HAL EL DIBUJANTE

HAL EL DIBUJANTE

CANCIÓN DE LOS CONTRABANDISTAS

LA DESBANDADA DE DYMCHURCH

LA CANCIÓN DEL NIÑO DE LAS ABEJAS

LA DESBANDADA DE DYMCHURCH

UNA CANCIÓN EN TRES PARTES

EL TESORO Y LA LEY

LA CANCIÓN DEL QUINTO RÍO

EL TESORO Y LA LEY

CANCIÓN DE LOS NIÑOS

NOTAS

CRÉDITOS

LA ESPADA DE WELAND

LA CANCIÓN DE PUCK

¿Veis el camino bacheado que discurre
semihundido entre los trigales?
¡Ahí fue donde se emplazaron los cañones
que abatieron a la flota de Felipe II!

¿Veis cómo trasiega nuestro pequeño molino,
movido por las aguas del riachuelo?
Viene moliendo el grano y pagando impuestos
desde los tiempos del *Domesday*.

¿Veis esos mudos robledales,
y las peligrosas zanjas que los flanquean?
En ellos fueron vencidos los sajones
el mismo día en que Harold pereció.

¿Veis las planicies ventosas que se extienden
por las puertas de Rye?
Hacia ellas huyeron los hombres del Norte
cuando divisaron las naves de Alfredo.

¿Veis los anchos y solitarios pastos,
en donde pasta el buey rojo?
Allí se alzó una ciudad poblada y conocida
antes de que Londres contase con una sola casa.

¿Y veis, cuando la lluvia cesa, las ruinas
de túmulos, fosos y murallas?
¡Ese fue el campamento de una de las legiones
que César trajo navegando desde las Galias!

¿Y veis esas señales que van y vienen,
como sombras que se ciernen sobre las colinas?
¡Son las líneas que trazó el hombre primitivo,
para defender sus mágicos poblados!

¡Caminos, campamentos y ciudades perdidas,
saladas marismas donde hoy brota el trigo!
¡Vieja paz, viejas artes guerreras, que al cesar
dieron cuna a Inglaterra!

No es un lugar cualquiera,
ni sus aguas, ni sus bosques, ni sus aires.

Es la Isla de Merlín, la de Gramarye,
hacia donde tú y yo nos dirigiremos.

LA ESPADA DE WELAND

Los niños estaban en el teatro, representando ante tres vacas todo lo que podían recordar de *El sueño de una noche de verano*. Su padre les había hecho un pequeño resumen de la obra de Shakespeare y habían ensayado con él y con su madre hasta que lo supieron recitar de memoria. Empezaban cuando Nick Bottom, el tejedor, sale de entre los arbustos con una cabeza de burro sobre los hombros y encuentra dormida a Titania, Reina de las Hadas. Entonces saltaban a la escena en donde Bottom pide a tres haditas que le rasquen la cabeza y le traigan miel, y terminaban donde se queda dormido en brazos de Titania. Dan hacía de Puck y de Nick Bottom, así como de las tres hadas. Para interpretar el papel de Puck vestía un gorro de trapo puntiagudo, y una cabeza de burro de papel que les había tocado en un paquete sorpresa de Navidad –que se desgarraba si no tenías cuidado– para hacer de Bottom. Una era Titania, con una corona de columbines y una ramita de dedalera a modo de varita mágica.

El teatro se encontraba en una pradera conocida como el Gran Declive. Un arroyuelo, que surtía de agua a un molino situado a dos o tres prados de distancia, torcía por una de sus esquinas y, en medio de la curva, aparecía un gran anillo de hadas, de hierba más oscura, que hacía las veces de escenario. En las orillas del arroyuelo crecían frondosos sauces, avellanos y rosas silvestres, que resultaban muy adecuados para esperar el turno de entrada en escena; un adulto que lo había visto dijo que ni Shakespeare hubiera podido imaginar un escenario más indicado para representar su obra. No se les permitía, por supuesto, actuar en la misma noche del solsticio de verano, pero se acercaron allí la víspera, después de la hora del té, cuando las sombras comenzaban a crecer. Llevaban consigo la cena: huevos duros, galletas Bath Oliver y un sobre con sal. Las tres vacas habían sido ordeñadas y pacían tranquilamente emitiendo un rumor de hierba arrancada que se oía pradera abajo. Y el sonido del molino en marcha recordaba a unos pies descalzos corriendo sobre un duro suelo. Un cuclillo, posado en el poste del portón, entonaba su quebrada melodía de junio, *cu-cu*, mientras que un atareado martín pescador se acercaba volando desde el canal del molino hasta el arroyo que discurría por el extremo opuesto de la pradera. Todo lo demás era una quietud espesa que desprendía un olor a reina de los prados y a hierba seca.

La obra marchaba a la perfección. Dan se acordó de todos sus papeles –Puck, Bottom y las tres hadas–, y Una no olvidó ni una sola palabra de Titania, incluida la parte más complicada en la que cuenta a las hadas cómo alimentar a

Bottom con «albaricoques, higos verdes y zarzamoras», ni los versos acabados en plural. Quedaron tan satisfechos que repitieron la obra tres veces, de cabo a rabo, antes de sentarse en el ralo centro del anillo de hadas para comer huevos y las galletas Bath Oliver. Fue entonces cuando oyeron un silbido procedente de los alisos de la orilla y se llevaron un susto.

La maleza se abrió. En el mismísimo sitio donde Dan había representado a Puck, vieron un hombrecillo de tez morena, anchas espaldas, orejas puntiagudas, nariz respingona, ojos azules rasgados y una sonrisa que recorría su rostro pecoso. Incluyó la frente como si estuviese observando a Quince, Snout, Bottom y todos los demás, ensayando *Píramo y Tisbe*, y con una voz cavernosa que recordaba a la de las tres vacas cuando piden ser ordeñadas, comenzó:

Qué gente de baja calaña tenemos por aquí pavoneándose, tan cerca de la cuna de la reina de las hadas...

Se interrumpió, ahuecó la mano detrás de la oreja y, con un guiño perverso en los ojos, prosiguió:

¡Una comedia en marcha! Pues asistiré como espectador; como actor, también, si la ocasión se presta.

Los niños miraron boquiabiertos. El hombrecillo, que no le llegaría a Dan ni a la altura de los hombros, entró silenciosamente en el anillo.

–He perdido la práctica –dijo–, pero así es como debe interpretarse mi papel.

Los niños no dejaban de mirarle perplejos: desde su gorra azul marino como una flor de columbina, hasta sus pies descalzos y peludos. Finalmente se echó a reír.

–Por favor, no me miréis así. Yo no tengo la culpa de nada. ¿Qué esperabais? –dijo.

–No esperábamos a nadie –contestó Dan lentamente–. Esta pradera es nuestra.

–¿Ah, sí? –dijo el visitante mientras se sentaba–. ¿Entonces qué diablos os llevó a interpretar *El sueño de una noche de verano* tres veces, en vísperas del solsticio, en medio del anillo y en las faldas, justo en las faldas, de una de las colinas más antiguas de la Vieja Inglaterra? La colina de Pook, la colina de Puck, ¡la colina de Puck, la colina de Pook! Salta a la vista como la nariz que despunta en mi rostro.

Señaló la desnuda loma de la colina de Pook, solo cubierta de helechos, que ascendía desde el extremo más opuesto del arroyo del molino hasta los tupidos bosques. Más allá de ese bosque, el terreno se elevaba progresivamente hasta alcanzar unos quinientos pies, hasta llegar por fin a la pelada cumbre de la

Colina de la Almenara, desde donde se divisan las llanuras de Pevensy, el Canal y la mitad de las desnudas Colinas del Sur.

–¡Por el Roble, el Fresno y el Espino...! –exclamó, todavía riendo–. ¡Si esto hubiera ocurrido hace cien años, tendríais aquí a toda la Gente de las Colinas como un enjambre de abejas en junio!

–No sabíamos que estaba mal lo que hacíamos –dijo Dan.

–¡Mal! –el hombrecillo se estremeció de risa–. ¡Pues claro que no está mal! Acabáis de conseguir algo por lo que los reyes, los caballeros y los estudiosos de los viejos tiempos habrían dado sus coronas, sus espuelas y sus libros. ¡Ni con ayuda del mismísimo Merlín lo hubierais hecho mejor! Habéis roto el hechizo que pesaba sobre las colinas, las habéis abierto. Y esto no ocurría desde hace más de mil años.

–Nosotros... nosotros no teníamos intención de hacerlo –dijo Una.

–¡Pues claro que no! Por eso lo habéis hecho. Por desgracia ahora las colinas están deshabitadas, toda la gente se ha marchado. Yo soy el único que queda. Soy Puck, el más viejo de los Seres Antiguos de Inglaterra, a vuestra entera disposición, si es que queréis tener trato conmigo, claro está. Si es que no, solo tenéis que decirlo y me esfumaré.

Echó un vistazo a los niños, y los niños le miraron a él durante medio minuto largo. Dejó de guiñar los ojos. Había en ellos algo tierno, y en sus labios comenzaba a esbozarse una sonrisa.

Una extendió su mano.

–No te vayas –le dijo–. Nos caes bien.

–Toma una Bath Oliver –dijo Dan, y le acercó el paquete aplastado junto con los huevos.

–¡Por el Roble, el Fresno y el Espino! –exclamó Puck quitándose la gorra azul–. También a mí me caéis bien. Échale bastante sal a la galleta, Dan, y me la comeré a medias contigo. Así verás qué tipo de persona soy. Algunos de los nuestros –prosiguió con la boca llena– no podían soportar ni la sal, ni las herraduras colocadas sobre las puertas, ni la baya del fresno silvestre, ni las corrientes de agua, ni el hierro frío, ni el tañido de las campanas de las iglesias. ¡Pero yo soy Puck!

Se sacudió cuidadosamente las migas de su jubón y les estrechó la mano.

–Dan y yo siempre nos hemos dicho –tartamudeó Unaque, si alguna vez nos pasara esto, sabríamos exactamente qué hacer. Pero ahora, de alguna manera, todo es distinto.

–Se refiere a si nos encontráramos con un duende –explicó Dan–. Yo nunca he creído en ellos, al menos desde que cumplí seis años.

–Yo sí –dijo Una–. Bueno, creía a medias, hasta que aprendimos *Adiós recompensas*. ¿Conoces *Adiós recompensas y hechizos*?

–¿Te refieres a esto? –echó su gran cabeza hacia atrás y comenzó en el segundo verso:

Las buenas comadres bien pueden decir,
ahora que las mujeres de mala vida
tienen en las vaquerías tan buena vida
y aunque no barren menos sus hogares

(¡Tú también, Una!:))

que otras chicas,
que sin embargo últimamente
encuentran seis peniques en su zapato.

El eco resonó por toda la pradera.

–Pues claro que lo conozco –dijo.

–Y luego está el verso sobre los anillos –dijo Dan–. Cuando era pequeño siempre me hacía sentir mal.

–¿Te refieres a «Dejad memoria de aquellos anillos y danzas»? –retumbó la voz de Puck como si fuese un órgano de iglesia.

De aquellos que aún existen,
que en los tiempos de la Reina María arraigaron
en gran número de praderíos herbosos.
Pero desde el reinado de Elisabeth,
y más tarde cuando James llegó,
jamás se han vuelto a ver en los páramos,
como en otros tiempos ocurría.

–Ha pasado ya un tiempo desde la última vez que lo escuché, pero de nada sirve ponerlo ahora en entredicho: es cierto. La Gente de las Colinas se ha ido. Les he visto llegar a la Vieja Inglaterra y les he visto irse. Gigantes, trolls, kelpies, brownies, duendes, trasgos; espíritus de los bosques, de los árboles, de la tierra, del agua; guardianes de tesoros, buena gente, enanos, pishogues, leprechauns, hombres de brezo, caballeros nocturnos, pixies, nixies, gnomos y todos los demás, ¡se han ido todos! Yo llegué a Inglaterra con el Roble, el Fresno y el Espino, y cuando el Roble, el Fresno y el Espino desaparezcan, me iré con ellos.

Dan echó un vistazo a la pradera: el roble de Una, junto al portón pequeño, la hilera de fresnos inclinados sobre la Charca de la Nutria, donde el arroyo remansaba sus aguas cuando el molino no las necesitaba, el viejo y nudoso espino blanco donde las tres vacas solían rascarse los cuellos.

–No pasa nada –dijo, y añadió–: este otoño también voy a plantar un

montón de bellotas.

–Entonces, debes de ser muy requeteviejo... –quiso saber Una.

–No, viejo no. Solo un hombre de vida bastante prolongada, como dice la gente de por aquí. Porque, veréis, mis amigos solían dejarme un cuenco de nata de noche cuando Stonehenge aún era nuevo. Sí, antes de que el hombre de la Edad de Piedra llenara el Estanque del Rocío bajo Chanctonbury Ring.

Una batió las palmas y gritó: «¡Oh!», al tiempo que asentía con la cabeza.

–Se le acaba de ocurrir un plan –explicó Dan–. Siempre hace eso cuando se le ocurre un plan.

–Estaba pensando una cosa: ¿qué te parecería si te dejamos un poco de nuestras gachas y te las subimos al ático? Si las dejamos en nuestro cuarto de juegos, se van a dar cuenta.

–En nuestro cuarto de estudio –le corrigió Dan con rapidez. Y Una se puso colorada, ya que ese verano se habían hecho la promesa solemne de no llamar más cuarto de juegos a lo que era un cuarto de estudio.

–¡Que Dios bendiga tu buen corazón! –contestó Puck–. Un día de estos te convertirás en una hermosa muchacha sin precio en los días de mercado. No necesito que me guardéis un tazón, pero si alguna vez tengo hambre, estad seguros de que os lo haré saber.

Se tumbó cuan largo era sobre la hierba seca y los niños hicieron otro tanto junto a él, agitando alegremente las piernas desnudas en el aire. Se dieron cuenta de que no le podían tener más miedo del que sentían por su buen amigo el viejo Hobden el podador de setos. Este no les molestaba con preguntas de adulto ni se reía de la cabeza de burro, sino que se tumbaba en el suelo y sonreía para sus adentros con enorme discreción.

–¿Tenéis por ahí una navaja? –preguntó Puck, al fin.

Dan le extendió su enorme navaja de excursión, de una sola hoja, y Puck comenzó a recortar un pedazo de turba del centro del anillo.

–¿Para qué es eso? ¿Es magia? –dijo Una mientras él presionaba un cuadrado de turba color chocolate que se cortaba como si fuese queso.

–Es uno de mis truquitos –contestó él, y cortó otro pedazo–. Es que, veréis, no os puedo dejar entrar en las colinas porque las gentes se han marchado. Pero si aceptáis «tomar posesión» con mi ayuda, podré mostraros algo que desconocen el resto de los humanos. Realmente, os lo habéis merecido.

–¿Qué es eso de «tomar posesión»? –preguntó Dan con cautela.

–Es una vieja costumbre que seguían las gentes cuando compraban y vendían tierra. Solían cortar un terruño y ofrecérselo al comprador, y uno no era legalmente propietario de la tierra (es decir, que no le pertenecía) hasta que el otro te había entregado un pedazo de la misma, así –les ofreció la turba en su mano.

–Pero si el prado es nuestro –dijo Dan retrocediendo–. ¿Pretendes hacerlo desaparecer?

Puck comenzó a reír:

–Ya sé que es vuestro prado, pero esconde muchas más cosas de las que vosotros o vuestro padre podríais imaginar. ¡Prueba!

Miró a Una.

–Yo lo haré –dijo ella. Y Dan siguió su ejemplo sin vacilar.

–Ahora sois legalmente propietarios de toda la Vieja Inglaterra –canturreó Puck–. Por privilegio del Roble, el Fresno y el Espino, tenéis libertad de ir y venir, de mirar y conocer lo que yo os muestre o lo que mejor os parezca. Veréis lo que tengáis que ver y oiréis lo que tengáis que oír, aunque ello haya ocurrido hace tres mil años, y no conoceréis ni el temor ni la duda. Sujetad con fuerza todo lo que os doy.

Los niños cerraron los ojos, pero nada ocurrió.

–¿Y bien? –dijo Una, abriéndolos con decepción–. Pensé que iba a ver dragones.

–Aunque hubiese sucedido hace tres mil años –dijo Puck, y contó con los dedos–: No, me temo que hace tres mil años no existían dragones.

–Pero no ha ocurrido nada de nada –dijo Dan.

–Un poco de paciencia –replicó Puck–. No crece un roble en un año y la Vieja Inglaterra es más vieja que veinte robles. Vamos a sentarnos a pensar. Creo que podré conseguirlo si cojo solo un siglo cada vez.

–Sí, porque eres un duende –dijo Dan.

–¿Me habéis oído pronunciar esa palabra en lo que llevo hablado? –soltó Puck.

–No. Has hablado de «la Gente de las Colinas», pero no has dicho «duendes» –dijo Una–. Justo estaba pensando en eso. ¿Acaso no te gusta?

–¿Qué te parecería si te llamaran «mortal» o «humano» todo el tiempo? –dijo Puck–. ¿O «hijo de Adán» o «hija de Eva»?

–A mí no me gustaría nada –dijo Dan–. Así es como hablan los djinns y los afrits en *Las mil y una noches*.

–Así me siento yo al pronunciar esa palabra que no quiero pronunciar. En todo caso, *esas palabras* de las que habláis son pura invención, denominaciones que la Gente de las Colinas jamás han escuchado, moscas zumbonas con alas de mariposa, trajecitos de gasa y estrellas brillantes en los cabellos, y una varita mágica como la vara de un maestro para castigar a los niños malos y premiar a los buenos. ¡Ya las conozco!

–No queríamos decir eso –dijo Dan–. También nosotros las odiamos.

–Exacto –dijo Puck–. ¿Acaso pensáis que a la Gente de las Colinas no les importa que se los confunda con aquella partida de empalagosos impostores

con alitas de colorines y varas oscilantes? ¡Pues claro que sí, alas de mariposa...! Yo he visto a Sir Huon y su tropa salir del castillo de Tintagel hacia Hy-Brasiel en pleno temporal del sudeste, con la espuma volando por encima del castillo y los Caballos de las Colinas locos de pánico. Salieron en un momento de calma, chillando como gaviotas y fueron arrastrados cinco millas largas tierra adentro, antes de que pudiesen plantarle cara al viento. ¡Alas de mariposa! Era magia, una magia tan negra como la que podría hacer Merlín, y todo el mar cubierto de fuego verde, y espuma blanca, con sirenas cantarinas. Y los Caballos de las Colinas saltaban de ola en ola a la luz de los relámpagos. ¡Eso es lo que ocurría en los viejos tiempos!

–Magnífico –dijo Dan; pero Una se estremeció.

–Pues me alegro de que se hayan ido. ¿Pero qué hizo que la Gente de las Colinas se marchara? –preguntó Una.

–Varias cosas. Algún día te contaré lo que provocó la huida de todos –contestó Puck–. Pero no huyeron todos a la vez. Se fueron marchando uno a uno durante siglos. La mayoría eran extranjeros que no soportaban nuestro clima. Esos fueron los primeros en largarse.

–¿Cuándo huyeron? –preguntó Dan.

–Hace dos mil años o tal vez más. El caso es que empezaron siendo dioses. Los fenicios trajeron alguno cuando vinieron a comprar estaño, y los galos, los jutos, los daneses, los frisios y los anglos trajeron más cuando desembarcaron. Por aquel entonces estaban continuamente desembarcando, o viéndose obligados a regresar a sus barcos, y siempre traían sus dioses consigo. Inglaterra es un mal lugar para dioses. Yo, personalmente, empecé siendo como pretendo seguir siempre. Un plato de gachas, un vaso de leche y un poco de diversión tranquila por los caminos con las gentes de campo me bastaban entonces, como también me bastan ahora. Y es que pertenezco a este lugar, y durante toda mi vida me he mezclado con sus gentes. Pero la mayoría insistía en ser dioses y en tener templos, altares, sacerdotes y sacrificios propios.

–¿Es verdad que a la gente se la quemaba en cestones de mimbre tal y como nos ha contado la señorita Blake? –quiso saber Dan.

–Se practicaban todo tipo de sacrificios –contestó Puck–. Si no era con hombres, era con caballos, ganado, cerdos o *metheglin*, que es una especie de cerveza dulzona y pegajosa que a mí nunca me gustó. Aquellos tipos viejos eran una extravagante y altiva colección de ídolos: los Seres Antiguos. ¿Y qué es lo que pasó? A los hombres, en la mayoría de los casos, no les gusta que los sacrifiquen, ni siquiera les seducía la idea de sacrificar a los caballos de sus granjas. Después de un tiempo, la gente acabó por prescindir de aquellos Seres Antiguos, y los techos de sus templos se desplomaron, y los supuestos dioses tuvieron que salir por piernas y buscarse una nueva ocupación. A algunos les

dio por merodear por los árboles o por esconderse en las tumbas y gemir durante las noches. Si gemían lo bastante alto y prolongado, a lo mejor conseguían asustar a un pobre campesino y obligarle a que sacrificase una gallina o que les dejase una libra de mantequilla. Recuerdo a una diosa llamada Belisama. Se convirtió en un vulgar espíritu de las aguas en algún lugar de Lancashire. Y tenía muchos más amigos. Primero fueron dioses, luego Gente de las Colinas y más tarde huyeron a otros lugares porque, por una razón u otra, no conseguían llevarse bien con los ingleses. Solo recuerdo a uno de esos Seres Antiguos que consiguió sobrevivir trabajando honestamente después de bajar a este mundo. Se llamaba Weland, y era el herrero de los dioses. Ahora no recuerdo sus nombres, pero él solía hacerles espadas y lanzas. Creo que solía decir que estaba emparentado con Thor, el de los escandinavos.

–¿El Thor de los *Héroes de Asgard*? –dijo Una, que había estado leyendo el libro.

–Tal vez –contestó Puck–. De todas formas, cuando vinieron los malos tiempos, ni robó ni mendigó. Se puso a trabajar y yo tuve la suerte de poder hacerle un favor.

–Cuéntanoslo –dijo Dan–. Me gusta saber cosas de los Seres Antiguos.

Se acomodaron, cada uno de ellos masticando una brizna de hierba. Puck se apoyó sobre su fuerte brazo y prosiguió:

–A ver... Conocí a Weland por primera vez una tarde de noviembre, durante una tormenta de agua nieve, en la llanura de Pevensey.

–¿Te refieres a Pevensey, al otro lado de la colina? –preguntó Dan señalando hacia el sur.

–Sí, pero en aquellos tiempos todo hasta Horsebridge y Hydenseye, todo era una ciénaga. Yo estaba en la Colina de la Almenara, que por entonces llamaban Brunanburgh, cuando me percaté del débil resplandor que emiten los tejados de paja ardiendo y bajé a echar un vistazo. Algunos piratas (creo que se trataba de los hombres de Peofn) estaban quemando un pueblo de la llanura, y la imagen de Weland, una silueta grande y del color oscuro de la madera, con cuentas de ámbar alrededor del cuello, yacía en la proa de una nave negra de treinta y dos remos que había encallado en la playa. ¡Hacía un frío de mil demonios! De la cubierta de la nave colgaban carámbanos de hielo, los remos estaban cubiertos por una capa brillante de hielo y en los labios de Weland también había hielo. Cuando me vio, comenzó a entonar un largo cántico en su propia lengua, contándome cómo iba a gobernar Inglaterra y cómo iba yo a oler el humo de sus altares desde Lincolnshire hasta la Isla de Wight. No le di mucha importancia. Había visto ya demasiados dioses asaltando la Vieja Inglaterra como para inquietarme por aquello. Le dejé cantar mientras sus hombres

quemaban el pueblo y luego le dije (no sé cómo se me ocurrió): «Herrero de los dioses, ya llegará el día en que te vea por los caminos ofreciendo tus servicios».

–¿Y qué dijo Weland? –quiso saber Una–. ¿Se enfadó?

–Me llamó de todo y puso los ojos en blanco. Yo salí corriendo para alertar a las gentes de tierra adentro. Pero los piratas conquistaron el país, y durante siglos Weland fue el dios más importante. Tenía templos por todas partes, desde Lincolnshire hasta la Isla de Wight, como él mismo había dicho, y sus sacrificios eran realmente escandalosos. Para hacerle justicia, es preciso decir que prefería los caballos a los hombres; pero, hombres o caballos, yo estaba convencido de que tendría que acabar descendiendo al mundo terrenal, al igual que los otros Seres Antiguos. Le concedí mucho tiempo, cerca de mil años, y al término de este periodo entré en uno de sus templos, cerca de Andover, para ver cómo le iba. Ahí estaba su altar, ahí estaba su imagen, ahí estaban sus sacerdotes, y ahí estaban sus fieles, y todos parecían bastante satisfechos, excepto Weland y los sacerdotes. En los viejos tiempos los fieles no se sentían satisfechos hasta que los sacerdotes habían elegido a sus víctimas; a vosotros también os habría pasado lo mismo. Cuando empezó la ceremonia, surgió un sacerdote de entre los fieles, arrastró a un hombre hasta el altar, fingió golpearle en la cabeza con una pequeña hacha dorada, y el hombre cayó al suelo como si estuviese muerto. Entonces todos empezaron a chillar: «¡Un sacrificio a Weland! ¡Un sacrificio a Weland!».

–¿Y el hombre no estaba muerto de verdad? –preguntó Una.

–En absoluto. Todo era tan irreal como una merienda de muñecas. Luego sacaron un espléndido caballo blanco, y el sacerdote le cortó algunas cerdas de la crin y de la cola, y las quemó en el altar, gritando: «¡Un sacrificio!». Eso contaba lo mismo que si un hombre y un caballo hubiesen sido sacrificados. Vi el rostro de Weland a través del humo y no pude evitar reírme. Parecía disgustado y hambriento, y todo lo que tenía para su satisfacción era el hedor repugnante de la crin quemada. ¡Igual que una merienda de muñecas!

»En aquel momento pensé que era mejor no decir nada (no hubiera sido justo), y la siguiente vez que fui a Andover, un par de siglos más tarde, Weland y su templo habían desaparecido y había una iglesia con un obispo cristiano. Nadie de la Gente de las Colinas pudo darme razón de él, y supuse que había dejado Inglaterra.

Puck se volvió, se apoyó sobre el otro codo y se quedó largo rato pensativo.

–Veamos... –dijo al fin–. Debió de ser algunos años después, un año o dos antes de la Conquista, creo, cuando regresé aquí, a la colina de Pook, y una tarde oí que el viejo Hobden hablaba del vado de Weland.

–Si te refieres a Hobden el podador de setos, solo tiene setenta y dos. Me lo dijo él mismo –dijo Dan–. Es íntimo amigo nuestro.

–Tienes toda la razón –replicó Puck–. Me refería al tatarabuelo de hace nueve generaciones del viejo Hobden. Era un hombre libre y hacía carbón vegetal por estos parajes. Conozco a esa familia, de padre a hijo, desde hace tanto tiempo que a veces me confundo. Mi Hobden se llamaba Hob de Dene y vivía en la herrería. Como es natural, agucé el oído cuando escuché que Weland era mencionado y me escabullí entre los árboles hasta llegar al vado, más allá del Bosque de las Marismas.

Señaló con la cabeza hacia el oeste, donde el valle se estrechaba entre las boscosas colinas y los empinados campos de lúpulo.

–Ese es el puente de Willingford –dijo Una–. Vamos a pasear allí a menudo. Hay un martín pescador.

–Entonces se le conocía como el vado de Weland, querida. Una carretera (en malísimas condiciones, por cierto) conducía hasta allí desde la almenara situada en la cima de la colina, y toda la ladera estaba cubierta por un bosque espeso de robles, muy espeso, poblado de gamos. No había ni rastro de Weland, pero al cabo de un rato me encontré con un viejo granjero gordinflón que descendía a caballo desde la almenara, por el bosque verde. Su caballo había perdido una herradura en el barro y cuando llegó al vado, desmontó, se sacó un penique del bolsillo, lo puso sobre una piedra, ató al caballo a un roble y comenzó a gritar: «¡Herrero, herrero, tengo trabajo para ti!». Entonces se sentó y se quedó dormido. ¿Podéis imaginaros cómo me sentí al ver aparecer por detrás de un roble a un herrero encorvado de barbas blancas, con un delantal de cuero, que comenzó a herrar al caballo? Era Weland en persona. Estaba tan sorprendido que salté fuera y dije: «¿Qué diablos haces aquí, Weland?».

–¡Pobre Weland! –suspiró Una.

–Se apartó el largo cabello que le cubría la frente (al principio no me reconoció). Entonces dijo: «Tú deberías saberlo. Lo predijiste, viejo duende. Me dedico a herrar caballos para ganarme la vida. Ahora ni siquiera soy Weland», dijo. «Me llaman Wayland el Herrero».

–Pobrecillo –dijo Dan–. ¿Y tú que le contestaste?

–¿Y qué le iba a decir yo? Con la pezuña del caballo en el regazo, miró hacia arriba y dijo, sonriente: «Me acuerdo de los tiempos en que ni siquiera hubiera aceptado este manojo de huesos como ofrenda, y ahora me conformo con herrarlo por un penique». «¿No tienes manera de volver a Valhalla o dondequiera que sea tu lugar de origen?», le pregunté yo. «Me temo que no», contestó él mientras limaba uno de los cascos. Tenía muy buena mano con los caballos. La vieja bestia relinchaba sobre su hombro. «Si recuerdas, no fui un dios complaciente en mis días, en mi tiempo, cuando era poderoso. Y no seré liberado hasta que algún ser humano desee sinceramente mi felicidad.» «Pues este granjero debería hacerlo. Le estás herrando el caballo.» «Sí», contestó él. «Y

mis clavos mantendrán firmes las herraduras desde una luna llena hasta la siguiente. Pero tanto los granjeros como la tierra de Weald son extremadamente fríos y desabridos.»

»¿Queréis creer que cuando el granjero se despertó y se encontró con el caballo herrado se marchó sin expresar ni una sola palabra de agradecimiento? Me dio tanta rabia que obligué al caballo a dar media vuelta y lo conduje, durante tres millas, hacia la almenara para que aquel viejo pecador aprendiese un poco de educación.

–¿Eras invisible? –quiso saber Una.

Puck asintió con gravedad.

–La almenara siempre estaba preparada para ser encendida, por si los franceses desembarcaban en Pevensey, y yo conduje al caballo alrededor de la misma durante toda la noche de verano. El granjero pensó que estaba encantado (y, ciertamente, lo estaba), y comenzó a rezar y a gritar. Yo hice caso omiso. Me consideraba tan buen cristiano como él durante cualquier día de fiesta en el Condado, y a eso de las cuatro de la madrugada apareció un joven novicio del monasterio que por entonces se alzaba en la cumbre de la Colina de la Almenara.

–¿Qué es un novicio? –preguntó Dan.

–En realidad es un hombre que va a convertirse en fraile, pero en esos días la gente enviaba a sus hijos a los monasterios como si fueran a la escuela. Desde hacía años, este joven iba a pasar unos meses a un monasterio francés, y estaba acabando sus estudios en el monasterio que tenía más cerca de casa. Se llamaba Hugh y ese día se había levantado para pescar por los alrededores. Su familia era propietaria de todo este valle. Hugh oyó gritar al granjero y le preguntó que qué diablos le pasaba. Y el viejo le contó una increíble historia de hadas, duendes y brujas, cuando yo sé que esa noche no había visto otra cosa que conejos y gamos colorados. Porque la Gente de las Colinas son como las nutrias, es decir, solo se muestran cuando les viene en gana. Pero el novicio no tenía un pelo de tonto. Echó un vistazo a las patas del caballo y se dio cuenta de que solo Weland era capaz de herrar así de bien (Weland tenía un modo especial de doblar los clavos que los lugareños conocían como el remache del Herrero). «¡Ajá!», dijo el novicio. «¿Quién te herró al caballo?»

»Al principio, el granjero no quería confesar, porque a los religiosos nunca les ha gustado que sus gentes tengan que ver con los duendes. Pero al final dijo que había sido el Herrero. «¿Cuánto le pagaste?», preguntó el novicio. «Un penique», contestó el granjero de mala gana. «Eso es menos de lo que un cristiano te hubiera cobrado», dijo el novicio. «Espero que al menos le dieras las gracias.» «No», respondió el granjero, «Wayland el Herrero es un pagano.» «Pagano o no», dijo el novicio, «te dejaste ayudar, y cuando alguien te ayuda,

hay que dar las gracias». «¿Qué?», dijo el granjero (estaba furioso porque, a todas estas, yo no dejaba de conducir al caballo en círculos). «Cállate, mequetrefe. Entonces, siguiendo tu razonamiento, también tendría que dar las gracias al diablo, en caso de que me ayudase.» «Deja de dar vueltas ahí arriba mientras me sueltas improperios», dijo el novicio. «Vuelve al vado y dale gracias al Herrero, o te arrepentirás.»

»El granjero tuvo que desandar su camino. Yo conduje al caballo, aunque nadie me veía, y el novicio caminó a nuestra vera, barriendo el rocío reluciente con los bajos de su hábito y con la caña de pescar al hombro, como si de una lanza se tratara. Cuando por fin llegamos al vado (eran las cinco de la mañana y aún había neblina bajo el ramaje de los robles), al granjero no le daba la gana de decir «gracias». Dijo que le contaría al abad que el novicio estaba empeñado en que adorase a dioses paganos. Entonces fue cuando Hugh, el novicio, perdió los estribos. Gritó: «¡Fuera!». Colocó su brazo bajo la pierna gorda del granjero y le lanzó desde la silla al suelo. Antes de que se pudiera levantar, le agarró por el cogote y lo sacudió como si fuera una rata, hasta que el granjero gruñó de mala gana: «Gracias, Wayland el Herrero».

—¿Y Weland vio todo esto? —preguntó Dan.

—Oh, sí, y hasta lanzó su grito de guerra cuando el granjero se desplomó en el suelo. Estaba encantado. Entonces el novicio se dirigió al roble tras el que Weland se ocultaba y le dijo: «¡Salve, Herrero de los dioses! Me siento avergonzado de este rudo granjero. Pero por todo lo bueno y caritativo que has sido con él y con otras gentes de nuestro pueblo, te doy las gracias y te deseo el mismo bien». Entonces tomó la caña de pescar (más que nunca, me pareció una lanza) y se adentró en el fondo del valle.

—¿Y qué hizo el pobre Weland? —preguntó Una.

—Se rio y se puso a dar gritos de alegría, porque por fin había sido liberado y se podía marchar. Pero era un viejo dios honesto. Había estado trabajando para ganarse la vida y quiso pagar sus deudas antes de irse. «Le haré un regalo a ese novicio», dijo Weland. «Un regalo que le protegerá a lo largo y ancho del mundo y del que también se beneficiará la Vieja Inglaterra. Aviva mi fuego, viejo duende, mientras voy a buscar hierro para mi última tarea.»

»Entonces fabricó una espada, una espada gris oscura, de líneas curvas, y yo soplabla el fuego mientras él martilleaba. ¡Por el Roble, el Fresno y el Espino que Weland herraba como un dios! Enfrió la espada dos veces en agua, y la tercera vez la sacó al rocío del atardecer. Luego la colocó bajo los rayos de la luna, entonó encantos y oraciones y grabó runas en su hoja. «Viejo duende», me dijo enjugándose el sudor de la frente, «esta es la mejor espada que he hecho en mi vida. Ni su propietario sabrá lo buena que es. Vamos al monasterio».

»Entramos a la celda de los monjes, vimos al novicio dormido en su catre y

Weland le colocó la espada en la mano. Recuerdo que el joven la asió con fuerza en sueños. Luego Weland se adentró en la capilla, todo lo lejos que le permitió su osadía, y arrojó al suelo todas sus herramientas de herrador –tenazas, martillos, escofinas– para mostrar que había acabado con ellos para siempre. Al caer sonaron como armaduras y los monjes somnolientos entraron pensando que los franceses habían atacado el monasterio. El novicio fue el primero en llegar, blandiendo en el aire su nueva espada y entonando gritos de guerra sajones. Cuando vieron las herramientas, quedaron desconcertados, hasta que el novicio pidió la palabra y contó lo que había hecho con el granjero y lo que le había dicho a Wayland el Herrero, y cómo, aunque había dejado la antorcha del dormitorio encendida, se había encontrado sobre su catre la magnífica espada grabada con runas.

»Al principio el abad sacudió la cabeza y a continuación se rio y le dijo al novicio: «Hijo Hugh, no necesito señales de un dios pagano que me demuestren que nunca serás un monje. Coge la espada, guárdala, vete con ella, y sé manso en la misma medida en que eres fuerte y cortés. Colgaremos las herramientas del Herrador ante el altar», añadió, «porque aunque haya sido el herrero de los dioses de tiempos pasados, sabemos que trabajó honradamente para ganarse la vida e hizo donativos a la Madre Iglesia».

»Entonces volvieron todos a la cama; todos excepto el novicio, que se sentó en el claustro y comenzó a jugar con su espada. Más tarde, en el establo del monasterio, Weland me dijo: «Adiós, viejo duende, tienes derecho a que me despida de ti. Me viste llegar a Inglaterra y ahora me ves marcharme. Adiós».

»Y diciendo esto, se alejó dando enormes zancadas colina abajo hasta el lindero de los Grandes Bosques (la Esquina de los Bosques, como lo llamáis hoy), hasta el mismísimo lugar en que había desembarcado por primera vez. Le oí avanzar durante unos minutos entre los espesos matorrales camino de Horsebridge y le perdí de vista. Así fue como ocurrió. Yo lo vi.

Los dos niños suspiraron hondamente.

–¿Pero qué le paso a Hugh el novicio? –quiso saber Una.

–¿Y a la espada? –terció Dan.

Puck echó un vistazo a la pradera tranquila y fresca en la sombra que arrojaba la colina de Pook. Una codorniz aleteó en un campo de heno vecino y las truchas del arroyo comenzaron a brincar. Una gran mariposa blanca salió zizagueante de entre los alisos, revoloteando sobre las cabezas de los niños, y un ligero velo de niebla comenzó a flotar sobre las aguas del riachuelo.

–¿De verdad queréis saberlo? –dijo Puck.

–¡Sí, por supuesto que sí! –gritaron los niños.

–Muy bien. Os prometí que veríais lo que tuvierais que ver y que oiríais lo que tuvierais que oír, aunque haya ocurrido hace tres mil años. Pero ahora me

parece que, como no volváis a casa, van a empezar a buscaros. Os acompaño hasta la cancela.

–¿Y estarás aquí cuando volvamos? –preguntaron.

–Por supuesto –contestó Puck–. Ya llevo aquí un tiempo. Esperad un minuto, por favor.

Les dio a cada uno tres hojas. Una de roble, otra de fresno y otra de espino.

–Morded esto –dijo–. De otro modo, vais a empezar a hablar en casa de lo que habéis visto y oído y, conociendo a los humanos, acabarán por llamar al médico. ¡Morded!

Mordieron con fuerza y a continuación se encontraron en la cancela del jardín. Su padre estaba apoyado en ella. Preguntó:

–¿Qué tal vuestra obra de teatro?

–¡Magnífica! –contestó Dan–. Lo que pasa es que creo que luego nos quedamos dormidos. Hacía mucho calor y no había ni un ruido. ¿No te acuerdas, Una?

Una sacudió la cabeza. No dijo nada.

–Ya –dijo el padre–. Y recitó:

Tarde, al final de la tarde, Kilmey regresó a casa,
pues Kilmey no podía decir dónde había estado,
porque Kilmey había visto lo inenarrable.

–Pero ¿por qué mascas hojas a tu edad, hija? ¿Acaso te resulta divertido?

–No. Era por algo, pero no sé exactamente por qué, no lo recuerdo –dijo Una.

Ninguno de los dos pudo recordarlo hasta que...

LA CANCIÓN DEL ÁRBOL

Entre todos los árboles que crecen hermosos,
para adornar a la Vieja Inglaterra,
ninguno es comparable bajo la luz del sol
con el Roble, el Fresno y el Espino.
¡Cantad al Roble, al Fresno y al Espino, oh caballeros
(al alba del solsticio de estío).
¡Más de lo que parece hay que decir
del Roble, el Fresno y el Espino!

El Roble de la arcilla se nutrió durante mucho tiempo,
o nunca Eneas se hubiera echado a la mar.
El Fresno ya vivía en el fango, igual que una dama en su casa,
cuando aún era Bruto un foragido.
El Espino del cerro pudo ver la nueva Troya
(ciudad de la que luego nacería Londres).
¡Son, pues, testigos de ancianidad,
el Roble, el Fresno y el Espino!

Con el viejo tejo que se nutre de la tierra de los cementerios
se construyeron arcos poderosos;
los hombres sabios escogen el aliso para fabricar zuecos,
y el haya para sus tazones.
¡Pero cuando todos hayamos muerto, el cuenco volcado,
y los zuecos desgastados,
habrá de nuevo que buscar con prisa
al Roble, al Fresno y al Espino!

El olmo odia al hombre y siempre espera
a que una ráfaga de viento lo sacuda,
para dejar caer una rama tronchada en la cabeza
de aquel que había confiado en su sombra.
¡Pero un joven, esté sereno o triste,
o ahído de cerveza,
nada debe temer si está dormido
bajo un Roble, un Fresno o un Espino!

No se te ocurra contarle al cura nuestras tribulaciones,
o hallará pecado en todas ellas.
¡Nosotros, que hemos dormido en los bosques,
inmersos en conjuros del verano,
te traemos noticias de viva voz,
buenas nuevas de ganado y cosechas,
ahora que ya está el sol saliendo desde el sur
para brillar sobre el Roble, el Fresno y el Espino!

¡Cantad al Roble, al Fresno y al Espino
(durante las mañanas del verano)!
¡Inglaterra será fiel hasta el Juicio final
al Roble, al Fresno y al Espino!

,

JÓVENES EN EL FEUDO

JÓVENES EN EL FEUDO

Unos cuantos días después estaban pescando en el lecho del arroyo que durante siglos se había ido abriendo paso entre la esponjosa tierra del valle. Los árboles se cernían sobre sus cabezas conformando largos túneles a través de los cuales se filtraba el sol proyectando burbujas y manchas. Bajo los túneles había franjas de arena y de guijarros, viejas raíces y troncos recubiertos de musgo o teñidos de rojo por el agua ferruginosa; las dedaleras crecían pálidas y escuálidas en busca de la luz; había también matas de helechos y flores sedientas y tímidas que solo sobrevivían al amparo de la humedad y de la sombra. En los remansos podían verse las ondas circulares que describían las truchas en su ir y venir, y estas charcas estaban unidas –con excepción de los días de riada en los que todo se convertía en una corriente del color del barro– por superficies de agua poco profunda que fluían con alegría rumorosa hasta perderse en la penumbra del siguiente recodo.

Este era uno de los lugares de pesca más secretos de los niños, y su íntimo amigo, el viejo Hobden el podador, les había mostrado cómo utilizarlo. Aparte del chasquido del aparejo golpeando contra algún sauce cercano a las aguas, o del silbido del latigazo del sedal que durante un minuto quedaba enganchado entre las hojas de un pequeño fresno, nadie en los tibios pastizales vecinos hubiese podido adivinar qué juego era aquel que se traían las truchas bajo las márgenes del río.

–Tenemos ya media docena –dijo Dan, después de una hora húmeda y calurosa–. Propongo subir a la Bahía de las Piedras y probar en la Poza Larga.

Una asintió –la mayor parte de su conversación consistía en asentimientos–, y se deslizaron desde la penumbra de los túneles hasta la pequeña presa que dirigía el arroyo hacia el molino. Allí las orillas eran bajas y despejadas, y el resplandor del sol de la tarde reflejándose en la Poza Larga que hay detrás de la presa hacía que los ojos doliesen.

Cuando por fin llegaron a un claro, casi se caen al suelo del susto. Un gran caballo gris, cuyas crines de la cola ondulaban en el agua cristalina, estaba bebiendo en la charca, levantando con sus ollares pequeñas ondas que refulgían como oro fundido. Sobre su grupa se sentaba un anciano de cabello cano vestido con una amplia cota de malla que brillaba tenuemente. Llevaba la cabeza al descubierto y de su silla colgaba un yelmo de hierro con forma de nuez. Las riendas de cuero rojo, de seis u ocho centímetros, tenían los bordes festoneados,

y la silla, alta, acolchada y con cinchas rojas, se sostenía por delante y por detrás con correas de cuero rojo.

–¡Mira! –exclamó Una, como si Dan no tuviera ya los ojos abiertos de par en par–. Es como el grabado que tienes en tu habitación de «Sir Isumbras en el Vado».

El jinete se volvió hacia ellos, y su rostro fino y alargado tenía la misma expresión dulce y amable del caballero que llevaba a los niños en el grabado.

–Tendrían que estar ya aquí, sir Richard –dijo la profunda voz de Puck entre las adelfas.

–Aquí están –dijo el caballero, y sonrió a Dan, que sostenía en la mano la cuerda con las truchas–. No parecen haber cambiado mucho los niños desde que los míos pescaban en estas aguas.

–Si tu caballo ha bebido ya lo suficiente, estaríamos mucho más cómodos en el anillo de hadas –sugirió Puck, y a continuación hizo un gesto a Dan y Una, como si nunca hubiera borrado los recuerdos de los niños una semana atrás.

El enorme caballo se dirigió pesadamente hacia los pastos, con un pateo estrepitoso que arrancaba terrones.

–Disculpa –dijo sir Richard a Dan–. Cuando estas tierras eran mías, no me gustaba que los jinetes atravesasen el arroyo por otro sitio que no fuese el empedrado del vado. Pero mi Golondrina tenía sed, y yo quería conocerlos.

–Nos alegramos de que haya venido, señor –dijo Dan–. Lo de la orilla no tiene la menor importancia.

Dan atravesó el prado junto al gran caballo, a la altura de la espada de gruesa empuñadura de hierro que pendía del cinto de sir Richard. Una caminaba detrás con Puck. Ahora recordaba todo.

–Siento lo de las hojas –dijo Puck–, pero no era conveniente que al llegar a casa lo hubieseis contado todo, ¿no te parece?

–Supongo que no –contestó Una–, pero nos dijiste que todas las hadas..., bueno, que toda la Gente de las Colinas habían abandonado Inglaterra.

–Y lo han hecho, pero también os dije que tendríais que ir y venir, ver y conocer cosas, ¿no es cierto? El caballero no es un duende. Es sir Richard Dalyngridge, un viejo amigo. Llegó con Guillermo el Conquistador, y tiene especial interés en veros.

–¿Para qué? –dijo Una.

–Porque admira vuestra sabiduría y vuestro talento –respondió Puck sin pestañear.

–¿Nuestra sabiduría? Yo no sé ni la tabla del nueve, no sé decirla salteada, y Dan se hace unos líos tremendos con los quebrados. No puede estar refiriéndose a nosotros.

–¡Una! –chilló Dan–. Sir Richard dice que nos va a contar lo que le pasó a la

espada de Weland. La tiene él. ¿No es fantástico?

–No, no –dijo sir Richard, desmontando en el momento de llegar al anillo de la pradera, en el recodo del canal del molino–. Sois vosotros los que me tenéis que contar cosas. Porque tengo entendido que el más jovencito de la Inglaterra de hoy en día es tan sabio como lo fueron nuestros hombres más sabios.

Despojó del bocado a Golondrina, dejó caer las riendas rojas como rubíes sobre su cabeza y el sabio caballo se fue a pastar.

Sir Richard (notaron entonces que cojeaba un poco) se deshizo de su gran espada.

–Esa es –le susurró Dan a Una.

–Esta es la espada que el hermano Hugh recibió de Wayland el Herrero –dijo sir Richard–. Una vez me la dio, pero no quise tomarla. Al final me hice con ella después de una dura batalla como jamás había sido librada por cristiano alguno. ¡Mirad!

La extrajo a medias de su vaina para mostrarla. A ambos lados, justo debajo de la empuñadura, donde las inscripciones rúnicas temblaban como si estuviesen vivas, se distinguían dos profundas muescas que laceraban el opaco y letal acero.

–¿Sabéis quién hizo esto? –dijo–. Yo lo ignoro, pero quizá vosotros lo sepáis.

–Cuéntales la historia completa, sir Richard –dijo Puck–. De algún modo, tiene que ver con su tierra.

–Sí, desde el principio de todo –suplicó Una, a la que el rostro amable y la sonrisa del caballero le recordaban más que nunca al «Sir Isumbras en el Vado».

Se acomodaron para escucharle. Sir Richard, sin nada que le protegiera la cabeza del sol, acariciaba la espada con ambas manos, mientras que el caballo gris seguía pastando fuera del anillo de la pradera, y el yelmo y el arzón tintineaban levemente cada vez que sacudía la cabeza.

–Ya que se refiere a vuestra tierra, entonces os contaré la historia desde el principio –concedió sir Richard–. Cuando nuestro duque zarpó de Normandía para conquistar su Inglaterra, unos valerosos caballeros (¿habéis oído hablar de ellos?) vinieron también y pelearon con ahínco para servir al duque, puesto que él les había prometido tierras aquí. A esos valerosos caballeros siguieron otros de menor importancia. Mi familia normanda era pobre, pero un gran caballero, Engerrard del Águila (Engenulf de Aquila), que era pariente de mi padre, acompañó al conde de Mortain, quien a su vez se enroló al servicio del duque Guillermo. Yo me uní a De Aquila. Sí, con treinta hombres pertrechados y una nueva espada, salí de la casa de mi padre a la conquista de Inglaterra, tres días después de haber sido armado caballero. Entonces no imaginaba que Inglaterra

me conquistaría a mí. Avanzamos con todos los demás (éramos una numerosa hueste) hacia Santlache.

–¿Se refiere a la batalla de Hastings de 1066? –susurró Una, a lo que Puck asintió para que no interrumpiera.

–En Santlache, al otro lado de la colina –señaló hacia el sudeste, en dirección a Fairlight–, nos juntamos con los hombres de Harold y luchamos. Cuando declinaba el día, salieron huyendo. Mis hombres, junto con los de De Aquila, marcharon en su persecución con el fin de saquearlos, y en aquella persecución Engerrard del Águila fue asesinado, y su hijo Gilbert tomó su estandarte y siguió con sus hombres. Esto no lo supe hasta más adelante, porque Golondrina fue herido en un costado y tuve que quedarme a lavarle la herida en un arroyo que había junto a un espino. Me descubrió allí un sajón que hablaba francés y nos pusimos a luchar. Tenía que haber reconocido su voz, pero emprendimos un combate. Peleamos durante bastante tiempo (ninguno de los dos llevaba ventaja) hasta que, por pura mala suerte, mi contrincante resbaló y la espada se le escurrió de la mano. Dado que yo había sido armado caballero recientemente, deseaba, por encima de todo, ser cortés y alcanzar buena fama. Por eso me abstuve de herirle y le ordené que tomase de nuevo su espada. «¡Maldita sea la espada!», exclamó él. «Me ha hecho perder mi primer combate y tú me has perdonado la vida. Tómala.» Me la extendió y, según la cogía, la espada gimió como un hombre herido; así que retrocedí, gritando: «¡Brujería!».

Los niños miraron la espada como si pudiese volver a hablar.

–De pronto apareció un grupo de sajones. Corrieron hacia mí y, viendo a un normando solo, me habrían matado de no ser porque mi sajón comenzó a gritar que yo era su prisionero y consiguió quitárselos de en medio. Por lo tanto, como veis, me salvó la vida. Me puso sobre el caballo y me condujo hasta este valle, después de cabalgar diez largas millas entre los bosques.

–¿Quieres decir hasta aquí? –preguntó Una.

–Hasta este mismo valle. Entramos por el Vado de Abajo, al pie de la Colina del Rey, por allí –señaló hacia el este, donde el valle se ensanchaba.

–¿Y ese sajón era Hugh el novicio? –preguntó Dan.

–Sí, y te diré más. Había estado tres años en el monasterio de Bec, cerca de Ruan, en donde –sir Richard se rio– el abad Herluin no permitió que me quedara.

–¿Y por qué no? –quiso saber Dan.

–Porque entré con el caballo hasta el refectorio, mientras los novicios estaban comiendo, para mostrar a los chicos sajones que a nosotros los normandos no nos asustan los abades. Fue aquel sajón Hugh quien me incitó a hacerlo, y no nos habíamos vuelto a ver desde aquel día. Incluso bajo mi yelmo creí reconocer su voz, y nos alegró no habernos matado el uno al otro en esa guerra

que libraban nuestros respectivos señores. Caminó a mi lado y me contó cómo un dios pagano, según creía él, le había regalado la espada, pero confesó que hasta aquel día no la había oído hablar. Recuerdo haberle advertido que tuviese cuidado con la práctica de brujería y encantamientos rápidos –sir Richard esbozó una sonrisa–. Yo era joven, demasiado joven.

»Cuando llegamos a su casa, casi habíamos olvidado nuestro altercado. Era cerca de la medianoche y la Gran Sala estaba atestada de hombres y mujeres en espera de noticias. Ahí vi por primera vez a su hermana lady Aelueva, de quien ya nos había hablado en Francia. Al verme, me gritó con furia, y habría sido capaz de colgarme a aquellas horas, pero su hermano le contó que yo le había salvado la vida (no le contó cómo me había librado él a mí de los sajones), y que nuestro duque había resultado victorioso aquel día. En plena discusión acerca de la suerte que iba a correr mi humilde persona, de repente, Hugh se desplomó en el suelo, a causa de sus heridas. «Es por tu culpa», me gritó lady Aelueva, y se arrodilló junto a él y pidió que le trajeran vino y vendas. «Si lo hubiera sabido», contesté, «él habría venido a caballo y yo a pie. Pero me colocó sobre el caballo y no profirió ni una queja. Caminó a mi lado hablando animadamente todo el rato. Ruego al cielo que no le haya pasado nada por mi culpa». «Falta te hace rogar al cielo», dijo ella mordiéndose el labio inferior, «si muere, serás ahorcado».

»Se llevaron a Hugh a su habitación. Tres hombres altos de la servidumbre me ataron y me colocaron bajo la viga de la Gran Sala con una soga al cuello. Lanzaron sobre la viga el cabo de la cuerda y se sentaron junto al fuego a esperar noticias sobre si Hugh viviría o no. Mientras tanto, cascaban nueces con las empuñaduras de sus dagas.

–¿Y tú, cómo te encontrabas? –preguntó Dan.

–Muy débil. Pero recé de corazón por la salud de Hugh, mi compañero de escuela. Cerca del mediodía, distinguí los cascos de unos caballos en el valle y los tres hombres soltaron mis sogas y salieron huyendo. Los hombres de De Aquila entraron. Gilbert de Aquila iba con ellos porque, al igual que su padre, alardeaba de no olvidar a ninguno de los hombres que estaban a su servicio. Era bajito, como su padre, pero terrible, con una nariz aguileña y ojos amarillos, también de águila. Siempre montaba caballos altos, ruanos que criaba él mismo, y nunca permitía que se le ayudase a montar en la silla. Vio la soga colgando de la viga y se rio, al igual que sus hombres, porque yo estaba demasiado entumecido para levantarme. «Esto es poco entretenimiento para un caballero normando», dijo, «pero ya que estamos aquí, seamos generosos. Indícame, muchacho, a quién debes más y le pagaremos lo antes posible».

–¿Qué quería decir? –preguntó Dan–. ¿Que iba a matarlos?

–Naturalmente. Yo miré hacia lady Aelueva, que estaba rodeada de sus

damas, junto a su hermano. Los hombres de De Aquila los acababan de traer a la Gran Sala.

–¿Era hermosa? –preguntó Una.

–En toda mi larga vida no he visto mujer digna de echar juncos delante de mi lady Aelueva –contestó el caballero, con gran calma y sencillez–. Mientras la estaba mirando, pensé que quizá con una chanza podría salvarla a ella y a todos los de su casa. «Teniendo en cuenta que he llegado aquí con prisas y sin avisar», dije a De Aquila, «no puedo quejarme del recibimiento recibido por parte de estos sajones».

»Pero me temblaba la voz y no era conveniente bromear con aquel hombrecillo. Permanecimos todos en silencio hasta que De Aquila comenzó a reír. «Mirad, hombres, un milagro», dijo. «La lucha apenas acaba de terminar, mi padre aún está sin enterrar y aquí tenemos al más joven de nuestros caballeros dispuesto a instalarse en su feudo, después de que sus sajones (podemos verlo por sus caras rechonchas) le han rendido homenaje y prometido servicio. ¡Por todos los santos!», dijo frotándose la nariz, «¡Nunca pensé que Inglaterra fuera tan fácil de conquistar! Sin duda, no puedo hacer otra cosa que conceder al muchacho lo que él mismo ya ha tomado. Este feudo será tuyo, muchacho», dijo, «hasta que yo regrese o hasta que te asesinen. Y ahora, todos a caballo y en marcha. Vamos a seguir a nuestro duque hasta Kent para coronarlo rey de Inglaterra».

»Me llevó con él hacia la puerta mientras le preparaban el caballo –un ruano, de cruz aún más alta que mi Golondrina, aunque no tan bien enjaezado. «Escúchame», me dijo, poniéndose los grandes guantes de combate. «Te he concedido estas tierras, que son un avispero de sajones, y creo que te asesinarán en el plazo de un mes, como hicieron con mi padre. Pero si logras mantener el techo sobre la casa, el tejado de paja sobre el granero y el arado en el surco hasta que yo regrese, te entregaré este feudo para que tomes posesión de él. El duque ha prometido a nuestro conde Mortain todas las tierras próximas a Pevensey, y Mortain me dará a mí las que hubiera regalado a mi padre. Solo Dios sabe si tú y yo viviremos para ver Inglaterra conquistada. Pero recuerda, muchacho, que lo que ahora cuenta no es la guerra», tomó las riendas, «sino la astucia y el ingenio». «¡Pero yo no soy astuto!», le dije. «Todavía no», contestó él subiéndome al caballo. Con un pie en el estribo y dando saltitos, golpeó los ijares del animal. «Todavía no, pero creo que tienes a un gran maestro. Adiós. Cuida de tu vida y de tu feudo. Si lo pierdes, te colgarán», concluyó. Picó espuelas y se marchó con los cordajes de su coraza chasqueando.

»Así pues, niños, aquí estaba yo, poco más que un muchacho, no habían pasado ni dos días desde la batalla de Santlache, abandonado con mis treinta

hombres armados, en una tierra desconocida, entre una gente cuya lengua no hablaba, para gobernar sobre las tierras que les había arrebatado.

—¿Y eso ocurrió aquí, en casa? —preguntó Una.

—Sí, aquí. Mira. Desde el Vado de Arriba, es decir, el Vado de Weland, hasta el de Abajo, junto a Belle Allée, de este a oeste, se extendía el dominio más de media legua. Y desde la torre de Brunanburgh situada a nuestra espalda, de norte a sur, otra legua más. Todos los bosques estaban repletos de hombres derrotados en Santlache, sajones ladrones, normandos saqueadores y cazadores furtivos. ¡Todo un avispero!

»Cuando De Aquila se marchó, Hugh hubiera querido agradecerme que le salvara la vida. Pero lady Aelueva dijo que lo había hecho únicamente para recibir el feudo. «¿Y cómo iba a saber yo que De Aquila me lo entregaría?», le pregunté. «Si le hubiera contado que pasé la noche con la sogá al cuello, habría quemado la casa dos o tres veces.» «Si un hombre me hubiera echado una sogá al cuello», contestó ella, «yo le habría quemado su casa tres veces, antes de pretender llegar a un acuerdo con él». «Pero en mi caso, fue una mujer la que me puso la sogá al cuello», dije yo. Me reí y ella me recriminó que estuviera mofándome de su cautiverio. «Señora», le dije entonces. «En este valle solo hay un cautivo, y no es precisamente un sajón.»

»Ante esto comenzó a chillar que yo era un ladrón normando, que me había presentado con falsas y dulces palabras, cuando desde el principio había tenido la intención de arrojarla a los campos a mendigar un pedazo de pan. ¡A los campos! ¡Ella, que nunca había visto la guerra frente a frente!

»Me enfadé y le contesté: «Al menos eso puedo desmentirlo, porque juro», y así lo hice besando la empuñadura de mi espada, «juro que jamás pisaré la Gran Sala hasta que la misma lady Aelueva reclame mi presencia».

»Se fue sin decir nada, y yo salí. Hugh me siguió cojeando, silbando de dolor (es una costumbre de los ingleses), y nos topamos con los tres sajones que me habían maniatado. Eran ellos los que ahora habían sido atados por mis hombres. A sus espaldas había unos cincuenta hombres fuertes y hoscós, sirvientes de la casa y campesinos, a la espera de acontecimientos. Oímos las finas trompetas de De Aquila sonando más allá de los bosques en dirección a Kent. «¿Colgamos a estos?», preguntaron mis hombres. «Si lo hacéis, mis campesinos lucharán», susurró Hugh; pero le rogué que les preguntara si esperaban ser perdonados. «No», contestaron los tres. «Ella ordenó que te colgáramos si nuestro amo moría. Y te hubiésemos colgado. No hay más que hablar del asunto.»

»Mientras meditaba sobre esto, una mujer vino corriendo desde el bosque de robles de la Colina del Rey diciendo a voz en grito que unos normandos estaban llevándose a los cerdos. «Normandos o sajones», dije yo, «tenemos que

darles su merecido; de otra manera, nos robarán todos los días. ¡A por ellos con las armas que encontréis!».

»Así que liberé a los tres desgraciados y ellos y los demás sajones se unieron a mis guerreros. Los sajones iban armados con utensilios y hachas que mantenían ocultos en los techos de paja de sus cabañas. Hugh los guiaba. A mitad de camino de la Colina del Rey, nos encontramos con un tipo de Picardía, un traficante en comestibles que vendía vino en el campamento del duque. Llevaba el escudo de un caballero muerto y un caballo robado, y le seguía un grupo de quince o veinte malhechores que conducían los cerdos a golpetazos. Los redujimos y recuperamos los animales. Ciento setenta cerdos fue el botín de aquel gran combate –concluyó sir Richard, a risotadas–. Aquella fue nuestra primera empresa conjunta y le pedí a Hugh que le dijera a su pueblo que ese trato era el que recibiría todo aquel, ya fuera caballero o villano, normando o sajón, que se atreviera a robar un solo huevo en nuestro valle. Cuando regresábamos a casa, él me dijo: «Esta tarde has dado un gran paso en la conquista de Inglaterra». Yo le contesté: «Inglaterra puede ser tan tuya como mía. Hugh, ayúdame a tratar con rectitud a esta gente. Hazles saber que, si me asesinan, De Aquila ordenará que los asesinen con toda seguridad, y pondrá en mi lugar a alguien peor». «Eso puede llegar a suceder», dijo él tendiéndome la mano. «Y siempre es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer, al menos hasta que podamos enviarlos a vuestra casa.»

»Lo mismo opinaron sus sajones, y todos reímos mientras conducíamos a los cerdos colina abajo. Y creo que alguno de ellos, ya entonces, empezaron a dejar de odiarme.

–Me gusta el hermano Hugh –dijo Una con voz queda.

–No cabe la menor duda de que era el caballero más perfecto, cortés, valeroso, afectuoso y sabio que se ha visto nunca –dijo sir Richard, acariciando la espada–. Colgó su espada (esta espada) de la pared de la Gran Sala porque, según él, yo se la había ganado honestamente y nunca la volvió a coger hasta que De Aquila regresó, tal y como voy a contaros a continuación. Durante tres meses sus hombres y los míos custodiaron el valle, hasta que todos los ladrones y vagabundos nocturnos se convencieron de que nada podían obtener de nosotros que no fuera una buena paliza o la horca. Luchamos unidos (a veces hasta tres luchas en una semana) contra los ladrones y caballeros desterrados en busca de propiedades. Entonces tuvimos algo de paz y junto con Hugh me dispuse a gobernar el valle (porque todo este valle vuestro era mi feudo) como lo haría un caballero. Mantuve el techo sobre la casa y el tejado de paja sobre el granero, pero... los ingleses son gente osada. Aquellos sajones solían bromear y reír con Hugh, y Hugh con ellos. Incluso (y esto me parecía maravilloso) si el más insignificante de ellos decía que esto y aquello era costumbre del lugar,

tanto Hugh como los más viejos del feudo abandonaban lo que estaban haciendo para discutir la cuestión (he llegado a ver detener el molino con el grano a medio moler), y si llegaba a probarse que la costumbre o el uso era como se decía, concluían la discusión, aun cuando perjudicase a Hugh o contrariara sus deseos o su autoridad. ¡Fantástico!

–Así es –dijo Puck interviniendo por vez primera–. La costumbre de la Vieja Inglaterra estaba ahí antes de que viniesen vuestros caballeros normandos y pervivió, a pesar de que lucharon duramente contra ella.

–Yo no –dijo sir Richard–. Yo permití que los sajones prosiguieran a su tozuda manera. Ahora, cuando mis propios caballeros, normandos que no llevaban en Inglaterra más de seis meses, se me rebelaron diciéndome cuáles eran las costumbres de la tierra, entonces sí monté en cólera. ¡Ah, qué días más buenos!, ¡qué gente más maravillosa! ¡Los amaba a todos...!

El caballero alzó los brazos como si quisiera abarcar la totalidad del valle, y Golondrina, al oír el tintineo de su cota de malla, le miró y relinchó suavemente.

–Por fin –prosiguió–, después de un año de esfuerzos e intentos, y de obligarles un poquito, De Aquila regresó al valle, solo y sin previo aviso. Le vi aparecer por el Vado de Abajo, cargando en su silla a un pequeño porquerizo. «No hace falta que me des cuenta de tu gobierno», me dijo. «Este niño me lo ha contado todo.»

»Me contó cómo el pequeñuelo había detenido su enorme caballo en el vado moviendo una rama y gritando que el paso estaba prohibido. «Y si un niño, osado e inerme, se basta él solo para vigilar el vado en estos tiempos, es evidente que lo has hecho bien», dijo soplando y secándose la cabeza. Luego le pellizcó la mejilla y echó un vistazo a nuestro ganado, que estaba en la pradera, junto al río. «Están bien alimentados», dijo frotándose la nariz. «Esas son la astucia y el ingenio que a mí me gustan. ¿Qué te dije cuando me marché, muchacho?» «Defiende tu feudo o te colgarán», contesté. «No lo he olvidado ni por un instante.» «Cierto. Y lo has defendido.» Descendió de su silla y con la punta de su espada cortó un terrón de la orilla y me lo entregó, mientras yo me arrodillaba.

Dan miró a Una, y Una miró a Dan.

–Eso es «tomar posesión» –susurró Puck.

–«Ahora eres legalmente el propietario del feudo, sir Richard», dijo él. Era la primera vez que me llamaba así. «Tuya y de tus herederos para siempre jamás. Esta ceremonia servirá hasta que los escribanos del rey redacten tu título en un pergamino. Inglaterra es toda nuestra, si es que podemos mantenerla en nuestro poder.» «¿Y qué te debo a cambio?», pregunté. Y recuerdo que me sentía orgulllosísimo. «El tributo del caballero, muchacho, el tributo del caballero»,

dijo él saltando a la pata coja alrededor de su caballo (¿he mencionado ya que era bajito y que no podía soportar que nadie le ayudase a subir a la silla?). «Deberás enviarme seis jinetes o doce arqueros en cuanto te los pida, y ¿de dónde has sacado ese trigo?», quiso saber, porque se acercaba la cosecha y nuestro trigo crecía vigoroso. «Jamás había visto una espiga tan espléndida. Envíame tres sacos de esta misma semilla todos los años, y, mejor aún, en memoria de nuestro último encuentro cuando tenías la soga al cuello, deberás invitarme a mí y a mis hombres dos días al año en la Gran Sala de tu mansión.» «¡Oh, Dios mío!», dije. «Entonces mi feudo ya está perdido. Juré que no entraría en la Gran Sala», y le conté mi compromiso con lady Aelueva.

—¿Y desde entonces no habías entrado en la casa? —preguntó Una.

—Nunca —contestó sir Richard sonriendo—. Me construí una cabaña de madera en la colina y allí administraba justicia y dormía... De Aquila dio media vuelta y su escudo le golpeó la espalda: «No importa, muchacho», dijo. «Aplazaré el homenaje para el año que viene.»

—Quería decir que sir Richard no tenía que agasajarle durante el primer año —aclaró Puck.

—De Aquila se quedó conmigo en la cabaña, y Hugh, que sabía leer, escribir y hacer cuentas, le mostró el registro de la casa, en el que figuraban los nombres de nuestros campos y de nuestros hombres. Hizo mil preguntas acerca de las tierras, los pastos, la madera, el molino, las pozas de pesca, así como de la posición social de todos y cada uno de los habitantes del valle. Pero nunca pronunció el nombre de lady Aelueva ni se acercó a la Gran Sala de la casa. Por la noche bebía con nosotros en la cabaña. Eso es, se ahuecaba sobre la paja como un águila ahueca sus plumas, con los ojos amarillos girando en torno a la copa mientras conversaba, cambiando de un tema a otro, pero afinando siempre con precisión, como un águila. A veces permanecía unos instantes petrificado, para luego agitarse entre la paja. Otras hablaba como si fuera el mismo rey Guillermo. Hablaba a través de parábolas y cuentos y si, por casualidad, no comprendíamos al instante lo que quería decir, nos golpeaba en los costados con su espada envainada. «Escuchad, muchachos», dijo. «He nacido fuera de mi tiempo. Hace quinientos años, habría hecho de Inglaterra una tierra que ni daneses ni sajones ni normandos habrían conquistado jamás. Hace quinientos años habría sido un consejero de reyes como jamás el mundo ha soñado con tener. Todo está aquí dentro», dijo golpeándose su cabezota, «pero nada me sirve en esta época oscura. Hugh vale más que tú, Richard», su voz sonó hueca y ronca como el graznido de un cuervo. «Cierto», dije yo. «Sin la ayuda, la paciencia y la resistencia de Hugh, no habría sido capaz de conservar este feudo.» «Ni tu vida», dijo De Aquila. «Hugh no te la ha salvado una vez sino cien veces. ¡Cállate, Hugh!», añadió. «¿Sabes, Richard, por qué ha dormido

Hugh y aún sigue durmiendo entre tus guerreros normandos?» «Para estar cerca de mí», contesté yo, ya que pensaba que así era. «¡Estúpido!», exclamó De Aquila. «Lo hace porque sus sajones le han pedido que se levante contra ti y que barra el valle de normandos. Lo de menos es cómo he llegado a saberlo pero es la verdad. Y más aún, Hugh se ha ofrecido como rehén a cambio de tu vida, sabedor de que cualquier daño que te infligiesen sus sajones supondría para él su muerte inmediata a manos de tus normandos, ¿no es así, Hugh?» «En cierto modo, sí», afirmó Hugh avergonzado, «al menos fue así hace medio año. Pero ahora mis sajones no dañarían a Richard. Creo que le conocen. Pero prefiero asegurarme por si acaso».

»Fijaos, hijos míos –dijo sir Richard–, de lo que fue capaz ese hombre, y yo sin imaginarlo. Noche tras noche había dormido entre mis guerreros sabiendo que si un sajón levantaba su puñal contra mí, su vida habría respondido por la mía. «Sí», prosiguió De Aquila, «y es un hombre que no va armado», señaló hacia el cinturón de Hugh, ya que, como os dije, había renunciado a la espada el día en que se le fue de las manos, en Santlache. Llevaba solo una pequeña daga y un arco. «Desarmado y sin tierras estás, Hugh, y eso que dicen que eres pariente del conde de Godwin.»

(Hugh, en efecto, llevaba la sangre de los Godwin en sus venas.)

»«Las propiedades que fueron tuyas», prosiguió, «han sido entregadas a este muchacho y a sus hijos para siempre. Hugh, levántate y ponte a pedir como un perro porque te puede echar de aquí como si fueras un perro».

»Hugh calló, pero oí cómo rechinaba los dientes. Entonces ordené a De Aquila, mi propio señor, que callase o le haría tragarse sus palabras. De Aquila comenzó a reír hasta que las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas. «Ya le advertí al rey», dijo, «de las consecuencias de entregar Inglaterra a una partida de ladrones normandos como nosotros. Ahí lo tienes, Richard. Aún no hace dos días que te he confirmado en tus propiedades y ya te has levantado contra tu señor soberano. ¿Qué hacemos con él, sir Hugh?». «Soy un hombre sin espada. No te burles de mí», se quejó Hugh, colocando el rostro entre las rodillas. «¡Pues va a resultar que tú eres el más estúpido!», masculló De Aquila, cambiando el tono de voz. «Hace media hora he decidido concederte el feudo de Dallington, ahí, en la colina», y golpeó a Hugh a través de la paja con la vaina de su espada. «¿A mí?», dijo Hugh. «Soy sajón y si no fuera por el hecho de que le soy fiel a Richard, no he jurado lealtad a ningún normando.» «En el tiempo por venir que Dios nos conceda, que, debido a mis pecados, no alcanzaré a ver, no habrá ni sajones ni normandos en Inglaterra», dijo De Aquila. «Por la experiencia que tengo de los hombres, eres más fiel sin haber jurado que una veintena de normandos que podría nombrar. Toma Dallington, y únete mañana a sir Richard para luchar contra mí, si te place. «¡De ninguna

manera!», replicó Hugh. «No soy un niño. Cuando acepto un presente, es siempre a cambio de un servicio», colocó sus manos entre las de De Aquila y le juró lealtad, y creo recordar que hasta le besé y De Aquila nos devolvió el beso a ambos.

»Nos sentamos entonces fuera de la cabaña mientras despuntaba el sol y De Aquila reparó en nuestros hombres que marchaban a trabajar al campo, y nos habló de asuntos espirituales, y de cómo teníamos que administrar nuestros feudos en los tiempos venideros, de la caza y de la cría de caballos, así como de la sabiduría y la torpeza del rey. Porque ya nos hablaba, a todos los efectos, como si fuéramos sus hermanos. Luego uno de los hombres se acercó a mí (era uno de los tres a los que no había colgado hacía un año), y me dijo, a voz en grito, que es la manera sajona de susurrar, que lady Aelueva deseaba verme en la Gran Sala. Solía salir a dar un paseo y tenía la costumbre de decirme adónde iba, de modo que pudiera disponer de un arquero o dos que la custodiasen el frente y las espaldas. Muy a menudo era yo quien iba a los bosques y me encargaba de su vigilancia.

»Corrí hacia la casa y, al llegar a la puerta, esta se abrió y apareció lady Aelueva. Me dijo: «Sir Richard, te ruego que entres en la Gran Sala». Entonces se echó a llorar, pero estábamos solos.

El caballero permaneció en silencio durante un rato largo con el rostro vuelto hacia el valle, sonriente.

–¡Muy bien hecho! –dijo Una aplaudiendo suavemente–. Estaba arrepentida y era su manera de expresarlo.

–Sí, estaba arrepentida –confirmó sir Richard, volviendo a la realidad con un sobresalto–. Enseguida, aunque él aseguró que habían pasado dos horas, De Aquila avanzó a caballo hasta la puerta, con su escudo recién limpiado (Hugh se lo había abrigantado), exigiendo diversión y convite, y acusándome de falso caballero, capaz de matar de hambre a su propio señor. Entonces Hugh anunció que nadie debería trabajar en el valle ese día, y nuestros sajones hicieron sonar sus cuernos y se dieron al festejo y a la bebida, a las carreras, al baile y al canturreo. De Aquila se subió a uno de esos poyos para subirse al caballo y les habló en un idioma que, según él insistía, era buen sajón, pero que nadie entendió. Por la noche estuvimos de festejos en la Gran Sala, y cuando los tañedores de arpas y los juglares se hubieron marchado, los cuatro quedamos sentados hasta tarde en la gran mesa. Si mal no recuerdo, era una noche templada de luna llena, y De Aquila le pidió a Hugh que volviese a descolgar su espada de la pared, en honor de la casa de Dallington, y Hugh obedeció con alborozo. La empuñadura estaba cubierta de polvo, porque vi cómo la soplabá.

»Ella y yo nos sentamos a charlar en un aparte, y al principio creímos que los tañedores habían vuelto, porque por toda la Gran Sala flotaba el rumor de una

música. De Aquila se puso en pie de un salto, pero solo pudo ver los arabescos de la luz de la luna sobre el suelo. «¡Escuchad!», exclamó Hugh. «Es mi espada», y al tiempo que se la ceñía a la cintura, la música cesó. «¡Por todos los dioses, que nunca tenga que ceñirme una espada como esa», exclamó De Aquila. «¿Qué es lo que está queriendo vaticinar?» «Solo los dioses que la forjaron lo saben. La última vez que habló estaba en Hastings, cuando perdí todas mis tierras. Es posible que ahora cante porque tengo nuevas propiedades y vuelvo a ser un caballero», dijo Hugh.

»Extrajo la hoja un poco y volvió a meterla en la vaina con alegría, a lo cual la espada le contestó con voz queda y cantarina, como una mujer le habla a un hombre, reclinando la cabeza sobre su hombro.

»Y aquella fue la segunda vez en mi vida que oí cantar a la espada...

–¡Mira! –dijo Una–. Es mamá, que se acerca por la ladera. ¿Qué dirá a sir Richard? Lo va a ver.

–Y Puck esta vez no puede encantarnos –dijo Dan.

–¿Estáis seguros? –dijo Puck. Se inclinó hacia sir Richard y le murmuró al oído, a lo cual este contestó bajando la cabeza y sonriendo.

–Lo que aconteció con mi espada y con mi hermano Hugh os lo contaré otro día –dijo levantándose–. ¡Vamos, Golondrina!

El gran caballo comenzó a trotar desde el otro extremo de la pradera, cerca de donde estaba la madre de los niños.

Oyeron entonces como esta decía:

–Niños, el viejo caballo de Gleason ha vuelto a colarse en la pradera. ¿Por dónde puede haber entrado?

–¡Más abajo de la Bahía de las Piedras! –contestó Dan–. ¡Ha arrancado unos cuantos terrones de la orilla! Acabamos de darnos cuenta. Ah, y no sabes cuántos peces hemos cogido. Hemos estado pescando toda la tarde.

Y, en verdad, ellos creían que era así. No se dieron cuenta de que Puck, a hurtadillas, había dejado las hojas de roble, de fresno y de espino sobre sus regazos.

LA CANCIÓN DE SIR RICHARD

Seguí a mi duque antes de enamorarme,
para ganarle a Inglaterra tierras y feudos;
pero lo que empezó siendo un juego es ahora otra cosa,
¡pues Inglaterra me ha cautivado!

Tenía mi caballo, mi estandarte y mi escudo,
el corazón tierno, entero y libre;
pero ahora canto de otro modo,
¡pues Inglaterra me ha cautivado!

A mi padre que en su torre espera
noticias sobre mis andanzas marineras,
recordando sus tiempos lozanos,
¡decidle que Inglaterra me ha cautivado!

A mi madre, sentada en su alcoba,
gobernando a mi padre con tanta destreza,
recordando la juventud perdida,
¡decidle que Inglaterra me ha cautivado!

A mi hermano que ahora vive en la ciudad de Ruan,
como un paje travieso y avisado,
que un día conocerá el sufrimiento y el dolor,
¡decidle que Inglaterra me ha cautivado!

A mi hermanita que aún espera,
en las agradables huertas de Normandía,
decidle que va siendo hora de casarse,
¡y decidle que Inglaterra me ha cautivado!

Y a aquellos amigos de campo y caminos,
que alzaron las cejas en señal de desdén,
decidles que su camino no es el mío,
¡decidles que Inglaterra me ha cautivado!

Afamados monarcas, barones y princesas,
caballeros y capitanes de alto rango,
prestadme atención antes de censurarme,
¡pues sabed que Inglaterra me ha cautivado!

Al igual que la osadía del hombre siempre fue valorada,
hay otras dos cosas que no se pueden soslayar,

la primera es el amor, y la muerte la segunda,
¡de amor, en Inglaterra, soy cautivo!

**LOS CABALLEROS DE
LA AVENTURA MARAVILLOSA**

CANCIÓN DE ARPA DE LAS MUJERES DANESAS

¿Quién es esa mujer a la que abandonaste,
al igual que el hogar y la tierra familiar,
para marchar con el gris Hacedor de Viudas?

Carece de casa para dar asilo a nadie,
tan solo una cama helada para descansar,
donde el pálido sol y sus rayos anidan.

Ya no tiene aquellos brazos fuertes y blancos con los que abrazarte,
solo algas de diez dedos para agarrarte,
y atarte a las rocas donde la marea mece tu cuerpo.

Y sin embargo, cuando se aproxima el verano,
cuando el hielo se quiebra y brotan los capullos del abedul,
vuelves a marcharte y enfermas.

Vuelves a enfermar de gritos y matanzas,
y te escurres con dirección a aguas irisadas,
para atender tu nave que aguarda en los puertos de invierno.

Te olvidas de nuestro júbilo y de nuestras charlas de sobremesa,
de la vaca en su establo y del caballo en su cuadra,
para pintar con brea los costados del barco y ajustar la maroma.

Luego vuelves a remar hacia las tormentas,
mientras escuchas el rumor de los remos de madera de roble,
¿es todo lo que nos queda para proseguir a través de los meses?

¿Quién es esa mujer que abandonaste,
al igual que el hogar y la tierra familiar,
para marchar con el gris Hacedor de Viudas?

LOS CABALLEROS DE LA AVENTURA MARAVILLOSA

Hacía demasiado calor para andar correteando al aire libre, por lo que Dan le pidió a su amigo, el viejo Hobden, que trasladara el bote desde el estanque hasta el arroyo situado al fondo del jardín. El bote llevaba pintado el nombre de *Margarita*, pero para las expediciones era conocido como *Cierva dorada* o *Serpiente larga*, y otros nombres del estilo. Dado que el arroyuelo era demasiado estrecho incluso para remar, Dan hacía avanzar el barco con ayuda de un bichero y Una se las apañaba con un trozo de pértiga de lúpulo. Como *La cierva dorada* tenía un calado de apenas seis centímetros, cuando llegaban a un lugar poco profundo, desembarcaban y arrastraban la embarcación sobre la grava del arroyo tirando del cable del remolque. Cuando llegaban a las frondosas orillas del otro lado del jardín, avanzaban corriente arriba agarrándose a los ramajes de baja altura.

Ese día tenían intención de descubrir el Cabo Norte como «Otero, el viejo capitán de barco» del libro de poemas que Una había traído consigo. Pero, en vista del calor, lo cambiaron por un viaje remontando el Amazonas y las fuentes del Nilo. Incluso sobre las aguas sombrías el aire flotaba caliente y cargado de perfumes adormecedores; en los espacios abiertos, desnudos de árboles, los rayos del sol abrasaban los pastos como fuego. El martín pescador dormitaba sobre su rama de vigía, y los mirlos apenas se tomaban la molestia de esconderse en los arbustos más cercanos. Las libélulas, revoloteando y chocando unas con otras, eran los únicos seres en movimiento, además de las gallinas de agua y una gran mariposa roja que aleteaba huyendo de la luz del sol para bajar a beber.

Cuando llegaron a la Charca de la Nutria, el *Cierva dorada* encalló con suavidad en un remanso de poca profundidad, y quedaron bajo una techumbre baja de verdor, observando cómo las aguas descendían sobre las compuertas de la presa para luego deslizarse sobre la musgosa rampa de ladrillo que devolvía al río las aguas del canal del molino. Una trucha enorme, a la que los niños conocían muy bien, asomó la cabeza y el dorso en busca de alguna mosca que revoloteara por el recodo. Entre tanto, muy de vez en cuando el nivel del arroyo se elevaba unos centímetros sobre los húmedos guijarros, y notaron un lento suspiro y un estremecimiento en el aire que se colaba entre las copas de los

árboles. Entonces volvieron a oírse las voces delicadas de las aguas, deslizándose río abajo.

–Es como si las sombras hablasen, ¿verdad? –dijo Una, que había renunciado a leer.

Dan estaba recostado sobre la proa de la canoa, con las manos sumergidas en la corriente. Oyeron ruido de pasos sobre la gravilla que se amontonaba en mitad de la charca, cuando vieron a sir Richard Dalyngridge, que les observaba:

–¿Habéis hecho un viaje peligroso? –preguntó sonriente.

–Encallamos muchas veces –contestó Dan–. Casi no hay agua este verano.

–Sí, el arroyo era más profundo y más ancho cuando mis hijos jugaban a los piratas daneses. ¿Sois piratas?

–Oh, no. Renunciamos a ser piratas hace años –explicó Una–. Ahora casi siempre somos exploradores que navegan alrededor del mundo, ¿sabe?

–¿Alrededor? –dijo sir Richard mientras se acomodaba entre dos ramas de un viejo tocón de fresno que había en la orilla–. ¿Cómo puede ser «alrededor»?

–¿No lo aprendiste así en tus libros? –preguntó Dan, cuya última clase había sido de geografía.

–No sé ni escribir ni leer –contestó él–. ¿Tú sabes leer, muchacho?

–Sí –dijo Dan–, excepto las palabras demasiado largas.

–¡Estupendo! Entonces lee para que yo pueda escucharte.

Dan se puso colorado, pero abrió el libro y, vacilando un poco, comenzó la lectura de *El descubridor del Cabo Norte*:

Otero, el viejo capitán
que vivía en Helgoland,
al rey Alfredo, amante de la verdad,
le regaló un colmillo de morsa
blanco como la nieve,
que llevaba en su oscura mano.

–Pero... ¡pero si yo conozco eso! Es una vieja canción que ya he oído cantar. Es como un milagro –interrumpió sir Richard–. No, no te detengas.

Se inclinó hacia delante y las sombras de las hojas resbalaron por su cota de malla.

Yo araba los campos con caballos
pero mi corazón estaba inquieto
porque los viejos hombres de la mar
venían a contarme una y otra vez
sus sagas marineras...

Su mano fue a dar con la empuñadura de su gran espada: «Es cierto»,

exclamó, «es lo que me ocurrió a mí». Y medía la cadencia de los versos, uno a uno, embelesado.

Y entonces la tierra –dijo Otero–
de repente se desdobló hacia el sur
y yo seguí la costa sinuosa
y proseguí con rumbo al sur,
por un mar sin nombre...

–Un mar sin nombre –repitió–. Eso es justo lo que hice yo, lo que hicimos Hugh y yo.

–¿Adónde fuisteis? Cuéntanoslo –pidió Una.

–Espera. Déjame escuchar todo el poema primero.

Así que Dan lo leyó hasta el final.

–Bien –dijo el caballero–. Es la historia de Otero que he oído cantar casi igual a los marineros de los barcos daneses. No con esas mismas palabras heroicas, pero sí con otras muy parecidas.

–¿Has explorado el norte alguna vez? –preguntó Dan cerrando el libro.

–No. Mi aventura tuvo lugar en el sur. Más al sur de lo que ningún hombre haya llegado jamás. Hugh y yo partimos con Witta y sus bárbaros –sacudió su enorme espada y luego se apoyó en ella con ambas manos; fijó la mirada en el horizonte.

–Pensé que siempre habías vivido aquí –dijo Una tímidamente.

–Sí, mientras vivió mi lady Aelueva. Pero luego falleció. Falleció, y como mi hijo mayor ya era un hombre, le pedí a De Aquila que cuidase de mi feudo mientras yo hacía un viaje o peregrinación. Necesitaba olvidar. De Aquila, a quien Guillermo II había hecho señor de Pevensey para reemplazar al conde de Mortain, era ya muy viejo, pero aun así cabalgaba sobre sus grandes caballos ruanos, y sobre su silla parecía un pequeño halcón blanco. Cuando Hugh, que estaba en Dallington, al otro lado de las colinas, tuvo noticias de lo que yo había hecho, mandó buscar a mi segundo hijo, a quien, por estar él soltero, siempre había tratado como a su propio hijo. Con permiso de De Aquila, le entregó el feudo de Dallington para que lo administrase hasta su regreso. Hugh vino conmigo.

–¿Cuándo ocurrió? –quiso saber Dan.

–Eso te lo puedo contestar con exactitud, porque mientras cabalgábamos con De Aquila a la altura de Pevensey (¿os he comentado ya que era señor de Pevensey y miembro del Águila de Honor?) para embarcar rumbo a Burdeos en la nave que todos los años le traía vinos desde Francia, un hombre de las marismas corrió hacia nosotros gritando que había visto un macho cabrío de color negro que transportaba en sus lomos el cuerpo del rey, y que el macho

cabrió le había hablado. Ese mismo día, Guillermo el Rojo, nuestro rey, el hijo del Conquistador, murió herido por una flecha misteriosa mientras cazaba en un bosque. «Es de mal agüero», dijo De Aquila, «recibir una noticia como esta en vísperas de emprender un viaje. Si Guillermo el Rojo está muerto, es muy probable que tenga que luchar para defender mis tierras. Esperad un poco».

»Fallecida mi mujer, poco me importaban los augurios y las premoniciones, como tampoco a Hugh. Tomamos esa nave con rumbo a Burdeos, pero el viento amainó cuando aún estábamos a la vista de Pevensey. Una niebla espesa nos envolvió y las corrientes nos llevaron hacia el oeste, a lo largo de los acantilados. Nuestros compañeros eran en su mayor parte mercaderes que volvían a Francia, así que llevábamos también a bordo un cargamento de lana y tres parejas de grandes perros de caza encadenados a la barandilla. Su dueño era un señor de Artois. Nunca supe su nombre, pero en su escudo tenía figuras doradas sobre un fondo rojo, y cojeaba, igual que yo, por culpa de una herida que le hicieron cuando era joven durante el sitio de Nantes. Había estado al servicio del duque de Burgundia contra los moros de España, y se disponía a regresar a esa guerra con sus perros. Aquella primera noche entonó extrañas canciones moriscas y casi llegó a persuadirnos de que nos fuésemos con él. Yo había emprendido una peregrinación para olvidar, que es precisamente lo que no se consigue en ninguna peregrinación, y a punto estuve de aceptar su invitación, pero...

»¡Es increíble cómo pueden cambiar la vida y la fortuna de un hombre! A la mañana siguiente, una nave danesa se acercó con sigilo y chocó contra la nuestra entre la niebla. Nos balanceamos de aquí para allá en cubierta y Hugh, apoyado en la amura, cayó por la borda. Me lancé para cogerle y fuimos a caer los dos sobre la cubierta del barco danés, donde fuimos atrapados y atados antes incluso de que nos diese tiempo a ponernos de pie. Nuestra nave desapareció tragada por la niebla. Imagino que el caballero del escudo con las figuras doradas debió de amordazar a sus perros con su capa, no fuesen a revelar la presencia de una nave cargada de mercaderes, porque advertí cómo cesaban de repente los ladridos.

»Permanecimos atados entre los bancos hasta el amanecer. Entonces los daneses nos arrastraron hasta la cubierta superior, dejándonos junto al timón y frente al capitán de la nave, que se llamaba Witta, y que nos propinó un puntapié para ponernos boca arriba. Llevaba brazaletes de oro desde el codo hasta las axilas y su cabello, pelirrojo y largo como el de una mujer, le caía en mechones trenzados sobre la espalda. Era robusto, de piernas curvadas y brazos largos. Se hizo con todo lo que llevábamos encima, pero cuando quiso echar mano de la espada de Hugh y observó las runas grabadas en la hoja, volvió a meterla en la vaina con presteza. Sin embargo, la codicia pudo con él y lo

intentó otras dos veces, hasta que al tercer intento la espada comenzó a cantar con voz tan poderosa e irritada que los remeros se apoyaron en los remos para escuchar. Comenzaron a hablar todos a la vez, gritando como gaviotas, y un hombre de piel cetrina, como jamás había visto, apareció en la cubierta principal y cortó las sogas. Tenía ese color de piel por naturaleza, no por enfermedad, amarillo como la miel, y sus ojos se recortaban oblicuamente en su rostro.

–¿Qué quieres decir? –dijo Una, con la barbilla apoyada en una mano.

–Esto –dijo sir Richard. Colocó un dedo en los extremos de cada ojo y tiró de ellos hasta convertirlos en dos estrechas hendiduras.

–¡Pero si pareces un chino! –exclamó Dan–. ¿Acaso ese hombre era chino?

–No sé lo que sería. Witta lo había encontrado medio muerto entre los hielos de las costas de Moscovia. Nosotros pensamos que era un diablo. A cuatro patas, nos trajo comida en un plato de plata, que aquellos lobos de mar habían robado de una rica abadía, y Witta nos sirvió vino con sus propias manos. Hablaba unas veces en francés, otras en anglosajón, pero casi todo lo decía en la lengua de los vikingos. Le pedimos que nos llevase a tierra, prometiéndole pagar mejor rescate del que obtendría si nos vendiese a los moros, como ocurrió una vez con un caballero que yo conocía y que fue apresado al zarpar de Flushing. «Ni por la cabeza de mi padre, Guthrum», dijo el danés. «Los dioses os han enviado a mi nave en señal de buena suerte.»

»Al oír aquello, me eché a temblar de miedo porque conocía la costumbre de los daneses de sacrificar sus prisioneros a sus dioses para obtener buen tiempo como recompensa. «¡Malditos sean tus huesos!», dijo Hugh. «¿Qué provecho puedes sacar de unos pobres peregrinos incapaces de trabajar ni de luchar?» «Los dioses me prohíben que luche contra vosotros, pobres peregrinos con Espada Cantarina», contestó él. «Venid con nosotros y dejaréis de ser pobres. Tenéis los dientes muy separados, lo que es augurio de que viajaréis y os haréis ricos.» «¿Y que ocurrirá si no vamos contigo?», dijo Hugh. «En ese caso, tendríais que ir a nado hasta Inglaterra o hasta Francia», dijo Witta. «Estamos a mitad de camino de los dos. A no ser que elijáis ahogaros por vuestra propia voluntad, a bordo de este barco no se os tocará ni un solo pelo de la cabeza. Pensamos que nos traeréis suerte y me consta que las inscripciones de vuestra espada son auténticas», se volvió y ordenó que izasen las velas. Después todos se apartaron para que paseásemos por la nave, que estaba repleta de maravillas.

–¿Cómo era? –quiso saber Dan.

–Larga, de poco calado y estrecha de manga, con un mástil que sostenía una vela roja y con quince remeros a babor y otros quince a estribor –contestó el caballero–. En proa había una cubierta bajo la que los hombres podían acostarse, y en popa otra con una puerta pintada que la separaba de los bancos de los remeros. Ahí dormíamos Hugh y yo, junto con Witta y con el Hombre

Amarillo, sobre alfombras mullidas como la lana. Recuerdo –dijo riéndose para sus adentros– que la primera vez que entramos una voz poderosa gritó: «¡Sacad las espadas! ¡Sacad las espadas! ¡Matad, matad!». Al ver nuestra sorpresa, Witta se echó a reír y nos mostró que quien había hablado no era más que un pájaro gris de enorme pico y cola roja. Se lo puso al hombro, y el pájaro empezó a pedir pan y vino con voz ronca y a suplicar que le besara. Y no era más que un estúpido pajarraco. Pero... ¿qué os pasa? –contempló los rostros sonrientes de los niños.

–No nos reíamos de ti –dijo Una–. Debía de tratarse de un loro. Es lo que los loritos suelen hacer.

–Sí, de eso nos enteramos más tarde. Pero a bordo había otra maravilla. El Hombre Amarillo, que se llamaba Kitai, llevaba consigo un cofre marrón. Dentro había un cuenco azul con marcas rojas en el borde, en cuyo interior pendía de un hilo muy fino un pedazo de hierro no más pesado que una brizna de hierba, y tal vez tan largo como una espuela, aunque recto. En ese trozo de hierro, según dijo Witta, habitaba el Espíritu del Mal que Kitai, el Hombre Amarillo, había traído por arte de magia de su país, el cual quedaba a más de tres años de navegación rumbo al sur. El Espíritu del Mal luchaba día y noche por regresar a su país y, por eso, como podéis comprender, la aguja metálica apuntaba constantemente hacia el sur.

–¿Hacia el sur? –dijo Dan de pronto, metiendo la mano en el bolsillo.

–Lo vi con mis propios ojos. Todos los días y durante toda la jornada, aunque la nave zozobrase, aunque el sol y la luna y las estrellas estuviesen escondidas, este espíritu ciego encarnado en el hierro sabía dónde deseaba ir y señalaba hacia el sur. Witta le llamaba el Hierro Sabio, porque le mostraba su rumbo a través de mares desconocidos.

Sir Richard volvió a observar a los niños con una mirada penetrante:

–¿Qué pensáis, que era brujería?

–¿Era algo parecido a esto? –Dan extrajo del bolsillo su vieja brújula metálica que convivía habitualmente con su navaja y su llavero–. El cristal está un poco resquebrajado, pero la aguja funciona a la perfección, señor.

El caballero exhaló un largo murmullo de sorpresa.

–¡Sí, sí! El Hierro Sabio se movía y giraba de esa misma manera. Ahora está inmóvil y señala hacia el sur.

–Hacia el norte –dijo Dan.

–¡Hacia el sur! ¡Allí está el sur! –insistió sir Richard.

Entonces los dos arrancaron a reír, porque, como es natural, cuando uno de los extremos de una brújula apunta hacia el norte, el otro apunta hacia el sur.

–¡Caramba...! –exclamó sir Richard, chasqueando la lengua–. No puede

tratarse de brujería si lo lleva un niño. ¿Por qué señala siempre al sur... o al norte?

–Papá dice que nadie sabe por qué –terció Una.

Sir Richard pareció sentirse aliviado.

–Entonces, aún es posible que se trate de magia. Para nosotros lo era. Y con esa idea viajamos. Cuando el viento era favorable, alzábamos la vela y nos apoyábamos contra la amura de barlovento con nuestros escudos a la espalda para protegernos de las salpicaduras del mar. Cuando no había viento, se utilizaban los remos; el Hombre Amarillo se sentaba junto al Hierro Sabio y Witta guiaba el timón. Al principio me asustaban las altas olas festoneadas de blanco, pero según iba viendo la maestría con que Witta navegaba entre ellas, fui cobrando confianza. Hugh disfrutó de todo aquello desde el principio. Yo nunca he sido hábil a bordo, y los acantilados y las corrientes como las que vimos a la altura de las Islas Occidentales de Francia, donde un remo cayó contra las rocas y se rompió, me revolvían el estómago. Remamos rumbo al sur a través de un mar tormentoso, donde, a la luz de la luna, entre las nubes, apareció durante unos instantes una nave de Flandes que dio una vuelta completa sobre sí misma y se hundió. Como de costumbre, mientras Hugh se afanaba con Witta durante toda la noche, yo me puse a cubierto junto al pájaro hablador, y me acosté sin preocuparme de si moriría o no. ¡La mar produce una sensación de mareo que si dura tres días es la muerte! Cuando volvimos a avistar tierra firme, Witta dijo que era España, y permanecemos en alta mar. Esas costas estaban repletas de naves que apoyaban la causa del duque contra los moros, y temimos que sus hombres nos colgasen o que los moros nos vendiesen como esclavos. Por tanto, decidimos recalar en una pequeña ensenada que Witta conocía. Por la noche vinieron unos hombres con mulas cargadas, y Witta intercambió ámbar del norte por pequeños lingotes de hierro y por ánforas de cerámica llenas de abalorios. Colocó las ánforas bajo las cubiertas y los lingotes de hierro en la bodega de la nave, después de arrojar al mar las piedras y los guijarros que hasta entonces nos habían servido de lastre. También intercambió pedazos de gris ámbar de olor dulzón por vino: por un trozo de ámbar del tamaño de la uña de un pulgar obteníamos un barril de vino. Pero estoy hablando como si fuese un mercader...

–¡No, no! –exclamó Dan–. Cuéntanos qué es lo que comáis.

–Witta consiguió carne ahumada, pescado seco, alubias y ristras de un fruto suave y dulce, que utilizan los moros y que es como una pasta de higos, pero con huesos finos y alargados. ¡Ya me acuerdo! Se llamaban dátiles. «Y ahora», dijo Witta una vez que la nave estuvo pertrechada, «a vosotros, extranjeros, os aconsejo que recéis a vuestros dioses porque, de ahora en adelante, nos dirigimos a donde nunca antes se ha dirigido nadie».

»Él y sus hombres sacrificaron una cabra negra sobre cubierta, y el Hombre Amarillo sacó una pequeña imagen de cara sonriente, de piedra verde oscuro, y quemó incienso ante ella. Hugh y yo nos encomendamos a Dios, a san Bernabé y a Nuestra Señora de la Asunción, de la que fue especialmente devota mi mujer. Ya no éramos jóvenes, pero no me avergüenza confesar que al levar ancla de aquella ensenada secreta, cuando amanecía sobre el mar inmóvil, nos sentimos llenos de alegría y cantamos como lo hacían los caballeros de antaño cuando seguían al gran duque hasta Inglaterra. Y, sin embargo, ahora nuestro capitán era un pirata impío, toda nuestra flota consistía en una nave peligrosamente sobrecargada, por único guía tenía a un brujo pagano, y nuestro puerto de destino estaba más allá del fin del mundo. Witta nos contó que una vez su padre, Guthrum, había navegado por las costas de África yendo a parar a unas tierras donde hombres desnudos cambiaban oro por hierro y abalorios. Había adquirido allí mucho oro, y no pocos colmillos de elefante, y era allí adonde, con ayuda del Hierro Sabio, Witta se disponía a ir. Witta no le temía a nada, excepto a la pobreza.

»«Mi padre me contó», dijo Witta, «que el gran arrecife se extiende durante tres días de navegación a lo largo de aquellas tierras, y que al sur del mismo hay una selva que crece en medio del mar. Tanto al sur como al este de esa selva, mi padre dio con un lugar en donde los hombres se escondían el oro en los cabellos. Pero también dijo que todas esas tierras estaban infestadas de diablos que habitaban en los árboles y que se dedicaban a descuartizar a la gente miembro por miembro. ¿Qué os parece?». «Con oro o sin oro», opinó Hugh acariciando su espada, «es una aventura maravillosa. ¡Al ataque, a por todos esos diablos, Witta!». «Aventura...», murmuró Witta con amargura. «Soy solo un pobre ladrón de los mares. No me juego la vida navegando sobre un trozo de madera en nombre de aventuras apasionantes. Una vez que amarre la nave en Stavanger, y sienta los brazos de mi mujer alrededor de mi cuello, ya no buscaré más aventuras. Una nave da más trabajo que una mujer o el ganado.»

»Saltó entre los remeros y los reprendió por sus pocas energías y por su gran apetito. Porque Witta era un lobo en la lucha y un verdadero zorro astuto en el trato con los demás.

»Una tormenta nos arrastró hasta el sur, y durante tres días con sus noches se hizo cargo del timón y condujo aquella nave a través de los mares. Cuando el mar se alzaba por encima de lo previsto, vertía un tonel de aceite de ballena en las aguas que conseguía calmarlas de modo increíble, y en el remanso que se formaba colocaba la nave con la proa al viento y lanzaba los remos atados a unos cabos para que sirviesen, según explicaba, como un ancla alrededor de la cual dábamos vueltas de manera penosa, pero sin mojarnos. Había aprendido ese arte de su padre, Guthrum. Conocía también todo el *Libro de las*

sanguijuelas de Bald, que era un doctor sabio. También conocía el *Tratado de navegación* de la mujer Hlaf, la que saqueó Egipto. La verdad es que conocía todo lo necesario para gobernar una nave.

»Cuando cesó la tormenta, avistamos una montaña cuya cumbre, cubierta de nieve, rasgaba las nubes. Las hierbas de la falda de estas montañas, una vez cocidas, son buenas para curar el mal de encías y los tobillos inflamados. Estuvimos allí durante ocho días, hasta que unos hombres con taparrabos nos lanzaron piedras. Cuando el calor comenzó a apretar, Witta colocó una lona sobre los remeros porque no corría una brizna de aire entre la Isla de la Montaña y la costa de África, situada al este. Dicha costa es arenosa y la recorrimos a remo, tenía una longitud de tres tiros de flecha. Ahí vimos ballenas y unos peces con forma de escudo, más largos que nuestro barco. Algunos dormían, otros nos mostraban sus fauces y algunos danzaban sobre las cálidas aguas. Percibías el mar caliente al tocarlo y el cielo estaba escondido entre calimas grises y agobiantes, de las cuales caía un polvo fino que encanecía nuestros cabellos y nuestras barbas en tan solo una mañana. También había aquí peces que volaban por los aires como pájaros. A veces, se caían sobre los regazos de los remeros y cuando regresábamos a tierra, los asábamos y los comíamos.

El caballero hizo una pausa para comprobar si los niños dudaban de lo que contaba, pero estos se limitaron a afirmar con la cabeza y a pedirle que siguiera.

—La tierra amarilla yacía a nuestra izquierda, y el mar gris a nuestra derecha. A pesar de ser caballero, empuñaba mi remo entre el resto de la tripulación. Cogí algas, las sequé al sol y las metí entre las ánforas con los abalorios para evitar que se rompieran. Un caballero se debe a la tierra. En el mar, fijaos en lo que os voy a decir, un hombre no es más que un jinete sin espuelas sobre un caballo sin riendas. Aprendí a hacer nudos fuertes en los cabos, sí, y a unir dos de ellos por sus extremos, de modo que ni el mismo Witta era capaz de distinguir por dónde se juntaban. Pero Hugh era diez veces más avisado que yo en cuestiones náuticas. Witta le puso al mando de los remeros de babor. Thorkild de Borkum, un hombre con la nariz torcida que llevaba un casco de acero normando, tenía a su cargo a los remeros de estribor, y ambos grupos rivalizaban con los remos y la canción. Vigilaban que ningún hombre estuviera ocioso. Lo cierto es que, como decía Hugh (y Witta se reía de él), una nave requiere más cuidados que un feudo.

»¿Y por qué? Veréis. Había que ir a buscar agua a la orilla cuando podíamos encontrarla, al igual que frutas silvestres y hierbas, y arena para fregar las cubiertas y los bancos, a fin de que oliesen bien. También tuvimos que varar el barco en islas de poco calado, sacar de su interior todos los pertrechos, incluidos los lingotes de hierro, para quemar con antorchas de juncos las algas

que habían crecido en el casco. También humeamos las bodegas con juncos mojados en agua salada, tal y como la mujer Hlaf aconseja hacer en su *Libro de navegación*. Una vez que la nave estuvo lista y varada en tierra firme, el pájaro gritó: «¡Sacad las espadas!», como si acabara de ver un enemigo. Witta juró que le retorcería el pescuezo.

–¡Pobre lorito! ¿Y llegó a hacerlo? –preguntó Una.

–No. Era la mascota del barco. Se sabía el nombre de todos los remeros... Fueron días felices para un hombre viudo, con Witta y sus paganos, más allá del fin del mundo... Tras varias semanas de navegación, llegamos al gran arrecife que se extendía hasta muy lejos, tal y como había dicho el padre de Witta. Lo fondeamos, siguiéndolo con la vista hasta sentirnos mareados con el rugir de los acantilados y rompeolas. Y cuando volvimos a divisar la tierra, nos encontramos con negros desnudos que habitaban la selva, quienes, por una punta de hierro, nos cargaron de frutas, paja y huevos. Witta se rascó la cabeza frente a ellos en señal de que quería comprarles oro. No tenían oro, pero entendieron la señal (todos los comerciantes de oro lo esconden bajo su espesa cabellera), porque señalaron hacia la costa. También se golpearon el pecho con sus puños cerrados, gesto cuyo significado ignorábamos y que constituía una señal de mal agüero.

–¿Qué quería decir? –preguntó Dan.

–Paciencia. Ya os enteraréis. Seguimos la costa con rumbo al este durante dieciséis días (contando el tiempo por cortes de espada sobre el timón) hasta que llegamos a un bosque que emergía del agua. Ahí los árboles crecían en el fango, arqueándose sobre las delgadas y altas raíces, y numerosos canales embarrados corrían a la buena de Dios bajo la oscuridad de los árboles. Perdimos de vista el sol. Recorrimos los canales sinuosos bajo los árboles, y en las zonas en las que no podíamos remar, nos agarrábamos a las raíces e impulsábamos la nave hacia delante. El agua era fétida y gigantescas moscas resplandecientes nos atormentaban. Por la mañana y al atardecer, una neblina azul cubría el barro, y aquello era un caldo de cultivo para las fiebres. Cuatro de nuestros remeros enfermaron y los atamos a sus bancos, por miedo a que cayeran por la borda y a que fueran devorados por los monstruos del lodazal. El Hombre Amarillo yacía también enfermo junto a su Hierro Sabio, meneando la cabeza y hablando en su propia lengua. Parecía que solo el pájaro sobreviviría. Se sentaba sobre el hombro de Witta y chillaba en medio de esa oscuridad maloliente y poblada de silencios. Sí, creo que era el silencio lo que más miedo nos daba.

Se detuvo para escuchar el confortable y familiar sonido del arroyo.

–Cuando perdimos la noción del tiempo entre esas oscuras cárcavas y cenagales, nos pareció oír el lejano batir de un tambor. Siguiéndolo, fuimos a dar con un río ancho y oscuro, junto a una cabaña en el claro de un campo de

calabazas. Dimos gracias a Dios por volver a ver el sol. La gente de aquel poblado nos recibió alegremente, y Witta se rascó la cabeza para pedirles oro, al tiempo que les mostraba nuestro hierro y los abalorios. Corrieron a la orilla (todavía estábamos en el barco) y señalaron nuestras espadas y nuestros arcos, ya que siempre que nos acercábamos a tierra íbamos armados. Acto seguido, fueron a buscar a sus cabañas oro en lingotes y en polvo, así como enormes colmillos de elefante ennegrecidos. Lo apilaron todo en la orilla, como si quisieran tentarnos, haciendo ademanes de lucha, y señalaron hacia las copas de los árboles de un bosque que se extendía tras ellos. Después, su jefe o brujo de la tribu se golpeó el pecho con los puños y rechinó los dientes.

»Dijo Thorkild de Borkum, desenvainando a medias su espada: «¿Acaso quieren que luchemos para obtener esta mercancía?». «No», dijo Hugh. «Creo que nos están pidiendo que nos aliemos con ellos en contra de algún enemigo.» «Esto no me gusta nada», dijo Witta de repente. «Volvamos al centro del río.»

»Y así hicimos, y nos sentamos inmóviles a contemplar a los negros junto con el oro que habían apilado en la orilla. De nuevo oímos el retumbar de tambores en el interior de la selva, y las gentes corrieron hacia sus cabañas, dejando el oro sin custodiar.

»Fue entonces cuando Hugh, en la proa de la nave, señaló boquiabierto a un gran diablo que surgía de la selva. Se hizo sombra con la palma sobre los ojos y humedeció su lengua rojiza entre sus labios. Así.

–¡Un diablo! –exclamó Dan, mitad horrorizado, mitad encantado.

–Sí. Más alto que un hombre y cubierto de pelo rojizo. Después de haber observado nuestro barco durante un rato, se golpeó el pecho con los puños hasta que semejó el batir de tambores. Se acercó a la orilla balanceando el cuerpo entre sus largos brazos y haciendo rechinar los dientes. Hugh disparó una flecha que le atravesó la garganta. Cayó al suelo bramando y otros tres diablos salieron de la selva y lo arrastraron hasta un gran árbol, donde lo escondieron. Acto seguido, arrojaron al suelo la flecha ensangrentada y comenzaron a lamentarse entre el follaje. Witta observó el oro en la orilla y se manifestó partidario de cogerlo: «Señores», dijo (nadie había hablado hasta entonces), «ahí está lo que hemos venido a buscar desde tan lejos y con tantas penalidades. Ahí está, al alcance de nuestras manos. Rememos mientras estos diablos se lamentan y al menos cojamos lo que podamos».

»¡Osado como un lobo y astuto como un zorro era aquel Witta! Dispuso a cuatro arqueros en la cubierta de proa para disparar a los diablos en caso de que saltaran del árbol que estaba cercano a la orilla. Colocó a diez remeros a cada lado y les advirtió que observasen los movimientos de su mano, indicándoles si debían remar hacia delante o hacia atrás, y así los fue conduciendo hasta la orilla. Pero nadie quería poner un pie en tierra, aunque el oro estaba apenas a diez

pasos. ¡Nadie tiene prisa en ser colgado! Se lamentaban en sus puestos como perros apaleados y Witta se mordía los dedos de pura rabia.

»Hugh dijo de repente: «¡Escuchad!». Al principio creíamos que era el zumbido de las resplandecientes moscas sobre el agua, pero el sonido se fue haciendo más alto e intenso de modo que todos lo oyeron.

–¿Qué era? –preguntaron Dan y Una.

–Era la espada –sir Richard acarició la suave empuñadura–. Cantaba como lo hacen los daneses antes de entrar en combate. «Yo iré», dijo Hugh y saltó desde la proa para caer junto al oro. Yo estaba asustado hasta la médula de los huesos, pero le seguí de pura vergüenza, y Thorkild de Borkum saltó detrás de mí. Nadie más nos siguió. «No me juzguéis mal», gritó Witta a nuestras espaldas, «tengo que cuidar de mi nave».

»A nosotros tres no nos quedó tiempo ni para culpar ni para elogiar a nadie. Nos detuvimos ante el oro y empezamos a echárnoslo a los hombros, con una mano en las espadas y un ojo en el árbol que se elevaba muy cerca de nosotros.

»No tengo ni idea de cómo saltaron los diablos, o de cómo empezó la lucha. Oí a Hugh que gritaba: «¡A por ellos!», como si estuviera en Santlache otra vez; vi cómo el casco de acero de Thorkild salía despedido de su cabeza asido por una gran mano peluda y oí, pasando junto a mi oreja, el silbido de las flechas procedentes del barco. Me contaron que hasta que Witta no mostró su espada a los remeros, no consiguió que acercasen el barco hasta la orilla. Y cada uno de los cuatro arqueros alardeó después de haber sido él quien había atravesado con su flecha al diablo que luchaba conmigo. No sé qué pasó realmente. Me enfrenté a él con la cota de malla, cosa que me salvó el pellejo. Con espada y daga luché por mi vida contra un diablo que utilizaba los pies como si fuesen manos y que me zarandeaba de un lado a otro como si fuera una rama rota. Me tenía cogido por la cintura, inmovilizando mis brazos, cuando una flecha del barco le alcanzó entre los hombros, y me soltó. Le atravesé dos veces con mi espada y se alejó arrastrándose sobre sus largos brazos, tosiendo y gimiendo. A continuación creo recordar que vi a Thorkild de Borkum, sonriente, con la cabeza descubierta y saltando frente a un diablo que también daba brincos y rechinaba los dientes. Luego vi pasar a Hugh con la espada en la mano izquierda y me extrañé de no haberme dado cuenta de que Hugh era zurdo, y después ya no recuerdo nada hasta que sentí la espuma de las olas en la cara. Estábamos bajo el sol en el mar abierto y habían transcurrido veinte días.

–¿Y qué pasó? ¿Murió Hugh? –preguntaron los niños.

–Jamás un cristiano había sostenido una lucha semejante –dijo sir Richard–. Una flecha procedente del barco me salvó a mí de mi diablo y Thorkild de Borkum había hecho avanzar a su diablo hasta que los arqueros del barco lo tuvieron bastante cerca como para acribillarlo a flechazos. Pero el diablo de

Hugh era astuto y había permanecido escondido tras los árboles, donde no pudo ser alcanzado por las flechas. Allí, en una lucha cuerpo a cuerpo, Hugh logró matarle gracias a la fuerza de su espada y de su mano. Pero, antes de morir, el monstruo hincó los dientes en la espada. ¡Imaginaos los dientes que tendría!

Sir Richard volvió a girar la espada para que los niños pudieran observar las dos grandes hendiduras hechas como a cincel en ambos lados de la hoja.

—Esos mismos dientes fueron los que se encontraron con el brazo y el costado derecho de Hugh —prosiguió sir Richard—. ¿Yo? Oh, no acabé más que con un pie roto y con fiebre. A Thorkild le mordieron la oreja, pero lo peor es que el brazo y el costado de Hugh se habían esfumado. Yo le observaba mientras él yacía acostado, chupando la carne de una fruta que sujetaba con la mano izquierda. Sus carnes se iban despegando de los huesos, su cabello se llenaba de mechones canos y su mano estaba surcada de venas azules, como las de una mujer. Colocó su brazo izquierdo alrededor de mi cuello y me susurró: «Coge mi espada. Ha sido tuya desde Hastings, hermano mío, y yo ya no podré volver a empuñarla...».

»Permanecemos en la cubierta superior hablando de Santlache hasta que acabamos los dos llorando. Yo estaba débil y él no era más que una sombra. «No os preocupéis», dijo Witta desde el timón. «El oro sustituye la mano derecha de cualquier hombre. ¡Mirad el oro, miradlo!»

»Le ordenó a Thorkild que nos mostrara el oro y los colmillos de elefante como si fuéramos chiquillos. Había cogido todo el oro de la orilla y otro tanto que la gente del poblado le había dado por matar a los diablos. Nos adoraron como a dioses, según me contó Thorkild, y una de sus ancianas curó el brazo de Hugh.

—¿Y cuánto oro conseguiste? —preguntó Dan.

—¿Cómo podría contároslo? Todo el espacio que había bajo los pies de los remeros donde habíamos almacenado los lingotes de hierro estaba ahora lleno de lingotes de oro, bien escondidos bajo unas tablas. También llevábamos oro en polvo metido en saquitos en el lugar donde dormíamos y, atravesados bajo los bancos de la cubierta, atamos los colmillos de elefante ennegrecidos.

»«Hubiera preferido tener mi brazo derecho», dijo Hugh cuando contempló todo eso. «Mira que lo siento... Fue culpa mía», dijo Witta. «Debí haber aceptado vuestro rescate y desembarcaros en Francia hace diez meses, cuando subisteis a bordo.» «Ya es demasiado tarde», dijo Hugh riéndose.

»Witta se mesó los cabellos, que le caían por el hombro. «¡Pero fíjate!», exclamó. «Si te hubiera dejado ir (cosa que no habría hecho nunca, porque os quiero como a hermanos), a estas horas quizá habríais sido asesinados por cualquier moro en la guerra del duque de Burgundia, o habríais muerto a

manos de ladrones de tierra adentro, o fallecido en alguna posada por culpa de la peste. Piensa en esto y no me echés demasiado la culpa, Hugh. Mira, solo me quedará con la mitad del oro.» «No te echo nada en cara, Witta», dijo Hugh. «Ha sido una aventura maravillosa y los treinta y cinco que estamos aquí hemos sido capaces de hacer lo que no ha hecho nadie. Si vuelvo a Inglaterra, me construiré un castillo en Dallington con la parte del botín que me corresponda.» «Yo compraré ganado, ámbar y tela roja de abrigo para mi mujer», dijo Witta. «Además, gobernaré toda la tierra que se extiende al norte del fiordo de Stavanger. Ahora tendré a muchos que me defiendan. Pero primero tenemos que girar rumbo al norte, y con el botín que llevamos a bordo, honradamente ganado, espero no encontrar ningún barco pirata.»

»Aquello no nos hizo gracia. Recelábamos. Teníamos miedo de perder un solo grano del oro que habíamos ganado luchando contra los diablos. «¿Dónde está el hechicero?», pregunté al ver que Witta estaba mirando el Hierro Sabio dentro de su caja, y al no ver a bordo al Hombre Amarillo. «Se ha vuelto a su país», dijo él. «Se levantó en medio de la noche mientras luchábamos por salir de la selva de lodo y dijo que podía avistarlo detrás de los árboles. Saltó al fango y no contestó cuando le llamamos; así que desistimos de volver a hacerlo. Dejó el Hierro Sabio, que es todo lo que me interesa, y podéis ver cómo sigue señalando hacia el sur.»

»Nos asaltó el temor de que el Hierro Sabio pudiera fallarnos ahora que el Hombre Amarillo se había ido, y cuando comprobamos que el espíritu continuaba a nuestro servicio, comenzamos a temer los fuertes vientos, los arrecifes, los peces voladores, y a los habitantes de todas las costas donde atracamos el barco.

—¿Por qué? —preguntó Dan.

—Por el oro, por nuestro oro. El oro cambia a los hombres de manera radical. Thorkild de Borkum no cambió. Se reía de los temores de Witta y de los nuestros, ya que le aconsejábamos que recogiera velas al más leve cabeceo del barco. «Mejor ahogarse de una vez», decía Thorkild de Borkum, «que vivir atado a una cubierta repleta de polvo amarillo».

»Era un hombre sin patria y había sido esclavo de cierto rey del este. Si por él hubiera sido, habría martilleado el oro hasta convertirlo en gruesas planchas con las cuales forrar los remos y la proa.

»Aunque siempre preocupado por el oro, Witta cuidaba de Hugh con el celo de una mujer, brindándole su hombro cuando el barco zozobraba y atando cabos entre las amuras para que Hugh pudiera sujetarse. Decía que, si no hubiese sido por Hugh (y en esto estaban de acuerdo todos sus hombres), nunca habrían conseguido el oro. Recuerdo que Witta construyó un pequeño balancín de oro para que el pájaro se columpiara.

»Remanos y navegamos durante tres meses. Desembarcamos para coger frutas o para limpiar la nave. Cuando vimos que unos jinetes salvajes galopaban entre las dunas blandiendo lanzas, supimos que estábamos en la costa de los moros y pusimos rumbo al norte, hacia España. Un viento fuerte del suroeste nos condujo en diez días a una costa de acantilados rojizos, en donde oímos sonar un cuerno de caza entre el tojo amarillo, y supimos que habíamos llegado a Inglaterra.

»«Y ahora, id a Pevensey por vuestra cuenta», dijo Witta. «No me gustan estos mares angostos, infestados de naves.»

»Colocó la cabeza disecada del diablo que había matado Hugh en lo alto de la proa, y todas las embarcaciones cercanas huían de nosotros. Sin embargo, a causa de nuestro cargamento de oro, estábamos nosotros más asustados que ellos. Nos deslizamos por la noche a lo largo de la costa, hasta que llegamos a las rocas calizas que se alzan al este de Pevensey. Witta no quiso bajar con nosotros, aunque Hugh le había prometido darle en Dallington el suficiente vino como para que pudiese nadar en él. Soñaba ardientemente con ver a su mujer y al atardecer nos acercó a la ciénaga y allí nos dejó con nuestro cargamento de oro. Inmediatamente volvió a hacerse a la mar aprovechando la misma corriente. No nos había hecho promesas ni había pronunciado juramento alguno; no buscaba nuestra gratitud, pero, a pesar de que Hugh era un pobre hombre sin brazo y yo un cojo, a quienes podría haber lanzado al agua, nos entregó, uno por uno, nuestros lingotes, una por una, nuestras bolsas de oro en polvo, y solo se detuvo cuando ya no podíamos cargar con nada más. Al inclinarse sobre la amura para despedirnos, se quitó los brazaletes de su brazo derecho y se los colocó a Hugh en el izquierdo, hecho lo cual, le besó en las mejillas. Creo que cuando Thorkild de Borkum ordenó a los remeros que pusieran rumbo a alta mar, estábamos a punto de llorar. Era cierto que Witta era un pagano y un pirata; cierto que nos retuvo a la fuerza en su barco durante muchos meses; pero no es menos cierto que yo amaba a ese hombre de piernas combadas y ojos azules por su osadía, su astucia, su habilidad y por encima de todo, por su sencillez.

—¿Llegó a su casa sano y salvo? —quiso saber Dan.

—Nunca lo supe. Vimos cómo izaba la vela bajo la luz de la luna y se alejaba. Recé mucho para que volviera a encontrarse con su esposa y sus hijos.

—¿Y vosotros qué hicisteis?

—Esperamos en la ciénaga hasta el amanecer. Entonces me senté junto al oro que estaba envuelto en un pedazo de lona, y esperé a que Hugh llegase a Pevensey y De Aquila nos enviase caballos.

Sir Richard se cruzó de manos sobre la empuñadura de su espada y miró río abajo, a través de las suaves y cálidas sombras.

–¡Un barco entero cargado de oro! –exclamó Una mirando a la pequeña *Cierva dorada*–. Pero me alegro de no haber visto a los diablos.

–No creo que fueran diablos –le susurró Dan.

–¿Cómo que no? –terció sir Richard–. El padre de Witta le había advertido de que eran diablos sin duda alguna. Hay que creer lo que dicen tus padres, y no lo que dicen tus hijos. ¿Qué eran, si no, mis diablos?

Dan se puso del color de la grana:

–Yo, yo solo... –tartamudeó–. Tengo un libro que se llama *Los cazadores de gorilas*. Es la continuación de la *Isla de Coral*, señor, y ahí se dice que los gorilas (son monos grandes, ya sabe) siempre estaban mordisqueando el hierro.

–No siempre –dijo Una–. Solo en dos ocasiones –habían estado leyendo *Los cazadores de gorilas* en el huerto.

–Bueno, en todo caso, siempre se golpeaban el pecho cuando iban a luchar contra los hombres, tal y como dijo sir Richard. Y también se construían casas en los árboles.

–¡Vaya! –dijo Sir Richard abriendo los ojos de par en par. Nuestros diablos construían casas que parecían nidos planos, donde yacían sus malos espíritus y nos vigilaban. Yo no los vi (después del combate estuve enfermo), pero Witta me lo contó y... ahora resulta que también sabéis eso. ¡Estupendo! Entonces ¿nuestros diablos solo eran simios constructores de nidos? ¿Es que ya no queda magia en el mundo?

–No lo sé –contestó Dan turbado–. Una vez vi a un hombre sacar conejos de una chistera, y nos dijo que podíamos averiguar cómo lo hacía si nos fijábamos atentamente. ¡Y lo descubrimos!

–No es verdad, no lo descubrimos –dijo Una suspirando–. ¡Mira, ahí está Puck!

El pequeño duende, moreno y sonriente, apareció entre dos ramas de un fresno, saludó con la cabeza, descendió a la orilla del río y se sentó junto a ellos, en el frescor.

–¿Que ya no hay magia, sir Richard? –rio. A continuación sopló una cabeza de diente de león que acababa de arrancar.

–Me dicen que el Hierro Sabio de Witta era un juguete. El niño tiene uno igual. Me dicen que nuestros demonios eran monos, ¡monos llamados gorilas! –exclamó sir Richard indignado.

–Esa es la magia que hay en los libros –dijo Puck–. Ya te dije que estos niños eran sabios. Todos podemos ser sabios leyendo libros.

–¿Pero los libros dicen la verdad? –preguntó sir Richard con el ceño fruncido–. No me gusta nada todo eso de leer y escribir.

–Sí –dijo Puck, sosteniendo la desnuda cabeza del diente de león con el brazo estirado–. Pero si hubiera que colgar a todo aquel que escribe falsedades, ¿por

qué De Aquila no empezó haciéndolo con Gilbert el amanuense? Él sí que contaba mentiras.

–El mentiroso de Gilbert... Sin embargo, a su manera, fue osado –dijo sir Richard.

–¿Qué hizo? –preguntó Dan.

–Escribir –contestó sir Richard–. ¿Crees que su historia es apropiada para niños? –añadió, dirigiéndose a Puck.

–¡Cuéntalo, cuéntalo! –pidieron al unísono Dan y Una.

LA CANCIÓN DE THORKILD

No sopla el viento sobre estos mares,
¡sacad los remos y dirijámonos a Stavanger!
¡Vayamos todos a Stavanger!

Para ello debemos despertar la brisa en el blanco fresno,
¡viremos hacia Stavanger!
¡Bogdad hacia Stavanger!

¡Oíd cómo crujen y se alabea los bancos!
(¡Bogad hacia Stavanger!)
¡La nave piensa que huele la lluvia de las tierras del norte!
(¡Bogad hacia Stavanger!)

Piensa que barrunta la nieve del norte
y se siente tan feliz de marchar como nosotros.

Piensa que huele los hielos del norte
y las queridas noches oscuras de invierno.

Todos sus pernos ansían la costa
y nosotros, ¡diez veces mayor es nuestra ansia!

¡Oh, dioses de los hombres valientes,
mandadnos otra vez una triple galerna!

¡Mandadnos la galerna y observadnos venir
con velas tirantes y la proa dirigida a los hogares!

No hay ni rastro de viento en estos mares.
¡Bogad hacia Stavanger!
Si queremos despertar la brisa en el blanco fresno,
¡bogad hacia Stavanger!

LOS ANCIANOS DE PEVENSEY

LOS ANCIANOS DE PEVENSEY

–No tiene nada que ver ni con monos ni con demonios –continuó sir Richard bajando la voz–. Tiene que ver con De Aquila, de quien puedo decir que no hubo caballero tan osado, tan hábil y atrevido como él. Y no olvidéis que por aquel entonces era ya un hombre anciano, muy anciano.

–¿Cuándo? –preguntó Dan.

–Cuando regresamos de navegar con Witta.

–¿Qué hicisteis con el oro? –preguntó Dan.

–Tened paciencia. Paso a paso se hace el camino. Os contaré todo a su debido tiempo. Trasladamos el oro a Pevensey a lomos de caballo (tres cargas), y después lo subimos a la cámara norte, encima de la Gran Sala del castillo de Pevensey, donde De Aquila pasaba el invierno. Se sentó sobre la cama como un pequeño halcón blanco, girando rápidamente la cabeza hacia el uno y hacia el otro según le íbamos narrando nuestra aventura. Jehan el Cangrejo, un viejo caballero desabrido, custodiaba la escalera, pero De Aquila le ordenó que esperase al pie de la misma y corrió las cortinas de cuero que había en la puerta. Era Jehan a quien De Aquila había enviado con los caballos y solo él había cargado el oro. Una vez relatada nuestra historia, De Aquila nos dio noticias de lo acontecido en Inglaterra, porque éramos como hombres recién despertados de un largo sueño de un año. El Rey Rojo había muerto (asesinado, ¿recordáis?) el día en que zarpamos, y Henry, su hermano más joven, se había autoproclamado rey de Inglaterra, por encima de Robert de Normandía. Esto es exactamente lo que el Rey Rojo le había hecho a Robert cuando nuestro Gran Guillermo murió. Entonces Robert de Normandía, furibundo, como decía De Aquila, por la doble pérdida de ese reino, había enviado un ejército contra Inglaterra, que fue derrotado y devuelto a sus barcos en Portsmouth. De haber ocurrido un poco antes, el barco de Witta se habría topado con ellos.

»«Y ahora», dijo De Aquila, «la mitad de los grandes barones del norte y del oeste están en pie de guerra contra el rey, entre Salisbury y Shrewsbury, y la mitad de la otra mitad espera a ver qué ocurre. Dicen que Henry es demasiado inglés para ellos, porque se casó con una mujer inglesa que le convenció de devolver a los sajones sus viejas leyes. (Mejor es montar un caballo con un bocado conocido, ¡digo yo!) Pero eso es solo un argumento para encubrir su falsedad».

»Golpeó un dedo sobre la mesa, en el lugar donde se había derramado el vino, y prosiguió en estos términos: «A nosotros, los barones normandos,

William nos atiborró de centenares de acres de magníficas tierras después de Santlache, y yo también obtuve mi parte», dijo dando una palmada a Hugh en el hombro. «Pero se lo advertí; le advertí antes de que Odo se rebelara. Le aconsejé que obligase a los barones a renunciar a sus tierras y señoríos de Normandía, si deseaban convertirse en señores ingleses. Ahora son todos príncipes tanto en Inglaterra como en Normandía, perros de caza bien alimentados, con un pie en un plato y los ojos puestos en el otro. Robert de Normandía les ha hecho saber que, si no luchan a su favor en Inglaterra, saqueará y asolará sus tierras normandas. Como resultado, Clare y Fitz Osborne se han levantado, así como Montgomery, a quien nuestro Guillermo I nombró conde de Inglaterra. Incluso D'Arcy (yo conocí a su padre, un caballero de poca monta, cerca de Caen) y sus hombres están en guardia. Si Henry gana, los barones todavía podrán huir a Normandía, donde Robert les dará la bienvenida. Si Henry pierde, Robert (eso dice) les otorgará más tierras en Inglaterra. ¡Que la peste caiga sobre Normandía porque será como una maldición para nuestra Inglaterra durante largos e innumerables años!»

»«Amén», concluyó Hugh. «¿Pero creéis que la guerra llegará hasta aquí?» «No desde el norte», dijo De Aquila. «Pero el mar queda siempre abierto. Si los barones ganan la primera batalla, Robert enviará otra flota a Inglaterra con toda certeza, y esta vez creo que desembarcará aquí, el lugar donde su padre el Conquistador desembarcó. ¡A buen mercado habéis traído a vuestros cerdos! La mitad de Inglaterra alzada y oro suficiente en el suelo», pateó los lingotes de debajo de la mesa, «para incitar a la lucha a todas las espadas de la Cristiandad». «¿Y qué le vamos a hacer?», dijo Hugh. «No tengo torre de homenaje en Dallington, y si lo enterrásemos, ¿en quién íbamos a confiar?» «En mí», dijo De Aquila. «Los muros de Pevensey son fuertes. Nadie, salvo Jehan, que es mi perro, sabe que el oro está aquí.»

»Descorrió la cortina de una de las troneras y nos mostró la oquedad de un pozo abierto en el espesor del muro. «Lo hice construir como pozo», explicó, «pero solo encontramos agua salada, cuyo nivel sube y baja con las mareas. ¡Escuchad!», oímos el susurro del agua al chocar contra el fondo, «¿Creéis que puede servir?», dijo él. «Más nos vale...», dijo Hugh. «Nuestras vidas están en tus manos.»

»Así que bajamos todo el oro excepto un pequeño cofre que había junto al lecho de De Aquila y que mantuvimos en nuestro poder, tanto para que él disfrutase de su peso y su color como para nuestras necesidades.

»Por la mañana, antes de salir para nuestras propiedades, dijo: «No me despido porque volveréis para quedaros aquí. Y no precisamente por amor ni por pena, sino para estar cerca del oro. Id con cuidado», dijo riendo, «no vaya a ser que lo utilice para hacerme Papa. ¡No confiéis en mí, regresad!».

Sir Richard se detuvo y sonrió amargamente:

–Al cabo de siete días regresamos de nuestros feudos, de las tierras que habían sido nuestras.

–¿Y tus hijos estaban bien? –preguntó Una.

–Mi hijos eran jóvenes. La tierra y su gobierno pertenece por derecho a la gente joven –sir Richard hablaba consigo mismo–. Les habría partido el corazón si les hubiéramos vuelto a quitar los feudos. Nos recibieron calurosamente, pero Hugh y yo nos dimos cuenta de que nuestra hora se había cumplido. Yo era un lisiado y él estaba manco. No –añadió sacudiendo la cabeza–, en consecuencia –concluyó alzando la voz– decidimos regresar a Pevensey.

–Lo siento –dijo Una al ver al caballero tan afligido.

–Señorita, todo esto ocurrió hace mucho tiempo. Ellos eran jóvenes y nosotros mayores. Les dejamos gobernar los feudos. «Ajá», exclamó De Aquila, desde su tronera, cuando desmontamos. «De nuevo aquí, viejos zorros», pero cuando llegamos a su habitación situada sobre la Gran Sala alargó los brazos amistosamente y nos dijo: «Bienvenidos, fantasmas, bienvenidos desdichados fantasmas...». Y entonces caímos en la cuenta de que éramos ricos, increíblemente ricos, pero estábamos solos. ¡Solos!

–¿Y qué hicisteis? –preguntó Dan.

–Esperar a Robert de Normandía –contestó el caballero–. De Aquila era como Witta. No soportaba estar ocioso. Si hacía buen tiempo, cabalgábamos campo a través, dejando a un lado Bexlei y al otro Cuckmere. A veces lo hacíamos con halcones, otras con perros de caza (había liebres hermosas, tanto en los montes como en las ciénagas), pero siempre con un ojo puesto en el mar, por temor a las flotas de Normandía. Si el tiempo era malo, él paseaba en lo alto de su torre, desafiando a la lluvia con el ceño fruncido, mirando hacia un lado y señalando hacia el otro. Siempre le había molestado que el barco de Witta hubiese atracado y partido inmediatamente sin su conocimiento. Cuando el viento amainaba y los barcos anclaban, acostumbraba a asomarse al espigón del puerto, apoyándose sobre su espada entre los peces hediondos, y pedía noticias de Francia a los marineros. El otro ojo lo tenía puesto en tierra, siempre pendiente de la guerra entre Henry y sus barones.

»Muchos eran los que le traían noticias: juglares, arpistas, buhoneros, cantineros, curas y gentes de esa guisa. Y aunque era reservado en lo concerniente a los pequeños problemas, si las noticias que recibía no eran de su agrado, sin tener en cuenta el lugar o la gente que podía oírlo, maldecía a nuestro rey Henry y le tildaba de tonto y de infantil. Yo mismo le he oído gritando a voz en cuello junto a los barcos pesqueros: «Si fuera rey de Inglaterra, haría esto y aquello». Y cuando yo cabalgaba hasta la almenara para

comprobar que los leños estaban preparados y secos, muy a menudo me llamaba desde la barbacana: «¡Cuidado, Richard! No seas como el ciego de nuestro rey. Mira con tus propios ojos y toca con tus propias manos». Creo que no conocía el miedo. Y así vivíamos en Pevensey, en la pequeña habitación que estaba sobre la Sala.

»Una noche de temporal nos llegó la noticia de que un mensajero del rey esperaba abajo. Estábamos helados después de una larga galopada entre la niebla, con dirección a Bexlei, que es un lugar donde los barcos amarran con facilidad. De Aquila le hizo saber que o bien podía comer con nosotros o bien esperar a que nos hubiésemos repuesto. Entonces, Anon Jehan gritó desde la escalera que el mensajero había pedido un caballo y que se había marchado. «Maldito sea», profirió De Aquila. «Tengo cosas más importantes que hacer antes que temblar de frío en la Gran Sala por el primer mamarracho que manda el rey. ¿Dejó algún recado?» «Ninguno», dijo Jehan, que había estado con De Aquila en Santlache, «solo dijo que si un perro viejo no era capaz de aprender trucos nuevos, era hora de limpiarle la perrera». «¡Vaya!», replicó De Aquila frotándose la nariz. «¿Y a quién le dijo eso?» «A sus propias barbas, cuando yo estaba junto al caballo, apretándole la cincha. Le seguí hasta fuera», contestó Jehan el Cangrejo. «¿Qué dibujo tenía su escudo?» «Herraduras doradas sobre fondo negro», contestó el Cangrejo. «Ese es uno de los hombres de Fulke», dijo De Aquila.

Puck se abrió paso entre ellos suavemente. Dijo:

–Herraduras doradas sobre fondo negro no es el escudo de los Fulke. El escudo de Fulke es...

El caballero hizo un gesto majestuoso con la mano.

–Tú sabes el verdadero nombre de aquel malvado –contestó–, pero he decidido llamarle Fulke porque le prometí que no contaría la historia de sus fechorías para que nadie lo identificase. He cambiado todos los nombres en mi relato. Los hijos de sus hijos aún pueden estar vivos.

–Verdad, verdad –dijo Puck esbozando una sonrisa amable–. Es propio de caballeros cumplir con la palabra dada, aunque hayan pasado mil años.

Sir Richard se reclinó levemente y continuó:

–«¿Herraduras doradas sobre fondo negro?», exclamó De Aquila. «He oído decir que Fulke se ha unido a los barones y si es verdad, entonces nuestro rey tendría ventaja. No importa, todos los Fulke son traidores. De todas maneras, no debería haber dejado marchar a ese hombre con el estómago vacío.» «Comió», explicó Jehan. «Gilbert el amanuense le trajo carne y vino de la cocina. Comió en la mesa de Gilbert.»

»Este tal Gilbert era el amanuense de la abadía de Battle, que llevaba el registro del feudo de Pevensey. Era alto y pálido de tez, y llevaba aquellos

abalorios que se habían puesto de moda para llevar la cuenta de las oraciones. Se trataba de grandes nueces o semillas, marrones y alargadas, y colgando de su cinto, junto a su pluma y su tintero de cuerno, se entrechocaban al andar. Su lugar de trabajo estaba junto a la gran chimenea. En el rincón tenía su mesa de amanuense y allí dormía de noche. Tenía miedo de los perros de la Gran Sala que venían a husmear en busca de huesos o a dormir junto a las cenizas calientes, y los fustigaba con sus cuentas, como una mujer. Cuando De Aquila estaba en la Sala administrando justicia, imponiendo multas o concediendo tierras, Gilbert lo hacía constar todo por escrito en el libro del castillo. Pero no tenía entre sus tareas el alimentar a nuestros invitados, o el dejarles marchar sin que nuestro señor lo supiese.

»Después de que Jehan bajase la escalera, De Aquila preguntó: «Hugh, ¿le has dicho alguna vez a Gilbert que sabes leer latín?». «No», contestó Hugh. «No es amigo mío, ni tampoco de mi perro Odo.» «No importa», dijo De Aquila. «No le dejes saber que distingues una letra de otra», y al decir esto nos golpeó en las costillas con la vaina de su espada... «Ni tampoco dejéis de vigilarlo ninguno de los dos. Como me habéis contado, puede que haya diablos en África, pero por todos los santos os juro que en Pevensey los hay aún más peligrosos», eso fue todo lo que comentó.

»Poco tiempo después ocurrió que un normando quiso casarse con una muchacha sajona que servía en el castillo, y Gilbert, al que vigilábamos atentamente desde la advertencia de De Aquila, dudaba de si sus familiares eran siervos o ciudadanos libres. Como De Aquila tenía que darles un pedazo de tierra fértil si ella era libre, el asunto llegó hasta De Aquila, que administraba justicia en la Gran Sala. Primero habló el padre de la muchacha, luego su madre, luego todos a la vez, hasta que la Sala se llenó de voces y los perros comenzaron a ladrar. De Aquila alzó las manos para poner orden: «Pon que es libre», le dijo a Gilbert, que escribía junto a la chimenea. «¡Y por amor de Dios, escribe que es libre antes de que me vuelva sordo! Sí, sí», se dirigió a la muchacha que estaba de rodillas frente a él, «serás hermana de Cerdic y la mismísima prima de lady de Mercia, si te callas. Dentro de cincuenta años no habrá ni normandos ni sajones sino solo ingleses», prosiguió, «¡y ellos serán los que harán nuestro trabajo!».

»Palmeó la espalda del hombre, que resultó ser el sobrino de Jehan, besó a la muchacha y frotó con los pies la estera de juncos del suelo en señal de que el asunto había concluido (la Gran Sala era un lugar extremadamente frío). Yo me quedé a su lado; Hugh estaba detrás de Gilbert, junto a la chimenea, haciendo que jugaba con Odo, el lebel hosco e inteligente. Hizo una señal a De Aquila y este ordenó a Gilbert que fuese a medir la extensión de tierra que había entregado a la nueva pareja. Entonces Gilbert salió corriendo entre los dos

novios, los abalorios tintineándole en la cintura. Una vez que la Sala quedó vacía, nos sentamos los tres junto a la chimenea.

»Hugh dijo, inclinándose hacia las losas de la chimenea: «Acabo de ver que esta piedra se movía bajo el pie de Gilbert cuando Odo la olisqueaba. ¡Mirad!».

»De Aquila hurgó en las cenizas con su espada y la piedra se movió; debajo de la misma encontraron un pergamino doblado con un encabezado que decía: *Palabras pronunciadas en contra del rey por nuestro señor de Pevensey. Segunda parte.*

»Hugh nos lo leyó en voz baja y allí figuraba cada broma que De Aquila había pronunciado en contra del rey; todas y cada una de las veces que me había llamado desde su tronera y cada vez que había mencionado lo que haría en caso de ser rey de Inglaterra. Sí, día a día, había ido Gilbert anotando su discurso diario, en el que no había escatimado ni una palabra, tergiversando y sacando todo de contexto con tanta habilidad que ninguno de los que conocíamos a De Aquila podía negar que lo había pronunciando. ¿Os dais cuenta?

Dan y Una asintieron.

–Sí –dijo Una gravemente–. No es tanto lo que se dice sino la intención que se tiene. Como cuando yo, de broma, llamo a Dan bestia. Pero a veces los mayores no siempre lo entienden.

»«¿Ha hecho esto día tras día delante de nuestras narices?», preguntó De Aquila. «No. Hora tras hora», contestó Hugh. «Incluso cuando De Aquila hablaba ahora en la Sala de los sajones y los normandos, vi cómo Gilbert escribía en un pergamino, que guardaba junto al libro de registro del feudo, que De Aquila había dicho que pronto no quedarían normandos en Inglaterra si sus caballeros hacían bien su trabajo.» «¡Por todos los santos!», exclamó De Aquila. «¿De qué sirve el honor o la espada ante una pluma? ¿Dónde ha escondido Gilbert ese pergamino? Voy a hacer que se lo coma.» «Cuando salió lo llevaba escondido en el pecho», dijo Hugh. «Eso me llevó a observar dónde podía esconder lo que ya tenía escrito. Y cuando Odo comenzó a arañar esta piedra, me fijé en cómo cambiaba su cara. Por eso tuve la certeza.» «Es osado», dijo De Aquila. «Hay que hacerle justicia. A su modo, Gilbert es un osado.» «Algo más que osado», dijo Hugh. «Escuchad esto: *Durante las festividades de santa Ágata, nuestro señor de Pevensey, mientras yacía en su alcoba del piso superior, cubierto con su capa de piel forrada de pelo de conejo...*» «¡Que le aspen! No es mi ayudante de cámara», dijo De Aquila, y Hugh y yo nos reímos. «*Forrada de pelo de conejo, viendo que la bruma se cernía sobre la ciénaga, despertó a sir Richard Dalyngridge, su compañero de borracheras* (aquí se rieron de mí), y dijo: “Echa un ojo, viejo zorro, porque Dios está del lado del duque de Normandía”.» «Eso es lo que dije. Había una niebla espesa. Robert

podía haber desembarcado diez mil hombres sin que nos enteráramos de nada. ¿Y cuenta también que pasábamos el día cabalgando por el pantano y que casi me muero en las arenas movedizas, y que estuve tosiendo como una oveja enferma durante diez días?», exclamó De Aquila. «No», contestó Hugh. «Pero aquí tenemos la súplica de Gilbert a su señor Fulke.» «¡Ajá!», dijo De Aquila. «Ya sabía yo que se trataba de Fulke. ¿Y qué precio le ponía a mi cabeza?» «*Gilbert ruega que cuando nuestro señor de Pevensey sea desposeído de sus propiedades por medio del testimonio aportado con miedo y penalidades por Gilbert, recogido...*» «¡Con miedo y penalidades!», dijo De Aquila succionándose las mejillas. «¡Qué buen arma es una pluma! Debería aprender a usarla.» «Ruega que Fulke le promocióne de su puesto presente y le conceda el lugar de honor en el seno de la Iglesia que le había prometido. Y para que Fulke no se olvide, escribe a continuación: *Ser sacristán de Battle...*»

»Al oír aquello, De Aquila emitió un silbido: «Un hombre que es capaz de conspirar contra su señor también puede hacerlo contra otro. Cuando me haya despojado de mis tierras, Fulke cortará la cabeza del imbécil de Gilbert. No obstante, Battle necesita un nuevo sacristán. Tengo entendido que el abad Henry es incapaz de mantener el orden en su abadía». «Deja el asunto del abad por ahora», dijo Hugh. «Son nuestras cabezas y nuestras tierras las que están en peligro. Este pergamino es solo la segunda parte de la historia. La primera ha llegado ya a Fulke y, en consecuencia, al rey, para quienes somos unos traidores.» «Eso seguro», afirmó De Aquila. «Aquel hombre de Fulke se llevó la primera esa noche en que Gilbert le dio de comer, y nuestro rey está tan acosado por su hermano y sus barones (¡tampoco tiene mucha culpa!) que no debe fiarse ni un pelo. Fulke se ha apoderado de sus oídos y ahora los llena de veneno. No falta nada para que el rey le entregue mis tierras y las tuyas. No es nada nuevo», se echó hacia atrás y bostezó. «¿Piensas entregar Pevensey sin decir palabra ni cruzar espadas?», dijo Hugh. «En ese caso seremos nosotros, los sajones, quienes pelearán contra vuestro rey. Voy a Dallington a poner a mi sobrino sobre aviso. Dame un caballo.» «¡Un cuerno te voy a dar yo!», dijo De Aquila. «Coloca el pergamino donde estaba y esparce las cenizas por encima. Si a Fulke se le entrega Pevensey, que es la puerta de Inglaterra, ¿qué crees que hará? Es normando de corazón y su corazón está en Normandía, donde puede matar a campesinos a su antojo. Abrirá la puerta de Inglaterra a nuestro atolondrado Robert, tal y como Odo y Mortain trataron de hacer, y entonces habrá otro desembarco y un nuevo Santlache. Por eso no puedo entregar Pevensey.» «¡Bien!», dijimos los dos. «¡Ah, pero espera! Si acaso el rey, por el testimonio de Gilbert, llega a desconfiar de mí, enviará a sus hombres aquí en mi contra, y mientras luchamos, la puerta de Inglaterra quedará indefensa. ¿Y quién será el primero en cruzarla? Robert de Normandía. Por eso no puedo

luchar contra mi rey», concluyó acariciando la espada. «Eso es decir y desdeirse como un normando», dijo Hugh. «¿Y qué ocurrirá con nuestros feudos?» «No estoy pensando en mí mismo», dijo De Aquila, «ni en nuestro rey ni en nuestras tierras. Estoy pensando en Inglaterra, en la que ni el rey ni la nobleza parecen pensar. Porque yo no soy un normando, sir Richard, ni un sajón, sir Hugh. Soy un inglés». «Sajones, normandos o ingleses», dijo Hugh, «ocurra lo que ocurra, nuestras vidas son tuyas. ¿Cuándo colgamos a Gilbert?». «Nunca», contestó De Aquila. «Quien sabe si llegará a ser sacristán de Battle porque, si le hacemos justicia, es un buen escritor. Los muertos son testigos mudos. Es mejor esperar.» «Pero el rey puede entregar Pevensey a Fulke. Y nuestros feudos irían con él», dije yo. «¿Se lo decimos a nuestros hijos?» «No. El rey no querrá un nido de abejas en el sur hasta que haya acabado con las abejas del norte. Podrá pensar que soy un traidor, pero al menos ve que no estoy luchando en su contra, y cada día que permanezco inactivo lo gana él en su lucha contra los barones. Si fuese astuto, esperaría a acabar con esa guerra antes de granjearse nuevos enemigos. Pero creo que Fulke hará todo lo posible para que me llame a su presencia, y si no obedezco sus órdenes, ahí tendrá Henry la prueba de mi traición. Pero hoy en día, la mera palabrería, como la que envía Gilbert, no es prueba de nada. Nosotros los barones seguimos a la Iglesia y, como san Anselmo, decimos lo que nos viene en gana. Vamos a seguir con nuestra rutina y ni una palabra a Gilbert.» «¿Entonces no vamos a hacer nada?», preguntó Hugh. «Esperaremos», dijo De Aquila. «Soy viejo, pero esperar todavía me resulta la peor de las tareas.»

»Éramos de la misma opinión, pero al final De Aquila tenía razón.

»Ese mismo año, un poco más tarde, aparecieron unos hombres armados cabalgando sobre la colina, con el emblema de las herraduras doradas al viento, tras el estandarte del rey. Dijo De Aquila, junto a la ventana de nuestra habitación: «¿Qué os dije? Aquí viene Fulke en persona a inspeccionar las nuevas tierras que el rey le promete en caso de que pueda probar mi traición». «¿Cómo lo sabes?», preguntó Hugh. «Porque eso es lo que haría yo de ser Fulke, aunque yo habría traído más hombres. Apuesto mi ruano contra vuestras botas viejas a que Fulke me trae órdenes del rey de abandonar Pevensey y de que me una a la guerra», se succionó las mejillas y golpeó el brocal del pozo, en cuyo interior se oyó el murmullo del agua. «¿Nos vamos?», pregunté yo. «¿Irnos? ¿A estas alturas del año? Sería una locura», contestó, «sacarme de Pevensey para andar correteando y brincando por helechales y bosques, para que en tres días las naves de Robert se hallen ancladas sobre el barro de Pevensey, con diez mil hombres a bordo. ¿Quién iba a pararles entonces?, ¿Fulke?».

»Fuera sonaron los cuernos e inmediatamente después Fulke leyó las órdenes

del rey ante el gran portalón: que De Aquila con todos sus hombres y caballos se trasladase al campamento del rey, en Salisbury.

»«¿Qué os dije?», dijo De Aquila. «De aquí a Salisbury hay veinte feudos cuyos barones pueden ofrecer un buen servicio al rey Henry, pero Fulke le ha convencido de que venga al sur a convencerme a mí, a mí..., y me aleja de la puerta de Inglaterra cuando sus enemigos están a punto de entrar por ella. Ocupaos de que los hombres de Fulke descansen en el granero del sur», añadió. «Dadles de beber y, cuando Fulke haya comido, beberemos en mi aposento. En la Gran Sala hace demasiado frío para nuestros viejos huesos.»

»Tan pronto como se hubo apeado del caballo, Fulke se dirigió a la capilla con Gilbert para agradecer su feliz llegada, y cuando hubo comido –era un hombre entrado en carnes, y ponía los ojos en blanco de pura glotonería ante nuestros sabrosos asados de aves, al estilo de Sussex– le condujimos a la pequeña habitación del piso de arriba, a la cual había subido previamente Gilbert, con su libro de registro del feudo. Recuerdo que cuando Fulke oyó el estallido y el susurro del agua en el pozo dio un salto hacia atrás, y sus largas y curvadas botas de montar quedaron apresadas en la estera, de tal forma que Jehan, que se encontraba detrás, pudo golpearle la cabeza contra el muro con gran facilidad.

–¿Sabías que iba a suceder esto? –preguntó Dan.

–Pues claro que sí –contestó sir Richard esbozando una tierna sonrisa–. Coloqué el pie sobre su espada y le arrebaté el puñal, pero él no se enteró de nada durante un buen rato. Yacía en el suelo con los ojos en blanco, echando espumarajos por la boca, mientras Jehan le ataba como a un ternero. Todo él estaba recubierto por un nuevo modelo de armadura que llamábamos de malla de lagarto. Sin anillas en la cota, como la que llevo yo (sir Richard se golpeó en el pecho), sino pequeñas piezas de acero, a prueba de daga, que se superponen unas a otras, sobre un forro de cuero reforzado. Se la quitamos (no había necesidad de estropear una buena armadura mojándola), y en el collarejo, De Aquila encontró un trozo de pergamino doblado, idéntico al que habíamos vuelto a esconder bajo la piedra del hogar.

»Al ver aquello, Gilbert intentó salir corriendo. Yo le puse la mano sobre el hombro y fue suficiente. Comenzó a temblar y a rezar, manoseando las cuentas de su rosario.

»«Gilbert», dijo De Aquila. «Aquí tienes los acontecimientos y dichos más notables del señor de Pevensey, en espera de que los relates. Coge la pluma y el tintero, Gilbert. No todos podemos llegar a sacristanes de Battle.»

»Dijo Fulke desde el suelo: «Habéis atado a un mensajero del rey. Pevensey arderá por ello». «Tal vez. Ya lo he visto sitiado una vez», replicó De Aquila, «pero ánimate, Fulke. Te prometo que te veré colgado en medio de las llamas

cuando acabe el asedio, si es que tengo que compartir mi último pedazo de pan contigo, y eso es mucho más de lo que Odo hubiese hecho cuando él y Mortain tuvieron que rendirse por hambre».

»Entonces Fulke se levantó y dirigió a De Aquila una mirada larga y astuta. «¡Por todos los santos!», dijo, «¿por qué no mencionaste desde el principio que estabas del lado del duque Robert?». «¿Acaso lo estoy?», dijo De Aquila.

»Fulke se rio y dijo: «Nadie que sirva al rey Henry se atreve a hacer esto a uno de sus mensajeros. ¿Cuándo te pasaste al bando del duque? Deja que me levante y juntos nos ocuparemos de todo», y sonrió de nuevo, le guiñó un ojo y meneó la cabeza. «Sí, nos ocuparemos de todo», dijo De Aquila. Asintió con la cabeza mirándome a mí, y entre Jehan y yo alzamos a Fulke –era un hombre pesado– y comenzamos a bajarle por el pozo mediante una cuerda, no para que pisase nuestro oro sino para que se quedara colgando de los hombros un poco más arriba. Comenzaba la pleamar y el agua le llegaba hasta las rodillas. No dijo nada pero estaba temblando.

»De pronto, Jehan golpeó la muñeca de Gilbert con su daga envainada. «Quieto», gritó. «Se está tragando las cuentas de su rosario». «Es muy probable que en ellas haya veneno», dijo De Aquila. «Es bueno para los hombres que saben demasiado. Yo llevo siempre un poco desde hace treinta años. ¡Dame eso!»

»Entonces Gilbert se puso a llorar y a gritar. De Aquila pasó entre sus dedos las cuentas del rosario. La última (ya dije que eran grandes como gruesas nueces) se abrió por la mitad con la ayuda de un alfiler, y he aquí que apareció dentro un pequeño pergamino doblado, en el que estaba escrito: *El viejo perro va a Salisbury para ser derrotado. Yo tengo su perrera. Ven rápido.* «Esto es peor que veneno», dijo De Aquila en voz baja, y se succionó las mejillas.

»Entonces Gilbert se arrastró sobre la estera de juncos, y nos contó todo lo que sabía. La carta, tal y como habíamos supuesto, era de Fulke y estaba dirigida al duque (y no era la primera que se habían cruzado); Fulke se la había dado a Gilbert en la capilla, y este tenía intención de llevarla por la mañana hasta un barco pesquero amarrado en el muelle, que comerciaba entre Pevensey y la costa francesa. Gilbert no era de fiar, pero entre temblores y estremecimientos, encontró tiempo para jurar que el propietario del barco no sabía nada del asunto.

»«Me ha llamado cabeza rapada», dijo Gilbert, «y me ha lanzado tripas de bacalao pero, a pesar de ello, no es un traidor». «No consentiré que nadie maltrate o insulte a mis amanuenses», dijo De Aquila. «Ese marinero debe de ser azotado al pie de su propio mástil. Escríbeme primero una carta con la orden de que debe de ser azotado y tú mismo la llevarás mañana al barco.»

»Ante esto, de buena gana Gilbert hubiera besado la mano de De Aquila,

pues no esperaba estar vivo el día siguiente. Cuando dejó de temblar, escribió una carta de Fulke al duque diciendo que la perrera, que quería decir Pevensey, estaba cerrada, y que el Viejo Perro (que no era otro que De Aquila) esperaba afuera, y que todo había sido descubierto.

»«Escríbele a cualquiera que todo ha sido descubierto», dijo De Aquila, «y hasta el mismísimo Papa dormirá inquieto. ¿Eh, Jehan? Si te dijeran que todo está perdido, ¿qué harías?». «Me escaparía», dijo Jehan, «podría ser verdad». «Muy bien dicho», opinó De Aquila. «Escribe, Gilbert, que el poderoso conde Montgomery ha hecho las paces con el rey y que el pequeño D'Arcy, a quien detesto, ha sido colgado por los talones. Le daremos a Robert motivos para pensar. Escribe también que el propio Fulke está a punto de morir de un ataque de hidropesía.» «¡No!», protestó Fulke colgando en el hueco del pozo. «Ahógame si es preciso, pero no te burles de mí.» «¿Burlarme yo?», dijo De Aquila. «Estoy luchando por mi vida y por mis tierras con una pluma, tal y como tú me enseñaste, Fulke.»

»Entonces Fulke gimió, porque tenía frío y dijo: «Déjame confesar». «Parece que nos acercamos a la verdad», dijo De Aquila apoyándose sobre el brocal. «Tú has leído mis hechos y dichos (o al menos, parte de ellos), y estás obligado a pagarme con la misma moneda. Coge tu pluma y tintero, Gilbert. Aquí tienes un trabajo que no te fastidiará.» «Deja marchar ilesos a mis hombres y confesaré mi traición al rey», dijo Fulke.

»«¿Y ahora por qué se pone tan tierno con sus hombres de repente?», me preguntó Hugh, porque a Fulke nunca le habían importado. Les daba parte del botín pero nunca sintió piedad de ellos.

»«Bueno, bueno...», prosiguió De Aquila. «Tu traición hace ya tiempo que la confesó Gilbert. Es suficiente como para colgar al mismísimo Montgomery.» «Pero perdonad a mis hombres», dijo Fulke, y le oímos chapotear como pez en un estanque, pues la marea estaba subiendo. «Todo a su tiempo», dijo De Aquila. «La noche es joven, el vino viejo y solo nos falta una historia entretenida. Comienza la historia de tu vida, a partir de tu infancia en Tours. ¡Pero ahórrate los detalles superflos!» «Me avergüenzas hasta el fondo de mi alma», dijo Fulke. «Entonces he conseguido lo que no podrían hacer ni el rey ni el duque», contestó De Aquila. «Pero comienza ya, y no te olvides de nada.» «Ordena a tu hombre que se vaya», dijo Fulke. «En eso puedo complacerte», dijo De Aquila. «Pero recuerda, soy como el rey de los daneses. No puedo cambiar la marea.» «¿Durante cuánto tiempo seguirá subiendo?», preguntó Fulke, y volvió a chapotear. «Durante tres horas», contestó De Aquila. «Justo el tiempo para que me cuentes tus buenas hazañas. Empieza y tú, Gilbert (he oído decir que a veces no eres muy cuidadoso), no tergiverses sus palabras.»

»Así pues, con miedo a morir en la oscuridad en cualquier momento, Fulke

comenzó y Gilbert, que no sabía qué suerte iba a correr, escribió todo el relato al pie de la letra. He oído contar muchas historias, pero jamás nada parecido al relato de la vida tenebrosa de Fulke, que subía del fondo del pozo con huecas resonancias.

—¿Era muy mala? —preguntó Dan, impresionado.

—Más de lo que te puedas imaginar —contestó sir Richard—. Con todo, había partes en las que incluso Gilbert se vio forzado a reír. Nosotros tres reímos hasta reventar. En un momento dado, sus dientes comenzaron a castañear de tal forma que apenas podíamos distinguir lo que decía. Le bajamos una copa de vino. Se reconfortó y prosiguió narrando con fluidez todos sus avatares, fechorías y maldades, su extrema osadía (era desesperadamente osado), sus traiciones, sus huidas, sus falsedades (era también cobarde hasta lo inconcebible); su falta de bienes y de sentido del honor; su desesperación por haberlos perdido, sus amaños y sus intenciones encubiertas. Así es, sacó los trapos sucios de su vida ante nosotros como si fueran algo digno de mostrar.

»Cuando terminó de hablar, vimos a la luz de las antorchas que la marea le llegaba a las comisuras de la boca y que respiraba sonoramente por la nariz.

»Lo sacamos y le secamos; le envolvimos en una capa, le dimos vino y nos inclinamos para observar cómo bebía. Estaba temblando pero no sentía vergüenza alguna.

»De repente oímos la voz de Jehan en el hueco de la escalera, pero un niño se le adelantó, después de empujarle, y se plantó ante nosotros con el pelo alborotado y los ojos cargados de sueño. «¡Padre, padre! ¡He soñado con una traición!», farfulló. «Aquí no hay ninguna traición», contestó Fulke. «¡Vete!», y el niño, que no estaba del todo despierto, se dio media vuelta y Jehan le llevó de la mano hasta la Gran Sala. «Tu único hijo», dijo De Aquila. «¿Por qué lo trajiste aquí?» «Es mi heredero. No me atreví a confiárselo a mi hermano», dijo Fulke, y ahora sí se sentía avergonzado. De Aquila no dijo nada, y se entretuvo en pasarse una copa de vino de una mano a otra: así. Después Fulke le tocó la rodilla. «Deja que el niño escape a Normandía», dijo él, «y haz conmigo lo que te parezca. Sí, cuélgame mañana, con la carta a Robert colgada al cuello, pero deja que el niño se vaya». «¡Cállate!», ordenó De Aquila. «Estoy pensando en lo que es mejor para Inglaterra.»

»Así que esperamos a que el señor de Pevensey deliberase; el sudor corría por la frente de Fulke.

»Por fin, habló De Aquila: «Soy demasiado viejo para juzgar o confiar en nadie. No ambiciono tus tierras como tú has ambicionado las mías, y el que tú seas mejor o peor que cualquier otro de los siniestros ladrones angevinos, es asunto que compete a tu rey. Así que vuelve con tu rey, Fulke». «¿Y no vas a contar nada de lo ocurrido?», preguntó Fulke. «¿Y por qué iba a hacerlo? Tu

hijo se quedará conmigo. Si el rey vuelve a pedirme que abandone Pevensey, que es mi deber guardar contra los enemigos de Inglaterra, si el rey manda a sus hombres contra mí por considerarme un traidor, o si oigo que el rey desconfía de mí o de mis dos caballeros en su lecho, tu hijo será colgado desde esta ventana, Fulke.»

–Pero todo aquello no tenía nada que ver con su hijo –se quejó Una, sorprendida.

–¿Y cómo íbamos a colgar a Fulke? –dijo sir Richard–. Le necesitábamos para hacer las paces con el rey. Habría traicionado a la mitad de Inglaterra para salvar a su hijo. De eso estábamos convencidos.

–Yo no entiendo mucho del tema –dijo Una–, pero me parece que todo debió de ser espantoso.

–Pues Fulke no pensaba lo mismo. Él estaba encantado.

–¿Cómo? ¿Encantado de que fuesen a colgar a su hijo?

–No. Encantado porque De Aquila le había mostrado cómo salvar la vida de su hijo, así como sus propias tierras y su honor. «Lo haré», dijo. «Juro que lo haré. Le diré al rey que no eres un traidor sino el más excelente, valiente y perfecto de todos nosotros. Sí, te salvaré.»

»De Aquila seguía mirando fijamente al fondo de su copa, haciendo oscilar los posos del vino de un lado a otro. «Sí», dijo. «Si yo tuviera un hijo, creo que intentaría salvarlo. Pero no intentes explicarme cómo vas a arreglártelas.» «No, no», contestó Fulke meneando con astucia su cabeza calva. «Es mi secreto. Pero quédate tranquilo, De Aquila, nadie va a tocarte ni un pelo de la cabeza ni un palmo de tus tierras», y sonrió como quien está planeando actuar correctamente. «Y de ahora en adelante», dijo De Aquila, «te aconsejo que sirvas a un solo señor y no a dos». «¿Qué?», dijo Fulke. «¿No podría desempeñar el digno trabajo de negociar entre ambos bandos en estos días azarosos?» «Sirve al rey o a Robert, a Inglaterra o a Normandía», insistió De Aquila. «No me importa cuál sea tu elección, pero elige aquí y ahora.» «Entonces elijo al rey», contestó Fulke, «porque he podido comprobar que tiene a su servicio mejores hombres que Robert. ¿Tengo que jurar?». «No hay necesidad», dijo De Aquila, y posó la mano sobre los pergaminos que Gilbert había escrito. «Parte de la condena de Gilbert consistirá en copiar la sabrosa historia de tu vida, hasta que tengamos diez, veinte o quizá cien ejemplares. ¿Cuántas cabezas de ganado crees tú que nos daría el obispo de Tours a cambio de esta historia? ¿O tu hermano? ¿O los monjes de Blois? Los trovadores convertirán esta historia en canciones que tus propios siervos sajones cantarán mientras aran, y así lo harán también los guerreros que cabalgan por tus ciudades normandas. De aquí a Roma, Fulke, la gente se divertirá con esta historia, y de cómo la contó Fulke, es decir, colgado en un pozo como un

cachorro ahogado. Este será tu castigo, si descubro que vuelves a hacer el doble juego con el rey. Mientras tanto, los pergaminos se quedan aquí con tu hijo. A él te lo devolveré cuando hayas conseguido mi paz con el rey. Los pergaminos jamás.»

»Fulke ocultó su rostro entre las manos y comenzó a gimotear. «¡Por los huesos de los santos!», exclamó De Aquila riendo. «Hay que ver lo profundo que hiere una pluma. Jamás hubiese podido arrancarte ese gemido con una espada.» «Pero siempre y cuando no te haga enfadar, ¿mi relato permanecerá en secreto?», quiso saber Fulke. «Si eso te consuela, Fulke...», dijo De Aquila. «¿Y qué otro consuelo me dejas?», dijo él, y de repente empezó a sollozar como un niño con la cabeza pegada a las rodillas.

–Pobre Fulke –dijo Una.

–También a mí me dio pena –afirmó sir Richard.

»«Una de cal y otra de arena», dijo De Aquila, y le lanzó tres lingotes de oro que había extraído de nuestra pequeña arca, junto a las camas. «Si llego a saber esto», dijo Fulke recobrando el aliento, «jamás me habría levantado en contra de Pevensey. Ha sido precisamente la carencia de este mineral amarillo lo que me ha fastidiado los planes».

»Estaba amaneciendo, y se oyó un revuelo en la Gran Sala. Hicimos que limpiasen la armadura de Fulke, y al montar sobre el caballo, a eso del mediodía, ondeando su enseña y la del rey, ofrecía un espléndido aspecto. Se mesó su barba larga y ordenó a su hijo que se acercase al pie del caballo y lo besó. De Aquila cabalgó con él tierra adentro hasta el nuevo molino. Nos pareció que aquella noche había sido un sueño.

–¿Pero fue leal con el rey? –preguntó Dan–. Me refiero a si le dijo que vosotros no erais unos traidores.

Sir Richard sonrió.

–El rey no dictó nuevas medidas contra Pevensey ni preguntó por qué motivo De Aquila no había obedecido la orden que le llevó Fulke. Sí, Fulke cumplió con su palabra. No se cómo se las apañó para hacerlo, pero lo hizo diligentemente.

–¿Entonces no hicisteis nada a su hijo? –preguntó Una.

–¿El niño? Oh, era el mismísimo diablo. Mientras estuvo con nosotros, no dejó de sacarnos de quicio a todos. Cantaba canciones obscenas aprendidas en los campamentos de los barones, como un tonto; soltaba a los perros de caza para que se pelearan entre sí en la Gran Sala; quemaba la estera de juncos para matar, según él mismo decía, a las pulgas; le quitó el puñal a Jehan, y este, para defenderse, acabó tirándole por las escaleras, y se dedicaba a galopar con su caballo por los campos cultivados y entre los rebaños de ovejas. Pero cuando le paramos los pies y le enseñamos los dientes, empezó a seguarnos a nosotros, los

vejestorios, como un lebel joven y alegre, y hasta nos llamaba «tíos». Al final del verano vino su padre para llevárselo, pero el chico no tenía ninguna gana de marcharse, porque estaba encantado con la caza de la nutria, y se quedó hasta la caza del zorro. Yo le regalé una uña de alcaraván para que le trajese buena suerte en la caza. ¡Qué demonio de muchacho!

—¿Y qué le ocurrió a Gilbert? —preguntó Dan.

—No recibió ni un azote. De Aquila era de la opinión de que era mejor contar con un amanuense que conociera bien el registro del feudo, por falso que fuese, y no con un tonto, por honrado que pudiese ser, a quien tuviese que enseñar su trabajo desde el principio. Además, creo que después de esa noche, Gilbert empezó a querer a De Aquila tanto como le temía. Por lo menos no nos abandonó ni siquiera cuando Vivian, el oficial de la secretaría del rey, quiso nombrarle sacristán de la Abadía de Battle. Un traidor, aquel Gilbert, pero osado, a su manera.

—¿Y al final logró Robert desembarcar en Pevensey? —prosiguió Dan.

—Vigilamos la costa celosamente mientras Henry luchaba contra sus barones. Tres o cuatro años más tarde, cuando la paz se restableció en Inglaterra, Henry cruzó a Normandía, y en Tenchebrai dio una lección a su hermano que hizo que se le quitaran las ganas de luchar. Muchos hombres de Henry acudieron desde Pevensey a esa guerra. Fulke también vino, lo recuerdo, y los cuatro volvimos a reunirnos en la pequeña habitación, y bebimos juntos. De Aquila tenía razón. Uno no debería juzgar a los demás. Fulke era muy divertido. Sí, siempre alegre; con la respiración temblorosa.

—¿Y qué hicisteis después? —preguntó Una.

—Estuvimos hablando de los viejos tiempos. Esto es todo lo que se puede hacer cuando uno envejece, mi pequeña jovencita.

A través de los prados, sonó la campanilla que anunciaba la hora del té. Dan estaba recostado en la proa del *Cierva dorada*. Una, que estaba sentada en la popa con el libro de versos sobre su regazo, leyó *El sueño del esclavo*:

De nuevo en la sombra y la niebla del sueño, atisbó su tierra natal...

—No sé cuánto tiempo hace que empezaste a leer eso —dijo Dan con la voz adormilada.

En el asiento central de la barca, junto al sombrero de Una, había una hoja de roble, una de fresno y otra de espinoso que debían de haber caído de las copas de los árboles; el riachuelo borboteó sonoro, riente, como si acabara de oír algo divertido.

LAS RUNAS DE LA ESPADA DE WELAND

Un herrero me forjó
para traicionar a mi dueño
en el primer combate.

Para reunir todo el oro
de los confines del mundo
he sido enviada.

El oro que reúno
llega a Inglaterra
procedente de las aguas profundas.

Como un pez brillante
luego desciende
en las aguas profundas.

No fue entregado
a cambio de mercancía alguna
tan solo a la Causa.

El oro que reúno
un monarca lo codicia
para hacer mal uso de él.

El oro que reúno
es extraído
de las aguas profundas.

Como un pez brillante
luego desciende
en las aguas profundas.

No fue entregado
ni aprovecha a nadie
tan solo a la Causa.

UN CENTURIÓN DE LA TRIGÉSIMA

CIUDADES, TRONOS Y PODERES

Ciudades, tronos y poderes
perduran en el ojo del tiempo
casi tanto como las flores
que mueren a diario.
Pero, como nuevos capullos que se abren,
para alegrar al hombre joven
de la tierra devastada
resurgen las ciudades.

El narciso de temporada
nunca tiene noticia
de los azares, fríos o mudanzas
que el año pasado le arrasaron.
Pero con osado rostro,
y con notable inconsciencia,
estima que sus siete días de vida
habrán de ser eternos.

Así el Tiempo, siempre tan permisivo
con todo lo que existe,
nos ordena que copiemos la ceguera
y audacia del narciso,
para que cuando llegue el día de nuestra muerte
y del entierro inevitables
una sombra a la otra, convencida,
le pueda susurrar:
¡Observa cómo perduran nuestras obras!

UN CENTURIÓN DE LA TRIGÉSIMA

Dan había tenido dificultades con su latín y tuvo que quedarse en casa, así que Una se fue sola al Bosque Lejano. El tirachinas grande de Dan y los balines de plomo que Hobden le había fabricado estaban escondidos en un viejo hueco del tronco de un haya situada al oeste del bosque. Llamaban a ese sitio por un verso de *Canciones de la antigua Roma*:

Desde la señorial Volaterrae,
desde donde frunce el ceño la famosa construcción
erigida por manos de gigante
para los reyes semidioses de antaño.

Ellos eran los «reyes semidioses», y cuando el viejo Hobden amontonaba alguna carga de broza en el hueco grande y leñoso de Volaterrae, le llamaban «manos de gigante».

Una se deslizó a través del hueco de la valla y permaneció allí sentada un rato, inmóvil, frunciendo el entrecejo, tan amenazadora y ceñuda como pudo; porque Volaterrae era una importante atalaya que sobresalía del Bosque Lejano, igual que el Bosque Lejano sobresale de la loma de la colina. Desde allí divisaba la colina de Pook y todos los meandros del río en su avance entre los campos de lúpulo que se extienden desde los bosques de Willingford a la Fragua, donde vive el viejo Hobden. El viento del sudoeste (siempre hay viento en Volaterrae) soplaba desde la desnuda cresta, donde está emplazado el molino de Cherry Clack.

Pues bien, el viento que merodea a través de los bosques suena como si fueran a ocurrir cosas maravillosas, y esa es la razón por la que los días ventosos se pone uno de pie en Volaterrae a recitar a voz en grito los versos de las *Canciones* para amoldarse a los ruidos del viento.

Una sacó el tirachinas de Dan de su escondrijo y se dispuso a hacer frente al ejército de Lars Porsena, avanzando con sigilo entre los álamos blanqueados por el viento que flanqueaban el arroyo. Una ráfaga se deslizó por el valle, y Una recitó con melancolía:

Llegado Verbenna a Ostia,
asoló el valle entero:
Astur asaltó Janiculum,
tras asesinar a sus firmes centinelas.

Pero el viento, que no soplabá del lado del bosque, viró e hizo temblar al único roble que había en las praderas de Gleason. Allí menguó y se arrastró sobre la hierba, haciendo ondear las briznas como un gato ondea la cola antes de saltar.

–Bienvenido, bienvenido, Sextus –cantó Una, mientras cargaba el tirachinas:

¡Bienvenido a tu casa!

¿Por qué vienes, para luego marcharte?

Este es el camino que va a Roma.

Disparó el tirachinas en el momento de más calma para despertar al viento cobarde, y oyó un gruñido detrás de un espino que crecía en la pradera.

–¡Oh, cielos! –dijo en alto, copiando una expresión que había aprendido de Dan–. Me temo que he dado a una vaca de Gleason.

–¡Eh, tú, pequeña bestia pintada! –gritó una voz–. Ya te enseñaré yo a disparar contra tus señores.

Miró hacia abajo con cautela y vio a un joven cubierto con una armadura articulada de bronce que resplandecía entre la retama ya marchita. Pero lo que a Una le pareció más fascinante de todo era su gran casco de bronce, coronado por una cola de caballo roja que ondeaba al viento. Se podía oír el roce de las largas crines sobre la brillante coraza de los hombros.

–¿Qué quiso decirme el fauno –se dijo para sí mismo a media voz– al decirme que los Pintados habían cambiado?

Se apercibió en ese momento de la cabeza rubia de Una.

–¿Has visto a un pintado lanzando plomo con una honda?

–No... –contestó Una–, ¿pero no habrás visto tú una bala...?

–¿Que si he visto...? –exclamó el hombre–. Ha pasado a un milímetro de mi oreja.

–Bueno, yo tengo la culpa de eso. Lo siento de verdad.

–¿No te dijo el fauno que vendría? –sonrió.

–Si te refieres a Puck, no. Creí que eras una vaca de Gleason. No..., no sabía que fueras... un... ¿qué es lo que eres?

El hombre se echó a reír estridentemente, dejando a la vista una hilera de dientes perfectos. Su rostro y sus ojos eran oscuros, y sus cejas se encontraban sobre la nariz en una sola línea peluda.

–Me llaman Parnesius. He sido centurión en la Séptima Cohorte de la Trigésima Legión, la Ulpia Victrix. ¿Lanzaste tú la bala?

–Sí. Con la catapulta de Dan –contestó Una.

–¡Catapultas! –exclamó él–. Yo sé algo de esa máquina. A ver... muéstramela.

Saltó el rústico vallado con el metálico sonido de la lanza, la armadura y el escudo, y pasó a Volaterrae, rápido como una sombra.

–Un tirador sobre un palo con forma de horquilla. ¡Ya entiendo! –dijo, estirando la goma–. ¿Pero de qué prodigioso animal sale este pellejo que se estira?

–Es goma elástica. Se coloca el proyectil en medio de la goma y se tira hacia atrás con fuerza.

El hombre estiró la goma y al soltarla rebotó contra la uña de su pulgar.

–A cada cual su arma –dijo con seriedad, devolviendo el tirachinas–. A mí se me dan mejor las máquinas grandes, jovencita. Pero es un juguete bonito. Haría reír a un lobo. ¿No te asustan los lobos?

–Aquí no hay ninguno –dijo Una.

–No te confíes. Un lobo es como un Casco Alado. Viene en el momento en que menos te lo esperas. ¿No se cazan lobos por aquí?

–No cazamos –contestó Una, acordándose de lo que había oído decir a los mayores–. Protegemos a los faisanes. ¿Sabes cómo son?

–Debería saberlo –contestó el joven, de nuevo sonriente, y comenzó a imitar el canto del faisán con tal perfección que un pájaro le respondió desde el bosque.

–¡Qué estúpido y pintarrajeado animal es el faisán! –exclamó–. Es igual que muchos romanos.

–Pero tú también eres un romano, ¿no? –dijo Una.

–Sí y no. Soy uno de esos cuantos miles que nunca han visto Roma excepto en grabados. Mi familia ha vivido en Vectis durante generaciones. Vectis, esa isla allá hacia el oeste que se atisba desde tan lejos cuando hay tiempo despejado.

–¿Te refieres a la Isla de Wight? Aparece justo antes de que se ponga a llover y se ve desde las colinas.

–Es muy probable. Nuestra villa está en la orilla sur de la isla, junto a los Acantilados Agrestes. Casi toda ella tiene trescientos años, pero los establos, que es donde vivía mi primer antepasado, deben de tener cien años más. Eso como mínimo, porque el fundador de nuestra familia recibió sus tierras de manos de Agrícola durante la colonización. No está nada mal para el tamaño que tiene. En primavera las violetas crecen hasta la misma playa. Muchas veces he recogido algas para mí y violetas para mi madre en compañía de nuestra vieja aya.

–¿Tu aya era también romana?

–No, era de Numidia. ¡Que los dioses la protejan! Una mujer cariñosa, abundante y morena, con una lengua como el cencerro de una vaca. Era una mujer libre. Por cierto, ¿tu eres libre, jovencita?

–Oh, completamente... –contestó Una–. Al menos hasta la hora del té, y en verano nuestra institutriz no se queja mucho si volvemos tarde.

El joven prorrumpió en risa de nuevo. Una risa que indicaba que había comprendido.

–Ya veo –dijo él–. Eso explica que andes ahora por el bosque. Nosotros solíamos escondernos en los acantilados.

–¿También tenías una institutriz?

–Pues claro. Una griega. Tenía una manera de sujetarse el vestido cuando nos perseguía entre los tojos que nos hacía desternillarnos de la risa. Luego amenazaba con que nos azotaría. ¡Jamás lo hizo, la pobre, los dioses la bendigan...! ¡Aglaia! Era una rigurosa deportista, a pesar de su erudición.

–¿Pero qué aprendíais vosotros cuando erais pequeños?

–Historia Antigua, los Clásicos, Aritmética y todo eso –contestó–. Mi hermana y yo éramos duros de mollera, pero a mis otros dos hermanos (yo soy el mediano) les encantaban esas cosas, y, por supuesto, mi madre era la más inteligente de los seis. Era casi tan alta como yo, y se parecía a la nueva estatua de la calzada del oeste, la Deméter con los cestos, ya sabes. ¡Era tan divertida! ¡Diosa Roma..., cómo nos hacía reír...!

–¿Por qué reíais?

–Por las bromitas y los dichos que tiene toda familia, ya sabes.

–Sé que nosotros los tenemos, pero no tenía ni idea de que otras familias también los tuvieran –dijo Una–. Cuéntame más cosas de tu familia, por favor.

–Las buenas familias se parecen mucho entre sí. Mi madre se sentaba a hilar por las noches mientras que Aglaia leía en su rincón, mi padre repasaba sus cuentas, y nosotros correteábamos por los pasillos. Cuando hacíamos demasiado ruido, el Pater solía decir: «¡Ya vale de ruido! ¡Menos ruido! ¿No habéis oído hablar de los derechos que tiene un padre sobre sus hijos? Os podría matar, queridos míos, matar bien matados, y los dioses elogiarían mi conducta».

»Entonces madre encogía sus labios queridos sobre la rueca de hilar y contestaba: «Vaya, creo que queda en ti muy poco de lo que debe ser un padre romano». Y el Pater enrollaba su pergamino con las cuentas y decía: «¡Ahora veréis!», y entonces..., oh, podía llegar a ser peor que ninguno de nosotros.

–Los padres a veces son así –dijo Una, con ojos traviesos.

–¿No acabo de decir que todas las buenas familias se parecen entre sí?

–¿Qué hacíais durante el verano? –quiso saber Una–. ¿Jugábais por ahí, como nosotros?

–Sí, y visitábamos a nuestros amigos. No hay lobos en Vectis. Teníamos muchos amigos, y todos los potrillos que se nos antojasen.

–Debió de ser maravilloso –dijo Una–. Espero que esa felicidad durara para siempre.

–No te creas, jovencita. Cuando tenía dieciséis o diecisiete, mi padre enfermó de gota y nos fuimos todos a tomar las aguas.

–¿Qué aguas?

–Las de Aquae Sulis. Todo el mundo va allí. Tienes que decirle a tu padre que te lleve algún día.

–¿Pero dónde están? No las conozco –confesó Una.

El joven la miró perplejo durante unos minutos.

–Aquae Sulis –repitió–. Los mejores baños de Britania. Tan buenos como los de Roma, según tengo entendido. Los viejos glotones se sientan en el agua caliente y hablan de escándalos y de política. Y los generales se pasean por las calles con su guardia detrás; los magistrados acuden en sus sillas de mano, también seguidos de su fuerte guardia; te puedes encontrar con adivinos, orfebres, mercaderes, filósofos, vendedores de plumas, britones ultrarromanos y romanos ultrabritánicos, gente amansada que simula ser civilizada y judíos reprobadores... ¡todo el mundo es interesante! A nosotros, los jóvenes, como es lógico, no nos interesaba la política. Ni teníamos gota. Éramos muchos de la misma edad y la vida no nos parecía triste.

»Pero mientras nos entreteníamos sin pensar en nada, mi hermana conoció al hijo de un magistrado de Poniente y al cabo de un año se casó con él. Mi hermano pequeño, que siempre mostró interés por las plantas y las raíces, conoció al médico-jefe de la legión de la Ciudad de las Legiones y decidió convertirse en médico militar. Yo no creo que sea una profesión adecuada para alguien de buena familia, pero, claro, no soy mi hermano. Se fue a Roma a estudiar medicina y ahora es médico-jefe de la legión de Egipto, con sede en Antinoe. Al menos eso creo porque no he oído nada de él desde hace tiempo.

»Mi hermano mayor conoció a un filósofo griego, y entonces le dijo a mi padre que tenía intención de instalarse en nuestras tierras como agricultor y filósofo. ¿Lo has cogido? –el joven guiñó un ojo a Una–. Su filósofo era de las de pelo largo.

–Siempre había pensado que los filósofos eran calvos –dijo Una.

–Para nada. Aquella era una mujer muy hermosa. A él no le reprocho nada. Nada mejor hubiera podido ocurrirme que lo que decidió mi hermano, porque yo siempre había deseado enrolarme en el ejército y siempre había temido verme obligado a quedarme en casa para cuidar de nuestras tierras, mientras mi hermano se quedaba con esto.

Golpeó con la mano el enorme escudo reluciente que nunca parecía incomodarle.

–Así que nosotros, los jóvenes, estábamos todos contentos con nuestra suerte y regresamos a Clausentum por la Calzada del Bosque en silencio. Pero al llegar a casa, Aglaia, nuestra aya, se dio cuenta de lo que nos había ocurrido. La estoy viendo en la puerta, con la antorcha en alto, observando cómo ascendíamos por el sendero de los acantilados, desde el barco. «Ay, ay», exclamó. «Os fuisteis niños y regresáis hombres y mujeres.»

»Acto seguido besó a mi madre, y madre se echó a llorar. Así fue como la visita a los baños decidió los destinos de todos los hermanos, jovencita.

Se incorporó y se dispuso a escuchar apoyándose en el borde del escudo.

–Creo que es Dan, mi hermano –dijo Una.

–Sí, y el fauno está con él –contestó al tiempo que Dan y Puck aparecían a través del bosquecillo.

–Debíamos haber venido antes –explicó Puck–, pero las bellezas de tu lengua nativa, oh Parnesius, han obnubilado a este joven ciudadano.

Parnesius parecía no entender, incluso después de que Una le explicase:

–Dan decía que el plural de *dominus* era *dominós*, y caundo miss Blake le dijo que no, afirmó que entonces tenía que ser *backgammon*; por pasarse de listo, se ha tenido que quedar copiándolo, ¿comprendes?

Dan había subido a Volaterrae y estaba sudoroso y jadeante.

–He venido corriendo casi todo el camino –jadeó– y luego me encontré con Puck. ¿Cómo está usted, señor?

–Mi salud es buena –contestó Parnesius–. ¡Mira! Acabo de intentar tensar el arco de Ulises, pero... –mostró su dedo pulgar dañado por el tirachinas.

–Lo siento. Seguro que ha soltado la goma demasiado pronto –dijo Dan–. Puck me ha dicho que estabas contando una historia a Una.

–Continúa, oh Parnesius –terció Puck, que se había sentado en una rama seca, por encima de ellos–. Yo seré el coro. ¿Te ha dejado muy sorprendida lo que te ha contado, Una?

–No, nada, excepto que no sabía dónde está Ak... Ak..., algo que empiece así –contestó.

–Oh, Aquae Solis. Es Bath, lugar en el que se hacen los buñuelos. Pero dejemos que nuestro héroe narre la historia.

Parnesius hizo ademán de arrojar su lanza a las piernas de Puck, pero este se inclinó y, agarrando las crines de la cola del caballo, le arrebató el casco.

–Gracias, bufón –dijo Parnesius sacudiendo su cabello rizado y oscuro–. Ahora estoy más fresco. Cuélgamelo... Le estaba contando a tu hermana cómo me enrolé en el ejército –le dijo a Dan.

–¿Tuviste que pasar algún examen? –preguntó Dan impaciente.

–No. Fui a ver a mi padre y le dije que me gustaría entrar en la Caballería Dacia (había visto a alguno de ellos en Aquae Sulis), pero me dijo que era mejor empezar mi servicio en alguna de las legiones regulares de Roma. Pero a mí, como a tantos otros jóvenes, no me gustaba nada que tuviera que ver con Roma. Los militares y magistrados romanos nos despreciaban a los que habíamos nacido en Britania por ser bárbaros. Y así se lo hice saber a mi padre. «Ya lo sé», dijo él. «Pero después de todo, recuerda que somos los habitantes originales y que nuestro deber es servir al Imperio.» «¿A qué Imperio?», le

pregunté yo. «Partimos el águila imperial antes de que yo naciera.» «¡Qué lenguaje de ladrones es ese!», exclamó mi padre, que odiaba las expresiones vulgares. «Bueno, señor», dije yo, «tenemos un emperador en Roma y no sé cuántos emperadores más que han ido surgiendo en varias de las distintas provincias fronterizas. ¿A cuál he de seguir?». «A Graciano», dijo. «Al menos es un deportista.» «Y eso es todo lo que es», repliqué yo. «¿Acaso no se ha convertido en un comedor de carne cruda como los escitas?» «¿Dónde has oído eso?», preguntó el Pater. «En Aquae Sulis», dije yo. Y era cierto. Nuestro apreciado emperador Graciano llevaba una escolta de escitas que se cubrían con pieles, y estaba tan contento con su compañía que se vestía como ellos. ¡Nada menos que en Roma! ¡Aquello era tan absurdo como si mi propio padre se hubiese pintado de azul!

»«No te preocupes por la ropa», dijo el Pater. «Es solo un pequeño detalle de todo el problema que empezó antes de que tú y yo nacióéramos. Roma ha abandonado a sus dioses y debe de ser castigada por ello. La gran guerra con los Pintados estalló el mismo año en que los templos de nuestros dioses fueron destruidos. Y el mismísimo año en que reconstruimos nuestros templos, vencimos a los Pintados. El problema viene de más lejos...»

»Se remontó a los tiempos de Diocleciano, y al oírle uno podía pensar que la eterna Roma estaba al borde de la destrucción por el mero hecho de que un puñado de personas se hubieran vuelto más tolerantes. Yo no sabía nada de todo eso. Aglaia nunca nos había enseñado la historia de nuestra propia patria. Estaba siempre pensando en la historia de los antiguos griegos.

»«No quedan esperanzas para Roma», dijo mi padre, para terminar. «Ha abandonado a sus dioses, pero si los dioses nos perdonan a los de aquí, puede que todavía podamos salvar a Britania. Para lograrlo, debemos mantener a raya a los Pintados. Por eso te digo, Parnesius, como padre, que si tu corazón está con el ejército, tu lugar se encuentra entre los hombres que defienden las murallas y no entre las mujeres de las ciudades.»

–¿Qué murallas? –preguntaron Dan y Una.

–Mi padre se refería a lo que llamábamos la Muralla de Adriano. Ya os hablaré de esto más adelante. Se construyó hace mucho, a través del norte de Britania, para mantener alejados a los Pintados, los pictos, como vosotros los llamáis. Mi padre había luchado en la Gran Guerra contra los pictos que duró más de veinte años, así que sabía lo que era luchar. Teodosio, uno de nuestros grandes generales, había obligado a retroceder a aquellas bestezuelas hacia el norte, antes de que yo naciese. Aquí abajo, en Vectis, nunca nos preocupamos demasiado por ellos, como es lógico. Pero cuando mi padre hablaba así, yo le besaba la mano y esperaba órdenes. Nosotros, los romanos nacidos en Britania, sabemos del respeto hacia nuestros padres.

–Si yo besara la mano de mi padre, se partiría de la risa –dijo Dan.

–Las costumbres cambian, pero si no obedeces a tu padre, los dioses lo recuerdan. Puedes estar seguro de ello. Después de nuestra conversación – prosiguió Parnesius– y viendo que yo hablaba en serio, el Pater me envió a Clausentum para aprender instrucción militar en un cuartel lleno de auxiliares extranjeros: una chusma sucia y sin rasurar constituida por bárbaros de todos los orígenes, que jamás limpiarán coraza alguna. Solo un palazo en el estómago o un golpe de escudo en sus rostros conseguían agruparles en algo parecido a una formación militar. Una vez aprendido mi trabajo, el instructor me entregó un puñado (y un «puñado» era lo que verdaderamente eran) de galos y de íberos para ser pulidos antes de que los enviaran a sus destinos en el interior del país. Lo hice lo mejor que pude, y una noche en que una de las villas de los alrededores comenzó a arder, puse a trabajar a mi puñado de hombres antes que ninguna de las otras tropas. Me fijé en un hombre que miraba silencioso desde los prados apoyado sobre un cayado. Miraba cómo acarreábamos cubos desde el estanque, y finalmente me dijo: «¿Quién eres?». «Un aspirante a la espera de órdenes», contesté; por Deucalión, que no tenía ni idea de quién podía ser... «¿Nacido en Britania?», inquirió. «Tan nacido en Britania como tú en Hispania», dije, porque al hablar relinchaba como una mula ibérica. «¿Y cómo te haces llamar cuando estás en tu casa?», preguntó riendo. «Eso depende», contesté; «a veces una cosa y a veces otra. Pero ahora estoy ocupado».

»No volvió a decir nada más hasta que salvamos a los dioses familiares (se trataba de un familia respetable) y entonces murmuró a través de unas ramas de laurel: «Escucha, joven a-veces-una-cosa-y-a-veces-otra. De ahora en adelante te llamarás Centurión de la Séptima Cohorte de la Trigésima, la Ulpia Victrix. Eso me ayudará a recordarte. Tu padre y otros cuantos me llaman Máximo».

»Me lanzó el cayado pulido sobre el que se apoyaba y se marchó. ¡Podría haberme derribado con él!

–¿Quién era? –preguntó Dan.

–¡El mismísimo Máximo, nuestro gran general! El general de Britania que en la campaña contra los pictos había sido la mano derecha de Teodosio. No solo me había hecho entrega personalmente de mi bastón de centurión, sino que me había ascendido tres grados en una buena legión. Un novato empieza normalmente en la décima cohorte de su legión y va ascendiendo.

–¿Y estabas contento? –preguntó Una.

–Mucho. Pensé que Máximo me había escogido por mi buen aspecto y mi estilo al marchar, pero, cuando volví a casa, el Pater me confesó que había combatido en la guerra de los pictos a las órdenes de Máximo y le había pedido que me ayudase.

–Eras un muchacho por aquel entonces –exclamó Puck desde lo alto.

–Así es –dijo Parnesius–. No me lo eches en cara, fauno. Los dioses son testigos de que poco después abandoné los juegos infantiles.

Y Puck asintió con la cabeza, su barbilla morena sobre su oscura mano, sus grandes ojos inmóviles.

–La noche antes de que partiéramos, hicimos sacrificios a nuestros antepasados (el usual y pequeño sacrificio familiar), pero no recuerdo haber rezado con tanto fervor a todos los Buenos Espíritus. Entonces me marché con mi padre a Regnum y luego fuimos hacia el este atravesando las rocas calizas hasta llegar a Andérida.

–¿Regnum? ¿Andérida? –los niños miraron a Puck.

–Regnum es Chichester –contestó Puck, señalando hacia Cherry Clack–. Y Andérida, Pevensey –y señaló al sur, que quedaba a su espalda.

–¿De nuevo Pevensey? –preguntó Dan–. ¿Donde desembarcó Weland?

–Weland y otros muchos –respondió Puck–. Pevensey no es una ciudad joven, ni siquiera comparándola conmigo.

–El cuartel general de la Trigésima se instalaba en verano en Andérida, mientras mi cohorte, la Séptima, estaba en el norte defendiendo la Muralla. Máximo estaba pasando revista a los auxiliares (los Abulci, creo recordar) en Andérida, y nos alojamos en su casa, porque él y mi padre eran viejos amigos. Cuando solo llevaba allí diez días, me ordenaron partir hacia el norte con treinta hombres de mi cohorte –rio de buena gana y siguió–. Un hombre jamás se olvida de su primera marcha. Cuando conduje a mi puñado de hombres a través de la puerta norte del campamento, estaba más contento que un emperador. Saludamos a la guardia y al altar de la Victoria que había allí instalado.

–¿Cómo?, ¿cómo? –preguntaron Dan y Una.

Parnesius sonrió y se levantó, haciendo refulgir su coraza.

–Así –dijo, y se dispuso a efectuar lentamente los hermosos movimientos del saludo romano, que concluyó con la sonora percusión del escudo al volver a su posición entre los hombros.

–Vaya... –dijo Puck–. ¡Qué maravilla!

–Emprendimos la marcha completamente armados –dijo Parnesius mientras volvía a sentarse–. Pero en cuanto la calzada comenzó a atravesar el Gran Bosque, mis hombres pretendieron que los caballos de carga les llevasen los escudos. «¡No!», les dije. «Podéis vestiros de mujer en Andérida si os da la gana, pero mientras estéis conmigo, llevaréis vuestras propias armas y la coraza completa.» «Es que hace mucho calor», dijo uno de ellos, «y no tenemos médico. Supón que tenemos un golpe de calor o fiebre...». «Entonces, morid», dije yo. «Lo cual sería un buen alivio para Roma», repliqué. «¡Escudos y lanzas arriba y ajustaos el calzado!» «No te creas tan pronto emperador de Britania»,

gritó uno de los muchachos. Le golpeé con el extremo de mi lanza y lo arrojé al suelo. Explicué a aquellos romanos de nacimiento que, si alguno de ellos ocasionaba más problemas, proseguiríamos la marcha con un hombre menos. ¡Y, por el sol que nos alumbra, estaba dispuesto a hacerlo! Mis ignorantes galos de Clausentum jamás me habían tratado así.

»De pronto, silencioso como una nube, Máximo (y mi padre tras de él) apareció de entre los helechos, y se detuvo en mitad de la calzada. Vestía de color púrpura, como si ya fuese emperador; sus polainas eran de piel de carnero blanco, con cordaje dorado.

»Mis hombres cayeron al suelo como si fueran... como si fueran perdices.

»No dijo nada durante algún tiempo, sino que se limitó a mirar con el ceño fruncido. Después hizo una señal con su dedo índice y mis hombres caminaron o, mejor dicho, se arrastraron hacia uno de los lados de la calzada. «Poneos al sol, muchachos», dijo, y se formaron de nuevo sobre las duras losas de la vía. «¿Qué habrías hecho de no estar yo aquí?», me preguntó. «Habría matado a ese hombre», contesté. «Mátalo ahora», dijo él. «No se atreverá a mover ni un dedo.» «No», dije yo. «Has tomado el mando de mis hombres. Solo sería tu verdugo si lo matase ahora.»

»¿Comprendes lo que quería decir? –dijo Parnesius girándose hacia Dan.

–Sí –dijo Dan–. No habría sido justo.

–Eso era lo que creía –dijo Parnesius–. Pero Máximo frunció el ceño: «Nunca llegarás a ser emperador», dijo. «Ni siquiera un general.»

»Yo estaba en silencio, pero mi padre parecía complacido. «He venido hasta aquí para despedirme de ti», dijo. «Ya lo has visto», confirmó Máximo. «No voy a necesitar a tu hijo nunca más. Vivirá y morirá como oficial de una legión. Y podría haber llegado a prefecto de una de mis provincias. Ahora ven a comer y a beber con nosotros», añadió. «Tus hombres esperarán hasta que hayas acabado.»

»Mis treinta hombres miserables quedaron de pie bajo el tórrido calor del sol como pellejos vacíos de vino y Máximo nos condujo hasta el lugar en el que sus servidores nos habían preparado la comida. Él mismo mezcló el vino. «Dentro de un año», dijo, «te acordarás de haberte sentado con el emperador de Britania y... de Galia». «Eso si eres capaz», dijo mi padre, «de llevar dos mulas, la gala y la bretona». «Cinco años después te acordarás de haber bebido», me pasó la copa con la borraja azul, «con el emperador de Roma». «No; no puedes llevar tres mulas. Te harían trizas», objetó mi padre. «Y en la Muralla, llorarás entre los brezales porque tu sentido de la justicia sobrepasa el deseo de complacer al emperador de Roma.»

»Permanecí en silencio. No se puede contestar a un general que viste la túnica púrpura. «No estoy enfadado contigo», prosiguió; «le debo demasiado a tu

padre». «No me debes nada más que el consejo que nunca quisiste escuchar», dijo el Pater. «...para ser injusto con alguien de tu familia. Debo reconocer que podrías convertirte en un buen tribuno, pero en mi opinión, vivirás y morirás en la Muralla», dijo Máximo. «Es muy probable», dijo mi padre. «Pero pronto tendremos a los pictos y a sus amigos atacándonos. No puedes mover a todas las tropas de Britania para que te nombren Emperador y esperar que siga la tranquilidad en el norte.» «Sigo mi destino», dijo Máximo. «Síguelo entonces», dijo mi padre arrancando la raíz de un helecho, «y muere como lo hizo Teodosio». «¡Ah!», exclamó Máximo. «Mi viejo general fue asesinado por servir al emperador con demasiado celo. Puede que también a mí me asesinen, aunque nunca por esa razón», y esbozó una sonrisita gris y pálida que me heló la sangre. «Entonces, es mejor que siga mi destino», dije yo, «y lleve a mis hombres hasta la Muralla».

»Me miró durante un buen rato, inclinando la cabeza hacia un lado, como hacen los hispanos. «Pues síguelo, muchacho», concluyó. Y eso fue todo. Me alegré de marcharme de allí, aunque habría querido mandar muchos mensajes a mi familia. Encontré a mis hombres en la misma posición que los dejé (ni siquiera habían desplazado los pies en el suelo), y emprendí la marcha, todavía sintiendo sobre mis espaldas esa sonrisa terrorífica como el viento del este detrás de mí. No nos detuvimos hasta la puesta del sol –se volvió para mirar la colina de Pook que se elevaba a nuestros pies– y acampamos allí.

Señaló el saliente quebrado de la Colina de la Herrería, detrás de la cabaña del viejo Hobden.

–¿Ahí? Eso es solo la vieja herrería donde antaño se forjaba el hierro –dijo Dan.

–Era una buena forja, ciertamente –confirmó Parnesius, con calma–. Allí me arreglaron tres hebillas de las corazas y me remacharon una punta de lanza. La herrería estaba alquilada a la Administración por un forjador cartaginés que era tuerto. Recuerdo que le llamábamos Cíclope. Me vendió una alfombra de piel de castor para la habitación de mi hermana.

–No pudo haber sido ahí –insistió Dan.

–¡Pues lo fue! Desde el altar de la Victoria de Andérida a la primera forja del bosque, que es precisamente esa, hay doce millas y setecientos pasos. Todo figura en el *Libro de las Calzadas*. Un hombre no se olvida de su primera marcha. Creo que podría detallarte cada una de las etapas que cubrimos desde aquí hasta... –se echó hacia delante y sus ojos quedaron deslumbrados por el sol de poniente.

El sol había descendido hasta la cumbre de la colina de Cherry Clack y sus rayos se colaban entre los troncos de los árboles, de tal forma que en el corazón

del Bosque Lejano se distinguían rojos, negros y oros, y Parnesius brillaba enfundado en su armadura como si estuviera en llamas.

–¡Espera! –dijo alzando una mano, mientras la luz del sol reverberó en su brazalete de vidrio–. ¡Espera, voy a rezarle a Mitra!

Se levantó y extendió los brazos hacia el oeste, articulando sonoras palabras.

Puck también comenzó a cantar con una voz parecida al tañido de unas campanas, y mientras lo hacía saltó al suelo desde Volaterrae e hizo un gesto a los niños para que le siguieran. Ellos le obedecieron como empujados por las voces, y caminaron entre esa luminosidad que transformaba las hojas de las hayas en oro viejo, Puck, entre los dos, cantaba algo parecido a esto:

Cur mundus militat sub vana gloria
Cujus prosperitas est transitoria?
Tam cito labitur ejus potentia
Quam vasa figuli quae sunt fragilia *.

Llegaron hasta la pequeña cancela cerrada del bosque.

Quo Caesar abiit celsus imperil?
Vel Dives splendidus totus in prandio?
Dic ubi Tullius **.

Sin dejar de cantar, tomó la mano de Dan y le hizo volverse para ver a Una saliendo por la puerta. Se cerró detrás de ella, al tiempo que Puck arrojaba sobre sus cabezas el hechizo de la memoria, las hojas de roble, de fresno y de espino.

–Pues sí que has tardado –dijo Una–. ¿No pudiste escaparte antes?

–Salí con tiempo de sobra, pero... pero no tenía ni idea de que fuera tan tarde. ¿Dónde has estado?

–En Volaterrae, esperándote.

–Lo siento. El maldito latín tiene la culpa de todo.

CANCIÓN DE LA BRITANIA ROMANA (406 D. C.)

El padre de mi padre no la vio,
y es probable que yo tampoco
contemple el venerable y sagrado lugar, la verdadera Roma.

Coronada de Tiempo, Arte y Poder,
entre hombres y dioses erigida,
ciudad al pie de cuyas viejas cumbres creó una raza.

Pronto trajo a este mundo stirpes nuevas
invictas, que en Roma se abrazan
con la fuerza mil veces adquirida en los difíciles trances.

Firme corazón y fuerte coraza,
late con energía, cuando sangre de vida corre por sus arterias,
año tras año, un Imperio eterno, recibimos tus hijos.

Quienes lejos nacimos de las Siete Colinas
tras amarte y sufrirte en el destierro,
rogamos que preserves de discordias interinas el fuego del Imperio.

EN LA MURALLA

EN LA MURALLA

Cuando salí de Roma por causa de Lalage,
camino de Rímini por la vía de las legiones,
ella me pidió que, junto con mi escudo,
su corazón tomara y llevara hasta Rímini.
(¡Hasta que las águilas despegaran de Rímini!)
He pateado la Britania y también la Galia,
y la orilla del Ponto donde la nieve cae,
tan blanca como el cuello de Lalage
(¡tan fría como su corazón!).
(¡Y he perdido Britania y he perdido la Galia!)

[La voz, al llegar aquí, parecía muy alegre.]

¡Y he perdido Roma y, lo que es peor,
he perdido a Lalage!

Estaban junto a la cancela que conduce al Bosque Lejano cuando escucharon esta canción. Sin articular palabra alguna, corrieron a su escondrijo del vallado, se escurrieron a través del seto y fueron a caer casi encima de un arrendajo que estaba comiendo en la mano de Puck al otro lado.

–Con cuidado –dijo Puck–. ¿Qué estáis buscando?

–A Parnesius, por supuesto –contestó Dan–. Acabamos de acordarnos del día de ayer ahora mismo. No es justo.

Puck soltó una risita mientras se incorporaba.

–Lo lamento, pero todo niño que pasa una tarde conmigo y con un centurión romano necesita una dosis de magia que le calme antes de ir a merendar con su institutriz. ¡Eh, Parnesius! –gritó.

–¡Aquí, fauno! –se oyó desde Volaterrae.

Distinguieron el resplandor de la coraza de bronce en la bifurcación del haya y el brillo del gran escudo alzado.

–He desalojado a los britones –Parnesius comenzó a reír como un niño–. Y ahora ocupo sus posiciones más elevadas. ¡Pero Roma es bondadosa! Podéis subir.

Y treparon los tres al árbol.

–¿Qué canción estabas cantando hace unos minutos? –dijo Una tan pronto se hubo acomodado.

–¡Ah, esto! Se llama *Rímini*. Solo es una de las muchas melodías que surgen

constantemente de algún lugar del Imperio. Se extienden como la peste durante seis meses o un año, hasta que llega otra que agrada más a las legiones, y entonces la adoptan para marcar el paso.

–Cuéntales acerca de las marchas, Parnesius. Hay poca gente hoy en día que marche de una punta a otra del país –dijo Puck.

–Ellos se lo pierden. Nada mejor que una larga marcha cuando los pies están curtidos. Se empieza después de que se alcen las nieblas y se termina, tal vez, una hora después de que se ponga el sol.

–¿Y qué coméis? –preguntó Dan inmediatamente.

–Grasa de cerdo, alubias, pan y el vino que haya en las posadas. Pero los soldados son protestones natos. El primer día, mis hombres ya se quejaron del trigo inglés que se tritura en los molinos. Decían que no llenaba tanto como el áspero producto que se obtiene en Roma en los molinos de bueyes. De todos modos, tenían que ir a buscarlo y comérselo.

–¿Buscarlo? ¿Adónde? –quiso saber Una.

–A ese molino de agua recién inventado que está más allá de la herrería.

–Ese es el molino de la herrería, ¡nuestro molino! –exclamó Una, mirando a Puck.

–Sí, el vuestro –confirmó Puck–. ¿Cuántos años creéis que tenía?

–No lo sé. ¿No nos habló de él sir Richard Dalyngridge?

–Así es, y ya en su tiempo era antiguo –contestó Puck–. Tenía varios cientos de años.

–Era nuevo en mi época –dijo Parnesius–. Mis hombres contemplaban la harina que llevaban en el interior de sus cascos como si se tratase de un nido de víboras. Lo hacían para ponerme a prueba. Pero hablé con ellos y acabamos haciéndonos amigos. A decir verdad, ellos me enseñaron a llevar el paso a la romana. Yo solo había servido a las órdenes de instructores que se decantaban por el paso ligero. Y el paso de una legión es completamente distinto. Es una zancada larga y pausada que no varía desde la mañana hasta la noche. «Raza de Roma, paso de Roma», como dice el proverbio. Veinticuatro millas en ocho horas, ni más ni menos. La cabeza y la lanza bien altos, el escudo a la espalda, el cuello de la coraza de cuero un palmo abierto; así es como las Águilas atraviesan Britania.

–¿Tuviste alguna aventura? –dijo Dan.

–No hay aventuras al sur de la Muralla –dijo Parnesius–. Lo peor que me pasó fue tener que comparecer ante un magistrado del norte después de que un filósofo vagabundo se hubiese burlado de las Águilas. Pude demostrar que el viejo había bloqueado la calzada deliberadamente, y el magistrado, imagino que siguiendo su propio librillo, se limitó a decir que cualesquiera que fueran sus dioses había que mostrarse siempre respetuoso con el César.

–¿Y qué hiciste entonces? –preguntó Dan.

–Pues seguir. ¿Por qué iba yo a preocuparme de esas cosas si mi misión era llegar a nuestro destino? Me llevó veinte días. Como es lógico, cuanto más al norte te dirijas, más vacías están las calzadas. Por fin dejas atrás los bosques y empiezas a ascender las peladas colinas, donde los lobos aúllan entre las ruinas de lo que fueron nuestras ciudades. Allí ya no se ven mujeres hermosas; ni magistrados alegres que conocían a tu padre cuando era joven, y que te invitan a su casa; las noticias no llegan a los templos ni a las posadas que hay a lo largo del camino, las únicas noticias son malas y siempre anuncian la presencia de bestias salvajes. Ahí es donde te encuentras a los cazadores y los tramperos que trabajan para los circos, tirando de osos encadenados y de lobos con bozales. Tu caballo se asusta al verlos y los hombres se ríen.

»Las casas dejan de ser villas ajardinadas para convertirse en fuertes cerrados con atalayas de piedra gris, y en apriscos de ovejas con grandes muros de piedra, permanentemente vigilados por británicos armados, procedentes de la costa del norte. Sobre las colinas desnudas, más allá de las casas aisladas, donde las sombras de las nubes semejan batallones de caballería a la carga, se distinguen humaredas negras procedentes de las minas. La dura calzada sigue y sigue, mientras el viento silba entre los penachos de los cascos, dejando atrás altares dedicados a legiones y a generales olvidados, estatuas rotas de dioses y de héroes, y miles de tumbas desde donde se asoman los zorros y las liebres de la montaña para mirarte al pasar. Aquel país de brezales de color púrpura y piedra rota arde durante el verano y resulta helador en invierno.

»Justo cuando empiezas a pensar que has llegado al fin del mundo, divisas una cortina de humo que se extiende de este a oeste, hasta donde alcanza la vista, y luego, por debajo, también hasta donde alcanza a ver el ojo humano, casas y templos, tiendas y teatros, cuarteles y graneros, esparcidos como dados por detrás, siempre por detrás de una línea de torres fortificadas que asciende y desdiende, desaparece y vuelve a aparecer, siguiendo las irregularidades del terreno. Es la Muralla de Adriano.

–¡Oh! –exclamaron los niños, tomando aliento.

–Es normal que os asombre –dijo Parnesius–. Viejos que han seguido las enseñas de las Águilas desde su juventud afirman que nada existe en el Imperio tan maravilloso como la contemplación de la Muralla por primera vez.

–¿Es solo un muro como el que tenemos alrededor del huerto de la casa? –preguntó Dan.

–¡No, no! Es la Muralla. A lo largo de su cresta están distribuidas las torres de los centinelas. Incluso en sus tramos más estrechos pueden caminar, codo con codo, tres hombres con sus escudos, de puesto a puesto de guardia. Un pequeño parapeto, no más alto que la cabeza de un hombre, une los distintos

bastiones entre sí, de modo que desde la distancia se distinguen los cascos de los centinelas yendo y viniendo como si se tratara de cuentas ensartadas. La Muralla mide diez metros de altura, y del lado de la tierra de los pictos, es decir, el norte, hay un foso cubierto de hojas de espada viejas y puntas de lanza incrustadas sobre madera, así como llantas de ruedas, unidas por cadenas. Los pequeños pictos acuden allí a robar hierro para sus flechas.

»Pero la Muralla en sí misma no es más asombrosa que la ciudad que alberga. Hace mucho tiempo había contrafuertes y fosos en la parte sur y a nadie se le permitía construir en las cercanías. Pero ahora los contrafuertes están semiderruidos y sobre ellos, de una punta a otra de la Muralla, se ha ido edificando hasta construir una ciudad estrecha, de unas ochenta millas. ¡Imaginaos! Una ciudad de alboroto y tumulto, con peleas de gallos, azuzadores de lobos y carreras de caballos, que se extiende desde Ituna, al oeste, a Segedunum, al borde de las frías costas del este. A un lado, los brezales, los bosques y las ruinas en las que se esconden los pictos, y en el otro, una gran ciudad, larga y malévola como una serpiente. Sí, una serpiente al abrigo de una cálida muralla.

»Me dijeron que mi cohorte tenía acuartelamiento en Hunno, donde la gran calzada del norte atraviesa la Muralla y penetra en la provincia de Valentia – Parnesius rio con desdén–. ¡La provincia de Valentia! Por lo tanto, seguimos la calzada hasta la ciudad de Hunno y nos quedamos atónitos. El lugar era una especie de feria, una feria de gentes de todos los confines del Imperio. Algunos se dedicaban a las carreras de caballos, otros se limitaban a sentarse en las tabernas, muchos observaban las luchas entre perros y osos, y otros se reunían ante un foso para presenciar las peleas de gallos. Un muchacho, no mucho mayor que yo, pero que sin duda era oficial, detuvo su caballo ante mí y me preguntó qué buscaba. «Mi cuartel», le dije mostrándole mi escudo.

Parnesius alzó su amplio escudo con las tres equis grabadas como letras en un tonel de cerveza.

–«¡Buen augurio!», dijo el oficial. «Vuestra cohorte está en la torre siguiente a la nuestra, pero ahora están todos en la pelea de gallos. Este es un lugar alegre. Ven y mojaremos juntos las Águilas», estaba queriéndome ofrecer un trago. «Cuando haya alojado a mis hombres», respondí. Y me sentía furioso y avergonzado. «Oh, pronto tendrás superadas todas esas tonterías», contestó. «Pero no quiero interferir en tus ilusiones. Sigue hasta encontrar la estatua de la diosa Roma. No tiene pérdida. Está en la calzada principal que va hasta Valentia», y echándose a reír emprendió la marcha.

»Distinguí la estatua a un cuarto de milla de distancia. Allí me dirigí. En algún momento, la gran calzada del norte debió de pasar por debajo de la estatua en su camino hacia Valentia; pero el extremo norte estaba bloqueado por

culpa de los pictos, y sobre el yeso de la pared alguien había garabateado: «¡Fin!». Era como penetrar en una cueva. Mi pequeña cohorte de treinta hombres hizo sonar las lanzas sobre el suelo, y el eco resonó en las dovelas del arco, pero arco no había. A un lado había una puerta en la que figuraba el número de nuestra cohorte. Nos colamos dentro y me encontré con un cocinero dormido, al que ordené que nos diera de comer. Entonces trepé a lo alto de la Muralla y miré hacia la tierra de los pictos y me quedé pensando –añadió Parnesius–. Aquel arco tapiado de ladrillos, en cuyo yeso se leía «¡Fin!», me había impresionado, porque al fin y al cabo yo no era más que un niño.

–¡Qué vergüenza! –exclamó Una–. ¿Pero no te quedaste satisfecho después de tomar una buena...? –Dan le dio un empujón para que se callara.

–¿Satisfecho? –dijo Parnesius–. ¿Satisfecho cuando los hombres de la cohorte que tenía a mi mando vinieron de la lucha de gallos sin los cascos, con las aves bajo el brazo y preguntándome que quién era yo? No, no estaba satisfecho; pero al menos logré hacer también desgraciada a toda la cohorte... Le escribí a mi madre diciéndole que era feliz, pero, ¡ay, amigos míos! –estrechó los brazos sobre las desnudas rodillas–, ni a mi peor enemigo le desearía sufrir lo que yo sufrí en mis primeros meses en la Muralla. Recordad esto: entre todos los oficiales no había ni uno, a excepción de mí (y pensaba que había perdido el favor de Máximo, mi general), que no hubiera cometido alguna fechoría o delito. O bien habían asesinado a algún hombre, o robado dinero, o insultado a los magistrados, o blasfemado contra los dioses, así que se les había destinado a la Muralla para esconder su vergüenza y su miedo. Y los hombres eran como los oficiales. Recordad también que la guarnición de la Muralla estaba formada por hombres de todas las razas y orígenes del Imperio. No había dos torres en las que se hablase la misma lengua o se adorase a los mismos dioses. Solo una cosa teníamos todos en común. No importa las armas que hubiéramos usado antes de llegar a la Muralla, allí éramos todos arqueros, como los escitas. El picto es incapaz de protegerse contra las flechas ni de arrastrarse por debajo de ellas, él es solo arquero. Y es consciente de ello.

–Supongo que estaríais todo el tiempo combatiendo contra los pictos –dijo Dan.

–Es raro que los pictos combatan. No vi ni un solo picto en combate durante medio año. Los pictos dóciles nos contaron que los combativos se habían marchado todos al norte.

–¿Qué es un picto dócil? –dijo Dan.

–Pues un picto (había muchos así) que habla unas cuantas palabras de nuestro idioma y que atraviesa furtivamente la Muralla para vendernos caballos y perros. Sin un caballo, un perro y un amigo, un hombre acabaría muriendo.

Los dioses me concedieron las tres cosas, y no hay mejor don que la amistad. Recuerda esto –Parnesius se giró hacia Dan– cuando te hagas un hombre: tu destino dependerá del primer amigo verdadero que tengas.

–Quiere decir –dijo Puck sonriente– que si luchas por convertirte en un tipo decente cuando eres joven, lograrás hacerte amigos decentes cuando crezcas. Si eres una bestia, tendrás amigos como bestias. Escucha al piadoso Parnesius hablar sobre la amistad.

–No soy piadoso –contestó Parnesius–, pero sé lo que supone la bondad, y mi amigo, aunque no tuvo ilusiones, era mil veces más válido que yo. ¡Deja ya de reírte, fauno!

–¡Oh, juventud eterna e inocente...! –exclamó Puck, balanceándose en la rama superior del haya–. Cuéntales cosas sobre tu Pertinax.

–Era el amigo que me enviaron los dioses, el muchacho que me habló cuando vine por primera vez. Un poco mayor que yo, al mando de la cohorte Augusta Victoria, en la torre vecina a la mía y a la de los númidas. Se trataba de un joven mucho más virtuoso que yo.

–Entonces, ¿por qué estaba en la Muralla? –quiso saber Una inmediatamente–. Todos habían hecho algo malo, tú mismo lo acabas de decir.

–Su padre había fallecido y él era sobrino de un gran hombre rico de la Galia que no siempre se mostraba muy amable con su madre. Al crecer se dio cuenta de esto y su tío, mediante artimañas y a la fuerza, lo despachó a la Muralla. Nos conocimos en una ceremonia que tuvo lugar en nuestro templo, a oscuras. Se trataba del rito en el que se sacrificaba el toro –explicó Parnesius a Puck.

–Está claro –dijo este, dirigiéndose a los niños–. Es algo que no sé si entendéis muy bien. Parnesius quiere decir que conoció a Pertinax en la iglesia.

–Sí, nos conocimos en la cueva por primera vez y luego fuimos ascendiendo hasta alcanzar a la vez el grado de Grifos –Parnesius se llevó la mano al cuello durante unos instantes–. Había estado en la Muralla dos años, y conocía bien a los pictos. Él fue el primero que me enseñó cómo «coger el brezo».

–¿Qué es eso? –dijo Dan.

–Consiste en salir a cazar en el territorio de los pictos en compañía de un picto dócil. Estarás seguro siempre y cuando seas su invitado y lleves una rama de brezo en cualquier lugar visible. Si vas solo, es muy probable que acabes siendo asesinado, si antes no te has ahogado en la ciénaga. Solo los pictos saben salir de esas ciénagas negras y escondidas. El viejo Allo, el de un solo ojo, un picto pequeño y arrugado al que le compramos nuestros caballos, era nuestro particular amigo. Al principio íbamos con el único objeto de escapar de la horrible ciudad, y para hablar de nuestros respectivos hogares. Pero luego nos enseñó a cazar lobos y esos ciervos enormes con cornamentas como candelabros judíos. Los oficiales nativos de Roma nos miraban mal cuando

hacíamos esto, pero nosotros preferíamos los brezales a sus diversiones. Creedme –Parnesius volvió a girarse hacia Dan–, un muchacho queda a salvo de cualquier peligro que puede amenazarle cuando está sobre un caballo o persiguiendo a un ciervo. ¿Te acuerdas, oh fauno –se giró hacia Puck–, del pequeño altar que erigí a Pan Silvano, junto al bosque de pinos más allá del arroyo?

–¿Cuál? ¿El de piedra con la inscripción de una frase de Jenofonte? –preguntó Puck en un tono de voz visiblemente cambiado.

–No. ¡Qué sé yo de Jenofonte! ¡Ese fue el de Pertinax, después de matar su primera liebre con una flecha por casualidad! El mío lo construí con guijarros en recuerdo de mi primer oso. Me llevó erigirlo todo un día.

Parnesius dirigió una mirada rápida a los niños.

–Así fue como vivimos en la Muralla durante dos años; algún altercado con los pictos y muchos días de caza en compañía del viejo Allo, en territorio enemigo. A veces nos decía «hijos míos» y nosotros nos encariñamos con él y con sus bárbaros, aunque nunca dejamos que nos pintaran a la manera de los pictos. Las marcas se te quedan hasta que te mueres.

–¿Cómo lo hacían? –preguntó Dan–. ¿Era algo parecido a los tatuajes?

–Se pinchaban la piel hasta hacerla sangrar y la frotaban con líquidos de colores. Allo estaba pintado de azul, verde y rojo, desde la frente hasta los tobillos. Decía que era parte de su religión. Nos hablaba de su religión (a Pertinax siempre le interesaban esos temas), y según le íbamos conociendo mejor, nos contó qué estaba ocurriendo en Britania al otro lado de la Muralla. Muchas cosas estaban teniendo lugar a nuestras espaldas durante esos días. Y, por la luz del sol... –dijo Parnesius seriamente–, ¡esa gente menuda lo sabía todo! Me contó que Máximo había marchado a la Galia, después de proclamarse emperador de Britania, y que se había llevado consigo un número de tropas y de colonos. Hasta quince días después no nos llegó a la Muralla aquella noticia. Me habló también de las tropas que Máximo estaba sacando de Britania todos los meses para que le ayudasen en la conquista de la Galia, y sus cálculos siempre resultaban exactos. ¡Era increíble! Y os diré otra cosa extraña.

Parnesius juntó las manos en torno a las rodillas e inclinó la cabeza sobre el borde curvilíneo del escudo que llevaba a la espalda:

–Al final del verano, cuando comenzaban las primeras heladas y los pictos mataban sus abejas, los tres salimos a caballo a la caza del lobo con perros nuevos. Rutilano, nuestro general, nos había concedido diez días de permiso y habíamos atravesado la segunda Muralla (más allá de la provincia de Valentia) hasta llegar a las colinas más elevadas, donde ni siquiera había ruinas romanas. Antes del mediodía ya habíamos matado una loba y mientras Allo la estaba

despellejando, me miró y me dijo: «Cuando seas capitán de la Muralla, hijo mío, ya no podrás hacer esto».

»Tenía tantas posibilidades de convertirme en capitán como de ser prefecto de la Baja Galia, así que me reí y dije: «Esperaré a que me nombren capitán». «No, no esperes», dijo Allo. «Seguid mi consejo y volved los dos a casa.» «No tenemos casa», dijo Pertinax. «Lo sabes tan bien como nosotros. Somos hombres acabados, un pulgar señalando hacia abajo es nuestro sino. Solo unos hombres sin esperanza se jugarían el pellejo en vuestros caballos.»

»El viejo soltó una de esas risotadas típicas de los pictos, como si se tratara de un zorro ladrando en la noche helada. «Os aprecio», dijo. «Además, os he enseñado lo poco que sabéis de caza. Seguid mi consejo y volved a casa.» «No podemos», dije yo. «Por mi parte, he perdido el favor de mi general, y Pertinax el de su tío.» «No sé nada de ese tío suyo», dijo Allo, «pero por lo que a ti respecta, Parnesius, sé que tu general te aprecia mucho». «¡Por la diosa Roma!», dijo Pertinax irguiéndose. «¿Cómo puede saber un viejo tratante de caballos lo que piensa Máximo?»

»Justo entonces (ya sabéis cómo se acercan las bestias cuando uno está comiendo), un enorme perro lobo saltó por detrás de nosotros y nuestros lebreles salieron en su persecución, y nosotros pisándoles los talones. El lobo nos condujo a una región lejana de la que jamás habíamos oído hablar, derecho como una flecha hacia el ocaso. Por fin llegamos a un alto promontorio que penetraba en un mar agitado, y en una playa de arenas grises que se hallaba justo a nuestros pies, pudimos ver unos barcos atracados. Contamos hasta cuarenta y siete navíos. No se trataba de galeras romanas sino barcos de esos, como con alas de cuervo, procedentes del norte, donde no alcanza la jurisdicción de Roma. Había hombres moviéndose en los barcos y el sol brillaba sobre los Cascos Alados de los pelirrojos hombres del norte, allí donde no alcanza la jurisdicción de Roma. Observamos, contamos los barcos, y quedamos estupefactos, porque aunque habíamos oído rumores acerca de aquellos Cascos Alados, como los pictos los denominaban, nunca habíamos tenido ocasión de contemplarlos. «¡Vámonos!, ¡vámonos de aquí!», exclamó Allo. «Mi brezo no os puede proteger en estas tierras. ¡Nos matarán a todos!» Sus piernas temblaban, al igual que su voz.

»Así que retrocedimos, cruzando los brezales, bajo la claridad de la luna hasta casi el amanecer, y entonces nuestros propios caballos cayeron rendidos cerca de unas ruinas.

»Cuando despertamos, entumecidos por el frío, Allo estaba mezclando la harina con el agua. Uno no enciende hogueras en tierra de los pictos salvo cuando está próximo a un pueblo. Estos hombrecillos están siempre enviándose señales de humo, y un fuego inesperado les saca de sus casas zumbando como

abejas. ¡Y también pueden picar! «Lo que vimos ayer noche fue una reunión de comerciantes», dijo Allo. «Una simple reunión de comerciantes.» «No me gusta oír mentiras con el estómago vacío», dijo Pertinax. «¿Debo suponer...?», tenía ojos de águila, «¿debo suponer que eso es también una reunión de comerciantes?», señaló una columna de humo que se elevaba desde la cumbre de una colina lejana, ascendiendo en lo que llamamos «la llamada de los pictos»: humarada, doble humarada, doble humarada, humarada. Conseguían ese efecto elevando y dejando caer un cuero humedecido en la hoguera. «No», dijo Allo, volviendo a introducir su plato en el morral. «Esa llamada va dirigida a nosotros. Vuestro destino ya está escrito. Vamos.»

»Le seguimos. Cuando uno marcha en dirección a los brezales debe obedecer a su picto; pero aquel maldito humo estaba a más de veinte millas de distancia, cerca de la costa este, y el día era tan cálido como un baño. «Pase lo que pase», dijo Allo, mientras nuestros caballos avanzaban resoplando, «quiero que me recordéis». «Yo no olvidaré que me has dejado sin desayunar», dijo Pertinax. «¿Qué es un puñado de avena para un romano?», preguntó el viejo. Entonces se echó a reír con aquella risa que no era una risa. «¿Qué harías tú si fueras un puñado de avena a punto de ser molido entre la piedra superior e inferior de un molino?» «Soy Pertinax, no un adivino», dijo Pertinax. «Tú lo que eres es tonto», dijo Allo. «Tus dioses y los míos están siendo amenazados por dioses extraños, y todo lo que se te ocurre es reírte.» «Los hombres amenazados viven mucho tiempo», dije yo. «Quieran los dioses que sea cierto», dijo Allo, «pero os pido de nuevo que no me olvidéis».

»Ascendimos la última de aquellas tórridas colinas y distinguimos el mar del este tres o cuatro millas más allá. Había anclada una pequeña galera a vela, como las de la Galia del Norte, con su escalerilla de desembarque colocada y su vela a media asta, y debajo de nosotros, solo en una vaguada y sujetando su caballo, estaba sentado Máximo, ¡el emperador de Britania! Vestía como un cazador, y estaba apoyado sobre su pequeño cayado; yo reconocí enseguida la silueta de su espalda y se lo dije a Pertinax. «¡Estás más loco que Allo!», exclamó. «¡Debe de ser por culpa del sol!»

»Máximo no se movió hasta que estuvimos delante de él. Entonces me miró de arriba abajo, y dijo: «¿Tienes hambre otra vez? Parece que estoy abocado a alimentarte siempre que nos encontramos. Aquí traigo comida. Allo la cocinará». «No», dijo Allo. «Un príncipe no sirve en su propia tierra a emperadores errantes. Yo alimentaré a estos dos hijos sin necesidad de pedirte permiso», y comenzó a avivar las cenizas. «Me equivoqué», dijo Pertinax. «Estamos todos locos. Habla, oh loco, llamado emperador.»

»Máximo esbozó su terrible sonrisa de labios apretados, pero mis dos años en la Muralla me habían hecho perder el miedo a una simple sonrisa. Así que no

sentí temor. «Mi intención era, Parnesius, que vivieses y murieses en la Muralla, como un simple centurión», dijo Máximo. «Pero por estas cartas», se hurgó en el pecho, «parece que piensas tan bien como dibujas».

»Extrajo varios rollos de cartas que yo había escrito a mi gente, llenas de dibujos de pictos y de osos y de hombres que había conocido en la Muralla. A mi madre y a mi hermana siempre les habían gustado mis dibujos.

»Me mostró uno que yo había titulado *Los soldados de Máximo*, en el que se veía una serie de odres llenos de vino bien repletos que eran estrujados solícitamente por el médico del hospital de Hunno. Cada vez que Máximo sacaba tropas de Britania para ayudar en la conquista de la Galia, enviaba a las guarniciones más vino, supongo que para mantenerlas tranquilas. En el Muro, a un odre de vino lo llamábamos un «Máximo». Oh, sí, y yo los había dibujado hasta en los cascos imperiales. «No hace tanto», prosiguió, «se enviaban al César los nombres de las personas que osaban hacer bromas menos mordaces que esta». «Es cierto, César», dijo Pertinax, «pero olvidas que eso era antes de que yo, el amigo de tu amigo, me convirtiese en un experto lancero».

»No llegó a apuntarle con su lanza de caza, pero la balanceó sobre su mano, ¡así! «Estaba hablando del pasado», dijo Máximo sin pestañear. «Hoy en día uno se conforma con encontrarse con muchachos que sean capaces de pensar por sí mismos, y por sus amigos», asintió mirando a Pertinax. «Fue tu padre quien me envió las cartas, Parnesius, así que no corres ningún riesgo.» «Ninguno en absoluto», dijo Pertinax frotando la punta de su lanza contra la manga. «Me he visto forzado a reducir las guarniciones en Britania, porque necesito tropas en la Galia. Ahora vengo a retirar tropas también a la Muralla», dijo. «Espero que te diviertas con nosotros», dijo Pertinax. «Somos el último despojo del Imperio, hombres sin esperanza. Yo preferiría confiarme a criminales convictos.» «¿Tú crees?», dijo muy seriamente. «Pero solo será hasta que gane la Galia. Siempre hay que arriesgar la vida, o el alma, o la paz, o cualquier otra cosa sin importancia.»

»Allo pasó por delante de la hoguera con la crujiente carne del ciervo. Nos sirvió primero a nosotros. «¡Ah!», exclamó Máximo en espera de su turno. «Veo que estáis en vuestra propia tierra. Bueno, os lo merecéis. Tengo entendido que gozas de gran prestigio entre los pictos, Parnesius.» «He cazado con ellos», dije yo. «Tal vez tenga unos cuantos amigos entre los brezales.» «Es el único hombre armado de todos vosotros que nos entiende», terció Allo, y comenzó con un largo discurso acerca de nuestras virtudes, y de cómo habíamos salvado a uno de sus nietos hacía un año de ser devorado por los lobos.

—¿Era verdad? —preguntó Una.

—Sí, pero eso ahora no viene a cuento. El hombrecillo verde tenía una

oratoria como... como Cicerón. Nos presentó como si fuésemos individuos excepcionales. Máximo no apartaba la vista de nosotros. «Ya basta», dijo él. «Hemos oído hablar a Allo acerca de vosotros. Ahora quiero que vosotros me habléis de los pictos.»

»Le conté todo lo que sabía de ellos con la ayuda de Pertinax. Un picto nunca es peligroso si te tomas la molestia de averiguar lo que quiere. Su verdadera queja es que les quemamos los brezales. Dos veces al año la totalidad de la guarnición avanzaba y les quemaba solemnemente unas diez millas de brezal hacia el norte. Rutilano, nuestro general, decía que aquello era «despejar el campo». Los pictos, por supuesto, salían en estampida y todo lo que lográbamos era destruir las flores en las que las abejas libaban en verano y arruinar los pastos de primavera de sus ovejas. «Es cierto», opinó Allo. «¿Cómo vamos a fabricar nuestro vino sagrado de brezo si quemáis el alimento de nuestras abejas?»

»Hablamos largo y tendido. Máximo hacía preguntas inteligentes que demostraban que sabía mucho sobre los pictos y que había reflexionado mucho acerca del tema. De pronto, me preguntó: «Si te concedo para su gobierno la vieja provincia de Valentia, ¿podrás mantener satisfechos a los pictos hasta que consiga hacerme con la Galia? Apártate para que no veas la cara de Allo y dime lo que piensas». «No», dije yo. «No se puede reorganizar esa provincia. Los pictos llevan demasiado tiempo siendo libres.» «Se podría respetar sus concejos locales y permitirles el reclutamiento de sus propios soldados», dijo. «Estoy seguro de que sabrías mantener las riendas flojas.» «Incluso así, no acepto», respondí. «Al menos, no por ahora. Han estado demasiado oprimidos por nosotros para que confíen en nada que lleve nombre romano, y así será durante muchos años.»

»Oí al viejo Allo detrás de mí murmurando: «¡Buen chico!». «¿Entonces, qué me recomiendas para mantener el norte tranquilo hasta que conquiste la Galia?», preguntó Máximo. «Deja a los pictos en paz», dije. «Detén de una vez la quema de brezales y, puesto que son poco previsores, envíales de vez en cuando uno o dos barcos cargados de trigo.» «Y que sus propios hombres se encarguen de distribuirlo, no un contable griego estafador», dijo Pertinax. «Sí, y permíteles que vengan a nuestros hospitales cuando estén enfermos», dije yo. «Estoy seguro de que antes preferirían morir», opinó Máximo. «No si Parnesius los trae», terció Allo. «Podría mostrarnos a veinte pictos mordidos por lobos y desgarrados por osos, en veinte millas a la redonda. Pero Parnesius tendría que estar con ellos en el hospital; de otro modo, enloquecerían de terror.» «Comprendo», dijo Máximo. «Como todo lo demás en este mundo, es trabajo de un solo hombre. Y tú eres ese hombre, creo yo.» «Pertinax y yo somos uno», dije yo. «Como quieras, siempre y cuando hagas tu trabajo. Allo,

ahora que sabes que no quiero dañar a tu gente, déjanos hablar a solas», dijo Máximo. «No hace falta», dijo Allo. «Yo soy el grano que está a punto de ser molido entre las dos ruedas de molino y tengo que saber qué papel desempeña la inferior. Estos chicos os han contado la verdad al menos hasta donde alcanzan sus conocimientos. Yo, que soy príncipe, os contaré el resto. Estoy preocupado por los hombres del norte», se sentó como una liebre entre los brezos y miró por encima de su hombro. «Yo también», dijo Máximo, «o de otro modo no estaría aquí». «Escucha», dijo Allo. «Hace tiempo, mucho tiempo, los Cascos Alados», se refería a los hombres del norte, «llegaron a nuestras playas y dijeron: “Roma se hunde, dadle un último empujón”. Luchamos contra vosotros, enviasteis ejércitos y nos derrotasteis. Después de la derrota, contestamos a los Cascos Alados: “¡Sois unos mentirosos! Devolved la vida a los hombres que Roma hizo perecer, y entonces os creeremos”. Se fueron avergonzados. Ahora regresan con osadía y siguen contando la vieja historia que ya empezamos a creer: ¡que Roma se está hundiendo!» «¡Dadme tres años de paz en la Muralla y os demostraré a vosotros y a todos esos cuervos hasta qué punto están mintiendo!», exclamó Máximo. «Ah, yo también desearía eso. Deseo salvar el poco trigo que aún queda entre las ruedas del molino. Pero vosotros nos disparáis cuando venimos a recoger un poco de hierro al gran foso; vosotros quemáis nuestros brezales, que constituyen toda nuestra cosecha, y nos hostigáis con vuestras grandes catapultas. Luego os escondéis tras la Muralla y nos abrasáis con el fuego griego. ¿Cómo puedo evitar que mis hombres escuchen a los Cascos Alados, especialmente en invierno, cuando tenemos hambre? Entonces dirán esos jóvenes: “Roma no es capaz ni de luchar ni de gobernar. Está retirando a sus hombres de Britania. Los Cascos Alados nos ayudarán a echarles abajo la Muralla. Enseñémosles, pues, los caminos secretos a través de las turberas”. ¿Acaso deseo que esto ocurra? ¡No!», y escupió como una víbora. «Guardaría los secretos de mis gentes aunque me quemasen vivo. Mis dos hijos de aquí han dicho la verdad. Dejadnos en paz a nosotros los pictos. Confortadnos, cuidad de nosotros, alimentadnos desde la distancia y con las manos detrás de la espalda. Parnesius nos entiende. Deja que él gobierne en la Muralla, y yo sujetaré a mis gentes», contó con los dedos, «durante un año con facilidad, el siguiente no tan fácilmente, y el tercero, ¡tal vez! Verás, te doy tres años. Si una vez transcurridos, no nos habéis demostrado que Roma es poderosa en hombres y terrible en la batalla, los Cascos Alados, te lo aseguro, barrerán la Muralla de costa a costa, hasta encontrarse en el medio y entonces tendréis que marcharos. Y no lo sentiré, pero sé bien que un pueblo no ayuda a otro si no es a cambio de un precio. Nosotros los pictos también tendremos que irnos. ¡Los Cascos Alados nos reducirán a esto!», y Allo lanzó al aire un puñado de polvo. «¡Oh,

diosa Roma!», se lamentó Máximo a media voz. «Todo depende del trabajo de un hombre, siempre y en todo lugar.» «Y de la vida de un solo hombre», añadió Allo. «Tú eres emperador pero no un Dios. Eres mortal.» «También yo he pensado en eso», dijo él. «Muy bien. Si este viento se mantiene, estaré en el extremo este de la Muralla al amanecer. Mañana os veré a los dos durante la revista y os nombraré comandantes de la Muralla para que cumpláis con la misión de la que hemos hablado. «Un momento, César», dijo Pertinax. «Todo hombre tiene su precio y yo no he recibido el mío todavía.» «¿También tú empiezas a regatear tan pronto?», preguntó Máximo. «¿Y bien?» «Concédeme justicia en contra de mi tío Icenus, el duunviro de Divio, en la Galia», dijo. «¿Solo me pides una vida? Creí que se trataría de dinero o de algún cargo. Lo tendrás a buen seguro. Escribe su nombre en estas tablillas... en la parte roja, la otra es para los vivos», y Máximo le extendió las tablillas. «No me sirve de nada muerto», dijo Pertinax. «Mi madre es viuda. Yo estoy lejos y no sé si le ha pagado toda su dote.» «No importa. Mi brazo llega lejos y a su debido tiempo, examinaremos la contabilidad de tu tío. Y ahora, adiós y hasta mañana, ¡oh, comandantes de la Muralla!»

»Le vimos alejarse por los brezales dirigiéndose hacia la galera. Había veintenas de pictos, a ambos lados de él, escondidos detrás de las piedras. Pero ni una sola vez miró a su izquierda o a su derecha. Zarpó con rumbo al sur, aprovechando la brisa del atardecer y, cuando la galera dejó de verse, permanecemos en silencio. Comprendimos que en la tierra quedaban pocos hombres como aquel.

»A continuación, Allo trajo los caballos y nos ayudó a montarlos, algo que no había hecho nunca antes. «Espera un instante», dijo Pertinax. Hizo un pequeño altar con turba recién cortada, coronado por ramas de brezo en flor, y colocó sobre las mismas la carta de una muchacha que vivía en la Galia. «¿Pero qué haces, amigo mío?», pregunté. «Sacrifico mi juventud perdida», contestó. Y cuando las llamas hubieron consumido el papel de la carta, pisoteó sus cenizas con el tacón. Después, cabalgamos hacia la Muralla de la que habíamos sido nombrados comandantes.

Parnesius se calló. Los niños seguían sentados y quietos, sin siquiera preguntar si esa era toda la historia. Puck les hizo un gesto y les mostró el camino que conducía fuera del bosque:

–Lo siento –murmuró–, pero ahora tenéis que marcharos.

–No le habremos hecho enfadar, ¿verdad? –dijo Una–. Parece tan lejano y meditativo...

–Dios te bendiga, no. Esperad a mañana. No falta mucho. Y recordad, habéis estado representando las *Canciones de la Antigua Roma*.

Y tan pronto como se escabulleron por el hueco de la valla, donde crecían el

roble, el fresno y el espino, eso fue todo lo que pudieron recordar.

UNA CANCIÓN PARA MITRA

¡Mitra, dios de la mañana, el son de nuestras trompetas despierta la Muralla!
¡Roma está por encima de las naciones pero tú reinas por encima de todo!
Ahora, a medida que se pasa lista y la guardia se retira a sus puestos,
¡Mitra, también soldado, danos fuerza en el día que despunta!
¡Mitra, dios de las mareas, el brezo flota en el calor,
nuestras frentes se abrasan bajo el casco y las sandalias queman nuestros pies!
Ahora, en el incierto instante, antes de que el sueño nos ciegue,
¡Mitra, también soldado, haz verdaderas nuestras promesas!

¡Mitra, dios del ocaso, tú que descienes al mar por el oeste, inmortal para volver a levantarte, inmortal!
Ahora que ya la guardia terminó y se ha escanciado el vino,
¡Mitra, también soldado, mantén nuestra pureza hasta el amanecer!
¡Mitra, dios de la noche, aquí donde muere el gran toro
vela por tus hijos que yacen en la oscuridad y, oh, recibe nuestra ofrenda!
Muchas sendas creaste, todas conducen a tu luz.
¡Mitra, también soldado, enséñanos a bien morir!

LOS CASCOS ALADOS

LOS CASCOS ALADOS

El día siguiente resultó lo que los niños llamaban una «tarde loca». El padre y la madre habían salido de visita y la señorita Blake se fue a dar una vuelta en su bicicleta, así que se quedaron solos hasta las ocho.

Después de despedirse cortésmente de sus queridos padres y de la institutriz en la puerta exterior de la casa, el jardinero les entregó una hoja de col llena de frambuesas y Ellen les preparó una merienda de locos. Se comieron las frambuesas para que no se aplastaran y tenían intención de partir la hoja de col para las tres vacas que pastaban junto al teatro, pero se encontraron con un erizo muerto al que forzosamente tenían que enterrar, y la hoja les fue de suma utilidad para tal fin.

Más tarde se acercaron a la herrería y encontraron en casa al viejo Hobden, el podador, en compañía de su hijo, el niño de las abejas, que no está del todo bien de la cabeza pero que es capaz de coger con sus manos desnudas enjambres de abejas; el niño de las abejas les recitó unos versos acerca del luciérnaga:

Si tuviera ojos para ver,
ningún mortal me molestaría.

Merendaron junto a las colmenas, y Hobden dijo que el bizcocho que Ellen les había dado era casi tan bueno como el que solía hacer su mujer, y luego les mostró a qué altura se debe colocar un alambre para cazar liebres; la trampa de los conejos ya la conocían.

Después ascendieron por la Acequia Larga para introducirse en la parte inferior del Bosque Lejano. Aquel extremo era más triste y umbrío que el lugar donde se encontraba Volaterrae, a causa de una ciénaga llena de agua negra donde nacía un musgo llorón y abundante que colgaba de los tocones de los sauces y de los alisos. A pesar de ello, los pájaros iban a posarse a las ramas muertas, y Hobden decía que la amarga agua de sauce es como una medicina para los animales enfermos.

Se sentaron en el tronco de un roble talado a la sombra de las hayas, y estaban haciendo lazos con los alambres que Hobden les había dado, cuando vieron a Parnesius.

—¡Qué silencioso vienes! —dijo Una desplazándose para hacerle sitio—. ¿Dónde está Puck?

—El fauno y yo hemos discutido acerca de si es buena idea que os cuente toda

mi historia o no –replicó.

–Yo lo único que he dicho es que, si la cuenta tal y como ocurrió, no la entenderíais –dijo Puck, saltando como una ardilla desde detrás del tronco.

–Yo no entiendo todo –dijo Una–. Pero me gusta saber cosas de los pequeños pictos.

–Lo que yo no entiendo –dijo Dan– es cómo Máximo sabía tantas cosas de los pictos estando lejos en la Galia.

–Todo aquel que se convierte en emperador en cualquier lugar tiene que saberlo todo, dondequiera que esté –dijo Parnesius–. El propio Máximo nos lo dijo después de los juegos.

–¿Juegos? ¿Qué juegos? –preguntó Dan.

Parnesius estiró el brazo con rigidez y apuntó al suelo con el pulgar.

–Gladiadores. Ese tipo de juegos –dijo–. Hubo dos días de juegos en su honor cuando desembarcó inesperadamente en Segedunum, en el extremo oriental de la Muralla. Sí, el día después de nuestro encuentro con él tuvimos dos días de juegos; pero creo que el que corrió más riesgo no fue ninguno de los infelices que se batieron en la arena, sino el propio Máximo. En los viejos tiempos, las legiones guardaban silencio en presencia del emperador. ¡Cosa que no hicimos nosotros! Podías oír el clamor al unísono de la protesta avanzando hacia el oeste a lo largo de la Muralla, en el momento en que estaba siendo transportado en su silla, oscilante entre la multitud. La guarnición se apiñaba a su alrededor, gritando, gastando bromas, exigiendo la paga o solicitando cambios de alojamiento o cualquier otra cosa que se les pasase por su imaginación delirante. Esa silla era como un barquito entre las olas, elevándose y hundiéndose, pero siempre resurgiendo de nuevo en un abrir y cerrar de ojos – Parnesius tembló al recordarlo.

–¿Estaban enfadados con él? –preguntó Dan.

–No más que lobos enjaulados cuando ven entrar al domador. Si les hubiera dado la espalda un instante, o si durante un instante hubiera dejado de sostenerles la mirada, otro emperador habría sido proclamado en la Muralla en ese momento. ¿No fue así, fauno?

–Así fue. Y así seguirá siendo siempre –dijo Puck.

–A última hora de la tarde su mensajero vino a buscarnos y le seguimos hasta el templo de la Victoria, en donde se alojaba en compañía de Rutilano, el general de la Muralla. Apenas había visto antes al general, pero siempre me había concedido permiso cuando deseaba irme a coger el brezo. Era un gran glotón, llevaba consigo cinco cocineros asiáticos, y procedía de una familia que creía en los oráculos. Pudimos oler su comida exquisita nada más entrar, pero las mesas estaban vacías. Él yacía refunfuñando sobre un diván. Máximo estaba sentado en el otro extremo de la habitación, entre los largos rollos de

contabilidad. Las puertas se cerraron tras nosotros. «Estos son tus hombres», dijo Máximo al general, quien abrió los ojos con ayuda de sus dedos gotosos sobre los párpados y nos miró con la expresión de un pez. «Los reconoceré, César», dijo Rutiliano. «Muy bien», contestó Máximo. «Y ahora, ¡escucha! No vas a mover ni un solo hombre ni un escudo a menos que estos muchachos te lo indiquen. No harás nada, excepto comer, sin su permiso. Ellos son la cabeza y los brazos. Tú eres el estómago.» «Como el César ordene», aceptó el viejo. «Con tal de que mi paga y mis beneficios se mantengan, puedes convertir al Oráculo de mis Antepasados en mi jefe. ¡Roma está acabada! ¡Roma está acabada!», a continuación se giró hacia un lado para echarse a dormir. «Está concedido», dijo Máximo. «Ahora vamos al grano.»

»Desenrolló varios documentos en los que constaba el número de hombres y suministros que había en la Muralla, hasta el número de enfermos que había ese mismo día en el hospital de Hunno. ¡Ay, pero cómo me lamenté cuando vi que su pluma iba tachando destacamento tras destacamento de nuestras mejores unidades, es decir, de los menos inútiles! Tomó dos torres de nuestros escitas, dos de nuestras tropas auxiliares del norte de Britania, dos cohortes númeradas, todas las tropas de Dacia y la mitad de los belgas. Era como un águila picoteando en la carroña. «Y ahora veamos, ¿cuántas catapultas tenéis?», añadió tomando una nueva lista, sobre la que Pertinax, de pronto, colocó su mano abierta. «No, César», dijo él. «No tienes demasiado a los dioses. Llévate hombres o máquinas, pero no ambos; si no, renunciaremos a nuestro cargo.»

—¿Máquinas? —preguntó Una.

—Las catapultas de la Muralla, artefactos pesados de más de doce metros de altura que lanzaban sacos con piedras o proyectiles de metal forjado. Nadie podía contra ellas. Por fin nos dejó las catapultas, pero se llevó la mitad de nuestros hombres sin piedad alguna. Cuando enrolló de nuevo las listas, no éramos más que una sombra de lo que habíamos sido. «¡Ave, César, los que van a morir te saludan!», dijo Pertinax riendo. «Si algún enemigo se apoya contra la Muralla ahora, la derrumbará al instante.» «Dame los tres años de los que habló Allo», respondió, «y tendrás aquí veinte mil hombres elegidos por vosotros mismos. Pero ahora se trata de una apuesta, un juego contra los dioses y en el que los premios son Britania, Galia y tal vez Roma. ¿Estáis de mi lado?». «Lo estamos, César», dije yo, porque jamás había visto un hombre como aquel. «Bien, mañana», dijo, «os proclamaré ante vuestras tropas comandantes en jefe de la Muralla».

»Salimos a la luz de la luna, adonde estaban limpiando el suelo después de los juegos. Distinguimos a la diosa Dea en lo alto de la Muralla, la escarcha sobre su casco y su lanza dirigida hacia la estrella Polar. Distinguimos el parpadeo de las hogueras a lo largo de las atalayas, y la silueta de las oscuras catapultas que se

iban haciendo más y más pequeñas en la distancia. Conocíamos muy bien todas estas cosas; pero esa noche tenían un aspecto extraño, porque sabíamos que al día siguiente estarían bajo nuestro mando.

»Nuestros hombres se tomaron bien la noticia. Pero cuando Máximo se marchó con la mitad de nuestras tropas, y tuvimos que repartirnos entre las torres vacías, y la gente de la ciudad se quejó de que el comercio se arruinaría, y soplaron los vendavales del otoño, vinieron días difíciles. Pertinax fue más que mi mano derecha. Habiendo nacido y crecido en las grandes villas rurales de la Galia, sabía bien cómo dirigirse a todos, desde los centuriones nativos de Roma, hasta aquellos perros de la Tercera, los libios. A todos hablaba como si fueran tan nobles como él. Pero yo estaba tan obcecado en las cosas que había que hacer, que llegué a olvidar que solo pueden llevarse a cabo con ayuda de los hombres. Y esto fue un error.

»A los pictos no los temía, al menos durante aquel año, pero Allo me amenazó con que muy pronto los Cascos Alados desembarcarían en ambos extremos de la Muralla para demostrar a los pictos lo débiles que éramos. Así que me preparé con rapidez, y no era demasiado pronto. Desplacé a mis mejores hombres a ambos extremos de la Muralla e instalé catapultas camufladas en la playa. Los Cascos Alados llegarían antes de que comenzasen las tormentas de nieve, en expediciones de diez o doce naves, a Segedunum o a Ituna, según soplaste el viento.

»Cuando una nave llega a tierra, su tripulación tiene necesariamente que recoger velas. Si esperas a que los hombres se reúnan al pie de la vela, las catapultas pueden lanzar redes llenas de piedras sueltas, ya que las flechas solo lograrían agujerear la lona dentro de la vela. Entonces la nave se vuelca y el mar queda limpio de nuevo. Puede que unos cuantos hombres logren alcanzar la orilla, pero son muy pocos... No resultó una tarea dura, salvo por la espera en la playa entre tormentas de arena y nieve. Y así fue como tratamos aquel invierno a los Cascos Alados.

»Al inicio de la primavera, cuando el viento del este soplaba como cuchillos afilados, llegaron de nuevo a Segedunum con gran número de barcos. Allo me dijo que no descansarían hasta ocupar una de nuestras torres en una lucha cuerpo a cuerpo. Y lo cierto es que peleamos cuerpo a cuerpo durante un largo día. Y cuando todo se hubo terminado, un hombre saltó de los restos de su nave y nadó hacia la orilla. Yo me quedé esperando y una ola lo arrastró hasta mis pies.

»Me incliné hacia él y vi que llevaba colgada una medalla como la mía – Parnesius se llevó la mano al cuello—. Entonces, en cuanto pudo hablar, le hice una pregunta que solo puede ser contestada de un determinado modo. Me respondió con la palabra correcta, la palabra que pertenece al grado de los

Grifos en la ciencia de Mitra, mi dios. Le cubrí con mi escudo hasta que pudo ponerse en pie. Ya veis que yo no soy bajo, pero él me sacaba una cabeza. Dijo: «¿Y ahora qué?». Y yo contesté: «Hermano, eres libre de quedarte o de irte».

»Entonces miró hacia el mar. Había una nave sin dañar, fuera del alcance de las catapultas. Mandé parar las catapultas y él hizo una seña a la nave con el brazo para que se aproximara. Se acercó como un perro acude hacia su amo. Cuando el barco estuvo a unos cien pasos de la playa, él se apartó los cabellos y nadó hacia ella. Fue izado por los que estaban abordo, y se marcharon. Sabía que los que adoran a Mitra son muchos y de distintas razas y, en consecuencia, no di demasiada importancia al hecho.

»Un mes más tarde, me encontré a Allo con sus caballos (junto al templo de Pan, oh fauno), y me entregó un gran collar de oro con incrustaciones de coral.

»Al principio creí que se trataba de un soborno de algún comerciante de la ciudad, dirigido al viejo Rutiliano. «No», dijo Allo. «Es un regalo de Amal, el Casco Alado que salvaste en la playa. Dice que eres un hombre.» «Él también es un hombre. Dile que me pondré su regalo», contesté. «Oh, Amal es un joven alocado, pero hablemos como hombres sensatos, tu emperador está realizando tales hazañas en la Galia que los Cascos Alados anhelan convertirse en amigos suyos, o mejor aún, en amigos de sus servidores. Creen que tú y Pertinax podríais llevarlos a la victoria.»

»Allo me miró como un cuervo tuerto. «Allo», le dije, «tú eres el grano entre las dos ruedas de molino. Conténtate con que muelan uniformemente y no metas las manos entre ellas». «¿Yo?», dijo Allo. «Odio a Roma tanto como a los Cascos Alados; pero si estos pensarán que algún día tú y Pertinax os uniréis a ellos en contra de Máximo, os dejarían en paz mientras consideráis el asunto. Tú, yo y Máximo necesitamos tiempo. Deja que lleve a los Cascos Alados un mensaje esperanzador, algo que les obligue a convocar un consejo. Nosotros los bárbaros nos parecemos todos. Nos pasamos sentados más de la mitad de la noche para discutir lo que ha dicho un romano. ¿Qué me dices?» «No tenemos hombres. Tenemos que luchar con las palabras», dijo Pertinax. «Deja el asunto en mis manos y en las de Allo.»

»Así que Allo llevó el mensaje a los Cascos Alados de que no lucharíamos contra ellos si ellos no nos atacaban, y ellos, que creo que estaban un poco hartos de perder hombres en el mar, aceptaron una especie de tregua. Supongo que Allo, que por ser vendedor de caballos era dado a las mentiras, también les dijo que algún día podríamos levantarnos contra Máximo, del mismo modo que Máximo se había levantado contra Roma.

»Lo cierto es que permitieron el paso hacia el norte, y sin el menor daño, a los barcos cargados de grano que envié a los pictos en aquella estación. Por eso los pictos estuvieron bien alimentados ese invierno, y puesto que, de alguna

manera, los consideraba hijos míos, yo me alegré de ello. Solo teníamos dos mil hombres en la Muralla, y yo escribí muchas veces a Máximo para pedirle (o suplicarle) que me enviase al menos una cohorte de mis antiguas tropas del norte de Britania. Pero él no podía permitírselo. Las necesitaba todas para seguir obteniendo más victorias en la Galia.

»Más tarde llegó la noticia de que había derrotado y asesinado al emperador Graciano, y pensando que ahora tenía que estar a salvo, volví a escribirle pidiéndole hombres. Me contestó: *Ya te llegará la noticia de que por fin he ajustado cuentas con el cachorro de Graciano. No había necesidad de que muriese, pero empezaba a estar confuso y había perdido la cabeza, cosa que no es bueno que le ocurra a un emperador. Dile a tu padre que estoy muy satisfecho de conducir solo dos mulas, porque, a menos que el hijo de mi viejo general considere que su destino es destituirme, pronto seré emperador de Britania y de Galia, y entonces, vosotros, hijos míos, tendréis todos los hombres que os sean necesarios. Por ahora no puedo prescindir de ninguno.*

–¿Qué quería decir con lo del hijo de su general? –preguntó Dan.

–Se refería a Teodosio el emperador de Roma, que era el hijo de Teodosio el general a cuyas órdenes había luchado Máximo en la guerra contra los pictos. Los dos hombres nunca congeniaron bien, y cuando Graciano nombró al joven Teodosio emperador de Oriente (al menos eso fue lo que oí), Máximo trasladó su enemistad a la segunda generación. Marcó su destino y fue también su ruina. Pero Teodosio el emperador es un hombre bueno, según tengo entendido –Parnesius calló durante un momento y luego prosiguió–: Contesté a la carta de Máximo diciéndole que, aunque teníamos paz en la Muralla, me sentiría mejor con unos cuantos hombres más y alguna catapulta nueva. Contestó: *Tienes que vivir algún tiempo más a la sombra de mis victorias, hasta que yo me entere qué pretende el joven Teodosio. Puede darme la bienvenida como emperador hermano o puede estar preparando un ejército. En ambos casos, me es imposible ahora prescindir de mis hombres.*

–Siempre decía lo mismo –exclamó Una.

–Es que era verdad. No ponía excusas, pero gracias, como dijo, a las noticias de sus victorias, estuvimos muchísimo tiempo en la Muralla sin tener ningún altercado. Los pictos engordaban como sus ovejas en los brezales, y todos los hombres que me quedaban sabían manejar sus armas a la perfección. Sí, la Muralla parecía inexpugnable. Solo yo sabía lo frágil que éramos en realidad. Sabía que incluso ante un rumor falso de derrota de Máximo, los Cascos Alados podrían atacarnos, y en ese caso ¡acabarían con la Muralla! Los pictos nunca me preocuparon pero en esos años aprendí cosas acerca de la fuerza de los Cascos Alados. Cada día aumentaba su fuerza, mientras que yo me veía incapaz de incrementar el número de hombres. Máximo había dejado una

Britania vacía a nuestro cargo, y me sentí como un hombre con un palo podrido frente a un vallado roto para impedir la salida de unos toros.

»Y así era, amigos míos, la vida que llevábamos en la Muralla, a la espera, siempre a la espera de los hombres que Máximo nunca enviaba.

»Poco después nos llegó una carta en la que anunciaba que estaba preparando un ejército para luchar contra Teodosio. Pertinax me leyó la carta en nuestro cuarto: *Dile a tu padre que el destino me obliga a conducir las tres mulas o a ser despedazado por ellas. Espero terminar con Teodosio, hijo de Teodosio, en el plazo de un año y de una vez por todas. Entonces tendrás que gobernar Britania y Pertinax, si así lo desea, la Galia. Me gustaría que estuvieseis aquí para que me ayudaseis a entrenar a mis tropas auxiliares. Os ruego que no hagáis caso de los rumores que corren acerca de mi enfermedad. Tengo un pequeño malestar que pienso curarme en cuanto entre cabalgando en Roma.*

»Y a esto dijo Pertinax: «Es el fin de Máximo. Escribe como un hombre sin esperanza. Yo, que también soy un hombre sin esperanza, puedo verlo. ¿Qué añade al final de rollo? Escucha: *Dile a Pertinax que he conocido a su tío, el duunviro de Divio, y que me ha rendido cuentas con escrupulosa exactitud del dinero de su madre. A ella la he enviado con la correspondiente escolta, puesto que es la madre de un héroe, a Nicea, donde el clima es cálido.* Esto es la prueba», dijo Pertinax. «Nicea no está lejos de Roma por mar. En caso de guerra, desde allí una mujer puede tomar un barco e ir a Roma. Sí, Máximo presiente su muerte y está tratando de cumplir sus promesas una por una. De todos modos, me alegro de que conociera a mi tío.» «¿Hoy lo ves todo negro?», pregunté. «Lo veo como es. Los dioses se han cansado del juego que hemos entablado contra ellos. Teodosio destruirá a Máximo. ¡Está acabado!» «¿Le vas a escribir diciéndole eso?», dije yo. «Ya verás lo que escribo», contestó y, tomando una pluma, escribió una carta alegre como la luz del día y tierna como una mujer, plagada de bromas. Incluso yo, que la leía por encima de su hombro, me sentí reconfortado por ella, ¡hasta que le vi la cara! «Y ahora», dijo él sellándola, «somos dos hombres muertos, querido hermano. Vayamos al Templo».

»Rezamos durante un rato a Mitra, en el mismo lugar donde habíamos orado tantas veces. Después de eso, vivimos días y más días entre rumores de calamidades, hasta que llegó el invierno de nuevo.

»Ocurrió que una mañana cabalgamos hasta la costa este, y nos encontramos en la playa con un hombre de pelo rubio, medio congelado, atado a unos maderos rotos. Le pusimos boca arriba y comprobamos por la insignia de su cinturón que se trataba de un godo de la legión del este. De repente abrió los ojos y chilló a voz en cuello: «¡Está muerto! Yo traía las cartas pero los Cascos Alados hundieron la nave». Y diciendo esto, murió en nuestros brazos.

»No tuvimos que preguntar quién había muerto. ¡Ya lo sabíamos! Galopamos hacia Hunno, adelantándonos al temporal de nieve, pensando que tal vez Allo podría estar allí. Lo encontramos en nuestros establos y, al contemplar nuestras caras, adivinó lo que íbamos a decirle. «Fue en una tienda de campaña, junto al mar», tartamudeó Allo. «Teodosio mandó que lo decapitaran. Mientras esperaba a ser ejecutado, os escribió una carta y os la envió, pero los Cascos Alados abordaron la nave y se apoderaron de ella. La noticia corre ya por los brezales como la pólvora. No me culpéis por ello, ya no puedo mantener sujetos a mis hombres durante más tiempo. «Me gustaría poder decir lo mismo de nuestros hombres», dijo Pertinax riendo. «¡Demos gracias a Dios de que no pueden huir!» «¿Qué hacéis?», preguntó Allo. «Traigo una orden, o un mensaje, de los Cascos Alados para que os unáis a ellos con vuestros hombres, para marchar hacia el sur y saquear Britania.» «Lo siento», dijo Pertinax, «pero estamos aquí atrincherados precisamente para evitar eso». «Si les llevo ese mensaje de vuelta me matarán», dijo Allo. «Siempre les he prometido a los Cascos Alados que os rebelaríais cuando Máximo cayese. Yo... yo no sospechaba que pudiese suceder.» «Pues ya ves, mi pobre bárbaro», dijo Pertinax riendo. «Nos has vendido demasiados caballos buenos para que te devolvamos a tus amigos. Te haremos prisionero, aunque en realidad seas un embajador.» «Sí, eso será lo mejor», dijo Allo sujetando el ronzal de un caballo. Le atamos flojo, porque era un anciano. «Ahora los Cascos Alados vendrán a buscarte, y eso nos dará más tiempo. Fijaos hasta qué punto condiciona a un hombre la costumbre de ganar tiempo», dijo Pertinax mientras ataba la sogá. «No», discrepé yo. «El tiempo juega a nuestro favor. Si Máximo nos escribió una carta mientras estaba prisionero, Teodosio debe de haber enviado la nave que la trajo. Si puede enviar naves, puede enviar hombres.» «¿Y en qué nos beneficiará eso?», dijo Pertinax. «Nos debemos a Máximo, no a Teodosio. Aun suponiendo que, por un milagro de los dioses, Teodosio nos enviase ayuda desde el sur y se salvase la Muralla, no podemos esperar nada mejor que el mismo final que tuvo Máximo.» «Nuestro deber es defender la Muralla, sin importarnos quién sea el emperador que muera o mande matar», dije yo. «Eso es más bien propio de tu hermano el filósofo», dijo Pertinax. «Yo no guardo esperanza alguna, así que me abstengo de decir frases solemnes y estúpidas. ¡Pon la Muralla en pie de guerra!»

»Armamos la Muralla de un extremo a otro. Les explicamos a los oficiales que había rumores de la muerte de Máximo, lo que podría provocar un ataque de los Cascos Alados y añadimos que, aun cuando la noticia fuese cierta, estábamos seguros de que Teodosio nos enviaría refuerzos para salvar Britania. En consecuencia, teníamos que resistir a toda costa. Queridos amigos, por encima de todo, es extraño ver cómo los hombres reciben las malas noticias.

Ocurre a menudo que los más fuertes hasta el momento se convierten en los más débiles, mientras que los débiles parecen crecerse y apoderarse de la fortaleza de los mismos dioses. Eso fue lo que pasó con nosotros. No obstante, las bromas de Pertinax, su educación y su trabajo, habían transmitido durante los últimos años valor y destreza entre nuestros pobres soldados, en medida muy superior a lo que había imaginado. Incluso nuestra cohorte libia (la Tercera) se formó con sus corazas de cuero sin emitir la menor queja.

»Después de tres días llegaron siete jefes y ancianos de los Cascos Alados. Entre ellos estaba ese joven alto, Amal, a quien yo había salvado en la playa; sonrió al reconocer mi collar. Los recibimos con todos los honores, pues venían en calidad de embajadores. Les mostramos a Allo, vivo pero atado. Pensaban que lo habíamos matado, y comprobé que no les habría molestado de haber sido cierto. Allo también se dio cuenta de ello, y sí se molestó. Después, en nuestro cuartel de Hunno, celebramos una asamblea.

»Dijeron que Roma estaba acabada y que debíamos unirnos a ellos. Me ofrecieron el gobierno de toda la Britania del sur, después de haberles pagado el correspondiente tributo.

»Yo les contesté que tuvieran paciencia, que esta Muralla no era un botín. Les pedí pruebas de que mi general estuviera muerto. «No», dijo uno de los ancianos, «danos tú pruebas de que vive».

»Y otro añadió astutamente: «¿Qué nos concederás si te leemos sus últimas palabras?». «No somos comerciantes para andar regateando», exclamó Amal. «Además, yo debo mi vida a este hombre. Tiene derecho a la prueba que solicita», me lanzó una carta, en la que reconocí el sello de Máximo. «Rescatamos esto de la nave que hundimos», exclamó. «Yo no sé leer, pero sí soy capaz de reconocer una señal que me haga creer en lo que digo.»

»Me mostró entonces una mancha oscura sobre el exterior del rollo en la que mi triste corazón reconoció la valerosa sangre de Máximo. «¡Léela!», exigió Amal. «¡Léela y déjanos oír a quién servís!»

»Pertinax echó un vistazo a la carta y dijo con voz suave: «La leeré de arriba abajo. ¡Escuchad, bárbaros!». Y a continuación leyó aquello que desde aquel momento he llevado muy cerca del corazón.

Parnesius extrajo de su cuello un pergamino sucio y arrugado, y comenzó a leer en voz baja:

Para Parnesius y Pertinax, los valerosos comandantes en jefe de la Muralla, de Máximo, que fue una vez emperador de la Galia y de Britania, hoy prisionero a la espera de la muerte en el campamento de Teodosio, junto al mar. ¡Saludos y adiós!

»«Es suficiente», dijo el joven Amal. «Aquí está vuestra prueba. ¡Es hora de uniros a nosotros!»

»Pertinax le observó en silencio durante un rato largo, hasta que aquel hombre rubio enrojeció como una muchacha. Entonces Pertinax siguió leyendo:

En mi vida he hecho con complacencia mucho mal a todos aquellos que me han deseado mal, pero si alguna vez os he perjudicado a alguno de vosotros dos, me arrepiento y pido perdón. Las tres mulas que he intentado conducir me han destrozado, tal y como profetizó tu padre, Parnesius. Las espadas desenvainadas me aguardan en la puerta de la tienda para darme la muerte que yo di a Graciano. Por lo tanto, yo, vuestro general y emperador, os concedo la libertad y la honorable dimisión de vuestros cargos a mi servicio que aceptasteis, no por dinero ni porque fuera vuestro deber, sino, como me consuela pensar, por amor hacia mí.

»«¡Por la luz del sol!», interrumpió Amal. «¡Pues sí que era un hombre valeroso! Es posible que también nos hayamos equivocado con sus subordinados.» Y Pertinax prosiguió con la lectura:

Me habéis concedido el tiempo que os pedí. Si he fracasado al emplearlo, no debéis lamentarlo. Hemos jugado una espléndida partida contra los dioses, sin recordar que ellos tienen los dados trucados, y debo pagar mi apuesta. Recordad que yo he existido, pero Roma existirá siempre. Que Pertinax sepa que su madre está a buen recaudo en Nicea y su fortuna queda a cargo del prefecto de Antípolis. Envía mis saludos a tu madre y a tu padre, Parnesius, cuya amistad fue tan valiosa para mí. Enviad también mi afecto a los pequeños pictos y a los Cascos Alados con el lenguaje que sus cabezas duras puedan entender. Hoy mismo, si todo hubiera ido bien, os habría enviado tres legiones. No me olvidéis, hemos trabajado juntos. ¡Adiós, adiós, adiós...!

»Aquella fue la última carta que escribió mi emperador (los niños pudieron oír el crujido del pergamino cuando Parnesius lo guardó en su sitio). «Me equivoqué», dijo Amal. «Los servidores de ese hombre jamás cederán si no es a golpe de espada. Y me alegro de ello», después me extendió la mano. «Pero Máximo les ha relevado de sus obligaciones», dijo uno de los ancianos. «Sois libres de servir o de gobernar a quien queráis. Uníos a nosotros. No os digo que nos sigáis, sino que os unáis a nosotros.» «Os lo agradecemos», dijo Pertinax. «Pero Máximo nos ha pedido que os habláramos con el lenguaje (perdonadme que vuelva a usar las palabras que él ha utilizado) que vuestras duras cabezas puedan entender.»

»Al decir esto, señaló, más allá de la puerta abierta, una de las catapultas dispuesta a disparar. «Te comprendemos», dijo el anciano. «La Muralla tiene que ganarse a pulso. ¿No es así?» «Lo lamento de veras», replicó Pertinax riéndose: «Tendréis que conquistar la Muralla», y les ofreció a todos una copa de nuestro mejor vino del sur.

»Bebieron y se mesaron sus barbas rubias en silencio, hasta que se levantaron para marcharse. Dijo Amal, estirándose (porque, al fin y al cabo, eran bárbaros): «Somos buenos tipos. Me pregunto qué haran los cuervos y los perros marinos con algunos de los que estamos aquí, antes de que esta nieve se derrita».

«Pensad mejor qué es lo que Teodosio nos puede enviar», contesté, y aunque se rieron, me di cuenta de que mi gracia les había preocupado.

»Solo el viejo Allo permaneció un poco más entre nosotros. «¿Os dais cuenta?», dijo parpadeando. «No soy más que su perro. Tan pronto les haya mostrado los atajos secretos que atraviesan las ciénagas, me darán una patada como a un perro cualquiera.» «En ese caso, yo no tendría prisa por mostrarles esos atajos», dijo Pertinax, «al menos hasta que tuviera la certeza de que Roma no puede salvar la Muralla». «¿Tú crees? ¡Ay, de mí!», dijo el pobre viejo. «Solo quiero la paz para mis gentes», y salió detrás de los altos Cascos Alados, dando traspiés por la nieve.

»Así pues, poco a poco, la guerra se fue cerniendo lentamente sobre nosotros, que es lo peor para las tropas que carecen de confianza en el futuro. Al principio, los Cascos Alados atacaron desde el mar como habían hecho con anterioridad, y allí nos enfrentamos a ellos con nuestras catapultas, y los echamos atrás. Sin embargo, durante mucho tiempo, parecieron desconfiar de sus patas de pato en tierra firme, y creo que cuando llegó el momento de revelar los secretos de su tribu, los pictos se mostraron temerosos o avergonzados de indicarles los caminos entre los brezos. Me enteré de ello por medio de un prisionero picto. Eran tan espías nuestros como enemigos, porque los Cascos Alados los oprimían y se apoderaban de sus provisiones para el invierno. ¡Ah, estúpida gentecilla!

»Después los Cascos Alados comenzaron a presionar desde los dos extremos de la Muralla. Yo envié correos hacia el sur para conocer en qué situación se encontraba Britania, pero ese invierno los lobos estaban muy atrevidos y dominaban las tierras que se extendían entre los acuartelamientos abandonados, en los que antes se habían alojado las tropas. Ninguno de mis emisarios regresó. También tuvimos problemas con la escasez de piensos para nuestros caballos a lo largo de la Muralla. Yo conservé a diez de ellos y lo mismo hizo Pertinax. Vivíamos y dormíamos sobre la montura, cabalgando hacia el este o hacia el oeste, y nos comíamos a aquellos caballos que caían agotados. La gente de la ciudad también nos causó problemas hasta que conseguí reunirlos en un barrio detrás de Hunno. Demolimos la Muralla en cada uno de sus extremos para construir una especie de ciudadela. Nuestros hombres luchaban mejor en combate cuerpo a cuerpo.

»Hacia el final del segundo mes estábamos inmersos en una guerra abierta, tal como un hombre puede hundirse en un ventisquero o en una pesadilla. Creo que hasta luchábamos en sueños. A mí me consta haber ido y vuelto a la Muralla sin recordar nada de lo que había sucedido en el medio, aunque tenía la garganta afónica de dar órdenes y mi espada, según podía ver, había sido utilizada.

»Los Cascos Alados lucharon como lobos, todos en grupo. Allí donde habían sufrido mayor número de bajas, volvían a la carga con mayor furia. Aquella táctica resultaba dura para los defensores, pero evitaba que entrasen a raudales en Britania.

»En aquellos días, Pertinax y yo anotábamos en el yeso del arco de ladrillos de Valentia los nombres de las torres y los días en que, una por una, habían ido cayendo. Necesitábamos llevar este registro.

»¿Y la guerra? La guerra era siempre dura a la izquierda y a la derecha de la gran estatua de la diosa Roma, cerca de la casa de Rutilano. ¡Por la luz del sol...! Aquel viejo gordo, a quien no habíamos tenido en cuenta, rejuveneció en medio del estruendo de las trompetas. Recuerdo haberle oído decir que su espada era un oráculo. «Vamos a consultar el oráculo», solía decir, y ponía la empuñadura contra la oreja y sacudía la cabeza con convencimiento. «A Rutilano se le permite vivir todo el día de hoy», solía decir. Y envolviéndose en la capa, jadeaba, tosía y peleaba con bravura. Oh, por toda la Muralla corrían chistes en abundancia que reemplazaban la escasez de comida.

»Resistimos durante dos meses y diecisiete días, siendo en todo momento acosados por tres flancos que nos reducían a un espacio más pequeño. Allo nos envió varias veces noticia de que los refuerzos iban a llegar. No le creímos, pero alentaba a nuestros hombres.

El final no llegó con gritos de júbilo, sino como un sueño. De repente, los Cascos Alados nos dejaron en paz durante una noche y el día siguiente, plazo demasiado largo para unos hombres exhaustos. Primero conciliábamos el sueño de forma ligera, esperando ser despertados en cualquier momento, y luego caíamos dormidos como troncos, allí donde nos halláramos. ¡Ojalá que no lleguéis nunca a necesitar esa clase de sueño! Cuando me desperté, nuestras torres estaban ocupadas por hombres extraños y armados que observaban cómo roncábamos. Desperté a Pertinax y nos pusimos en pie de un salto. «¿Qué pasa?», dijo un joven con coraza limpia. «¿Vais a luchar contra Teodosio? ¡Mirad!»

»Miramos hacia el norte y vimos la nieve manchada de rojo. No había un solo Casco Alado. Entonces miramos hacia el sur y vimos la nieve blanca y las águilas de dos poderosas legiones, acampadas en las cercanías. Tanto al este como al oeste vimos llamas y lucha, pero en Hunno todo parecía tranquilo. «No os preocupéis más», dijo el joven. «El brazo de Roma es largo. ¿Dónde están los que comandan la Muralla?»

»Le contestamos que éramos nosotros. «¡Pero vosotros sois viejos de pelo cano!», exclamó él. «Máximo dijo que erais jóvenes.» «Sí, eso era cierto hace unos años», dijo Pertinax. «¿Qué va a ser ahora de nosotros, bello y bien alimentado jovenzuelo?» «Me llamo Ambrosio y soy secretario del

emperador», contestó. «Mostradme la carta que Máximo escribió desde una tienda de campaña en Aquileia y quizás os crea.»

»La saqué de mi pecho, y una vez leída, nos saludó diciendo: «Vuestro destino está en vuestras manos. Si escogéis servir a Teodosio, os concederá una legión. Si, por el contrario, os conviene más volver a vuestras casas, os concederá el triunfo». «Preferiría un baño, vino, comida, un afeitado, jabones, aceites y esencias», dijo Pertinax riendo. «Ahora veo que todavía eres un muchacho», dijo Ambrosio. «¿Y tú?», dijo dirigiéndose a mí. «No tenemos nada en contra de Teodosio, pero en tiempos de guerra...», comencé. «En la guerra ocurre como en el amor», sentenció Pertinax. «Para bien o para mal, uno da lo mejor de sí mismo a uno solo. Y una vez se ha dado todo, no queda nada que dar a otro, ni que recibir.» «Eso es cierto», dijo Ambrosio. «Yo estuve con Máximo antes de que muriese. Advirtió a Teodosio de que vosotros nunca le serviríais y, sinceramente, lo siento por mi emperador.» «Tiene a Roma para consolarle», dijo Pertinax, «solo apelo a tu amabilidad para que nos dejes marchar a casa y quitarnos este olor de las narices».

»¡En cualquier caso, nos concedió el triunfo!

–¡Y bien merecido lo teníais! –dijo Puck lanzando unas hojas a las aguas tranquilas de la ciénaga. Los negros y oleosos círculos concéntricos se extendieron oscilantes sobre su superficie y los niños los observaron.

–¡Me gustaría saber muchas cosas más! –dijo Dan–. ¿Qué le pasó al viejo Allo? ¿Volvieron los Cascos Alados? ¿Y qué hizo Amal?

–¿Y que pasó con el viejo general gordo de los cinco cocineros? –preguntó Una–. ¿Y qué dijo tu madre cuando volviste a casa?

–Pues dirá que lleváis demasiado tiempo junto a esta ciénaga y que ya es muy tarde –sonó la voz de Hobden a sus espaldas–. Ptss... –susurró.

Y se quedó inmóvil al distinguir, a veinte pasos de donde estaban los niños, un magnífico ejemplar de zorro sentado sobre sus posaderas, que miraba a los niños como si fuera un amigo de toda la vida.

–Oh, señorito Zorro, señorito Zorro –musitó Hobden en un susurro–. Si supiera todo lo que tienes en la cabeza, me enteraría de muchas cosas que merecen la pena. Señoritos Dan y Una, vengan conmigo a cerrar la puerta de mi precioso gallinero.

UNA CANCIÓN DE LOS PICTOS

Roma nunca mira donde pisa
y continuamente caen sus pesados talones
sobre nuestros estómagos, nuestros corazones o nuestras cabezas,
y Roma nunca prestó atención a nuestros lamentos.
Sus centinelas pasan por delante, eso es todo,
mientras que nosotros, una horda a sus espaldas,
conspiramos para reconquistar la Muralla,
con las lenguas como única espada.

Somos el pueblo pequeño,
demasiado pequeño para el amor o el odio.
Dejadnos solos y veréis
de qué modo abatimos a los grandes.
Somos la carcoma en la madera,
la podredumbre en la raíz,
el germen en la sangre,
la espina clavada en el pie.

El muérdago que mata el roble,
la rata que roe la sogá en pedazos,
la polilla que agujerea el manto.
¡Qué satisfechos deben sentirse de lo que hacen!
Sí, al igual que nosotros, el pequeño pueblo.
Estamos tan ocupados como ellos,
trabajando en silencio.
¡Observa, y algún día verás el resultado!

¡En verdad no somos fuertes!
Pero conocemos a los que lo son.
Sí, y a ellos les mostramos el camino
que les ayudará a destruirlos en la guerra.
¿Y seguiremos entonces siendo esclavos?
Sí, siempre lo hemos sido,
pero vosotros ¡de vergüenza habréis de morir!
¡Y danzaremos sobre sobre vuestras tumbas!

Somos el pueblo pequeño, somos...

HAL EL DIBUJANTE

HAL EL DIBUJANTE

Por todas partes se suele honrar a los profetas,
a excepción del lugar en que nacieron;
donde los que su infancia conocieron
resulta natural que los desprecien.

Si el profeta es avieso, joven y engreído,
hay motivos para quejarse de él
(como bien lo atestiguan sus escritos),
aunque para un profeta esto redunde en su beneficio.

La vieja Nínive nada puede ofrecerle
(ni aun cuando la ballena se lo trague),
nada iguala el lugar que le vio nacer,
en donde a nadie le importa lo que ha sido antes.
Puede haber sido esto o puede haber sido aquello,
pero le aman y le odian por lo que es ahora.

Una tarde lluviosa Dan y Una fueron a jugar a los piratas en el molino pequeño. Si a uno no le importan las ratas en las vigas ni los granos de avena en los zapatos, el altillo del molino, con sus trampillas y las inscripciones en las vigas sobre inundaciones y amoríos, es un lugar estupendo. Está iluminado por un ventanuco cuadrado de un palmo, llamado la Ventana del Pato, con vistas a la granja de Lindens y al lugar donde fue asesinado Jack Cade.

Después de subir por la escalerilla (la llamaban «el tronco del palo mayor», inspirándose en la balada de sir Andrew Barton, al que Dan se aferraba «con fortaleza y ánimo»), se encontraron con un hombre sentado en el alféizar de la Ventana del Pato. Vestía un jubón color ciruela y unas calzas estrechas del mismo color, y parecía absorto en un cuaderno ribeteado de rojo.

—¡Mirad, mirad! —exclamó Puck desde una de las vigas superiores—. ¡Fijaos en lo hermoso que soy! Sir Harry Dawe (perdón, Hal) dice que soy la imagen viviente de la cabeza de una gárgola.

El hombre sonrió y saludó a los niños alzando su gorro de terciopelo oscuro, dejando así al descubierto un flequillo alborotado de color grisáceo. Era mayor —cuarenta años, por lo menos—, pero sus ojos tenían un aspecto joven, rodeados de curiosas arruguillas. Colgaba de su amplio cinturón un estuche de cuero repujado de curioso aspecto.

—¿Podemos mirar? —dijo Una, aproximándose.

—Desde luego, desde luego —contestó él desplazándose hacia el alféizar, y

volvió a su trabajo con un lápiz de punta plateada.

Puck permanecía sentado esbozando una amplia sonrisa que parecía haberse instalado en su ancho rostro para siempre, mientras observaba los rápidos y seguros dedos que le estaban retratando. A continuación el hombre extrajo de su estuche una plumilla de caña y la afiló con su pequeño cuchillo de empuñadura de marfil, tallada en forma de pez.

–¡Oh, qué bonito! –exclamó Dan.

–¡Cuidado con los dedos! La hoja está muy afilada. La hice con el mejor acero para fabricar ballestas de los Países Bajos. También hice este pez. Cuando sus aletas traseras se mueven hacia la cola, así, engulle la hoja, del mismo modo que la ballena engulló al viejo Jonás... Sí, y este es mi tintero. Yo mismo grabé los cuatro santos de plata que lo rodean. Apretad la cabeza de san Bernabé; se abre, y entonces... –hundió la pluma recién cortada en el tintero y con cuidadoso ímpetu comenzó a dibujar las líneas principales de la tosca cara de Puck, que solo había sido esbozada débilmente sobre el papel por el lápiz de la punta plateada.

Los niños se quedaron perplejos, porque la figura parecía querer saltar de la página. Mientras trabajaba, y la lluvia tintineaba sobre las tejas, hablaba unas veces con claridad, otras musitando, y en ocasiones observaba su trabajo con el ceño fruncido o sonriendo. Les explicó que había nacido en la pequeña granja de Lindens, y que su padre solía pegarle por dibujar en lugar de dedicarse a sus tareas, hasta que un viejo párroco llamado Padre Roger, que dibujaba letras miniadas en los libros de la gente rica, convenció a sus padres para que le pusiesen a su servicio en calidad de aprendiz de pintor, o algo así. Después se marchó con el Padre Roger a Oxford, donde se dedicó a limpiar los platos y llevar las capas y los zapatos de los estudiantes de un colegio llamado Merton.

–¿Y no te importaba hacer eso? –preguntó Dan después de formular otras muchas preguntas.

–Nunca pensé en ello. La mitad de Oxford estaba construyendo nuevos colegios o embelleciendo los antiguos, y habían llamado a grandes artesanos de la cristiandad, reyes en su oficio y protegidos por los reyes. Yo los conocía. Trabajaba para ellos y con eso tenía suficiente. No es de extrañar... –se interrumpió y se echó a reír.

–Pero te convertiste en un gran hombre, Hal –dijo Puck.

–Eso decían, Robin*. Incluso Bramante lo decía.

–¿Por qué? ¿Qué hiciste? –preguntó Dan.

El artista les miró con extrañeza.

–Tallar piedra y cosas por el estilo por toda Inglaterra. No habréis oído hablar de ellos. Por ejemplo, cerca de casa reconstruí nuestra pequeña iglesia de

San Bernabé. Me supuso más trabajo y penas que ninguna otra cosa. Pero fue una buena lección.

–Vaya... –murmuró Dan–. Nosotros también hemos tenido nuestras lecciones esta mañana.

–Pues no quiero incordiarte más –dijo Hal mientras Puck reía a carcajadas–. Es que me resulta extraño pensar en cómo fue reconstruida esa iglesuca, retechada y convertida en una obra de arte, gracias a unos pocos forjadores de Sussex, a un joven marinero de Bristow y a un asno orgulloso llamado Hal, el dibujante, porque siempre estaba dibujando y haciendo bocetos, y... –arrastró lentamente las palabras–: y también gracias a un pirata escocés.

–¿Pirata? –dijo Dan removiéndose como pez en el anzuelo.

–Ese Andrew Barton, cuya balada canturreabais en la escalera hace un momento –volvió a hundir la pluma en su tintero y retuvo el aliento mientras trazaba una gran línea borrosa, como si se hubiera olvidado de todo lo demás.

–Los piratas no construyen iglesias –dijo Dan–, ¿o sí?

–Ayudan mucho –rio Hal–. Pero ya has tenido tu lección esta mañana, joven estudiante.

–Oh, en mis lecciones no hay piratas. Hoy solo hemos estudiado lo de Bruce y su estúpida araña –dijo Una–. ¿Por qué te ayudó sir Andrew Barton?

–Dudo de si alguna vez se dio cuenta de que lo hacía –dijo Hal, guiñando los ojos–. Robin, ¿cómo voy a hablar a estas criaturas inocentes de lo que resulta de un orgullo pecaminoso?

–Nosotros estamos al tanto de eso –dijo Una con desenvoltura–. Si eres impertinente, quiero decir, si eres un descarado, está claro que lo pagas siempre.

Hal reflexionó durante un rato, con el lápiz en el aire, mientras Puck añadía algo más.

–¡Eso fue justo lo que me pasó a mí! –exclamó Hal–. Impertinente... decís vosotros, pero es evidente que no me comporté como es debido. Me sentía orgulloso de cosas, cosas como pórticos: mi diseño de un pórtico de Galilea que hice en Lincoln, por ejemplo; orgulloso de haber sentido sobre mi hombro la mano de Torrigiano; orgulloso del título nobiliario que me concedieron cuando hice las volutas doradas de la nave de su Majestad, el *Soberano*. Pero el Padre Roger, sentado en la biblioteca del Colegio de Merton, no se olvidaba de mí. En el momento más álgido de mi orgullo, cuando yo y nadie más debería haber construido el pórtico en Lincoln, me indicó con su terrible dedo índice que volviese a mis arcillas de Sussex y que reconstruyese, de mi propio bolsillo, nuestra iglesia, donde se nos venía enterrando a los Dawes desde hacía seis generaciones. «¡Fuera! ¡Hijo de mi mismo arte!», me dijo. «Lucha contra el diablo en tu propia casa antes de creerte un hombre y un artista», me eché a

temblar y me fui... ¿Qué me dices, Robin? –y le mostró a Puck el dibujo ya terminado.

–¡Soy yo! ¡No cabe la menor duda! –exclamó Puck sonriendo como un hombre delante de un espejo–. Pero mirad. Ha parado de llover. Odio estar en casa cuando todavía hay luz.

–De acuerdo, ¡un descanso! –dijo Hal dando un salto hacia delante–. ¿Quién viene a casa del pequeño Lindens? Allí podremos charlar.

Bajaron las escaleras dando tumbos y dejaron atrás los saucos con sus gotas de lluvia, hasta llegar a la soleada represa del molino.

–¡Por mi vida! –exclamó Hal, contemplando el campo de lúpulo que estaba a punto de florecer–. ¿Qué es esto? ¿Viñedos? No, no son viñedos y se enroscan en dirección contraria a las judías –comenzó a dibujar en un cuaderno que tenía a mano.

–Lúpulo, algo que no existía en tus tiempos –explicó Puck–. Es una hierba de Marte, y sus flores secas se utilizan para dar aroma a la cerveza. Lo que decimos es:

Pavos, herejía, lúpulo y cerveza
llegaron a Inglaterra el mismo año.

–Sé lo que es la herejía. He visto lúpulos, ¡que Dios bendiga su belleza!, ¿pero qué son los pavos?

Los niños comenzaron a reír. Conocían los pavos de Lindens, y tan pronto como llegaron a su huerto de la colina la bandada entera les atacó.

El cuaderno de Hal apareció súbitamente.

–¡Por todos los diablos! –exclamó–. He aquí el Orgullo revestido de plumas de púrpura, he aquí el desprecio iracundo y las Pompas de la Carne. ¿Cómo dices que los llamáis?

–¡Pavos, pavos! –exclamaron los niños, mientras el viejo macho de la bandada se ensañaba con encono contra los pantalones color ciruela de Hal.

–¡Que Dios bendiga vuestra magnificencia! –exclamó–. Hoy he pintado dos cosas nuevas. Y descubrió su cabeza ante el burbujeante pavo.

Comenzaron a caminar hierba a través hasta el promontorio en el que se alza la pequeña granja de Lindens. La vieja granja, revestida de tejas hasta el suelo, presentaba, a la luz de la tarde, casi el mismo color rojizo de un rubí. Las palomas picoteaban la argamasa de los cañones de las chimeneas; las abejas, que habían habitado bajo las tejas desde que la granja fue construida, llenaban con su zumbido el aire cálido de agosto, y el perfume del boj que crecía junto a la ventana de la vaquería se mezclaba con el aroma de la tierra húmeda, del pan recién horneado y con el lejano aroma de madera humeante.

La mujer del granjero vino a la puerta con un niño en los brazos, hizo visera

con la mano sobre los ojos para darse sombra, se detuvo a coger una ramita de romero y se dirigió al huerto. El viejo perro de aguas ladró en su perrera una o dos veces para demostrar que estaba a cargo de la casa vacía. Puck hizo sonar la cerradura de la cancela del jardín.

—¿Os extraña que la ame? —dijo Hal en un susurro—. ¿Qué saben los de la ciudad acerca de los cuidados de una casa o los de la tierra...?

Se sentaron en fila sobre el viejo banco de roble, gastado por los años, del jardín de Lindens, mirando hacia el valle del arroyo entre los hoyos y las quebradas cubiertos de helechos de la herrería, detrás de la cabaña de Hobden. El viejo estaba cortando leña menuda junto a las colmenas de su jardín. Pasó más de un segundo hasta que el sonido de su hacha llegó a sus oídos perezosos.

—¡Eh! —exclamó Hal—. Recuerdo que donde está ahora ese viejo patán estaba la Herrería de Abajo, la forja del maestro John Collins. Muchas noches el sonido de su martillo me hacía estremecer en la cama: ¡Bum-biti-bum!, ¡bumbiti-bum! Si el viento soplaba del este, podía oír también la herrería del maestro Tom Collins, que desde Stockens le contestaba a su hermano: ¡Bum-hop!, ¡bum-hop...! Y entre uno y otro se entremezclaba el batir del mazo de sir John Pelham, en Brightling, que sonaba como un coro de estudiantes recitando el *hic*, *haec*, *hoc*, hasta que me dormía. El valle estaba poblado de tantas herrerías y forjas como cuclillos hay en mayo. Ahora todo ha desaparecido.

—¿Y qué es lo que hacían? —preguntó Dan.

—Armas para las naves reales, y para otros barcos. Principalmente cañones y culebrinas. Cuando los cañones estaban terminados, venían los oficiales del rey y se los llevaban a la costa, tirados por nuestros bueyes de labranza. ¡Mirad! Aquí tenéis a uno de los primeros grandes artesanos del mar.

Pasó hojas para buscar al principio de su cuaderno y les mostró el retrato de un joven. Debajo decía: «Sebastian».

—Vino aquí por orden del rey a encargarse al artesano John Collins veinte culebrinas (se trata de malévolos cañoncitos) para pertrechar naves dedicadas a empresas arriesgadas. Le dibujé sentado junto a nuestro fuego, hablándole a mi madre sobre las nuevas tierras que encontraría al otro lado del mundo. ¡Y vaya si las encontró! Siempre hay alguien capaz de meter sus narices en los mares desconocidos. Se llamaba Cabot, un muchacho de Bristol, medio extranjero. Me hizo un gran favor. Me ayudó a reconstruir la iglesia.

—Creí que había sido sir Andrew Barton —dijo Dan.

—¡Ay, pero no quieras empezar la casa por el tejado! —contestó Hal—. El primero que me animó a hacerlo fue Sebastian. Yo vine aquí no a servir a Dios como un buen artesano sino para demostrar a mi gente qué gran artesano era. Les importaba un rábano mi trabajo y mi fama, y eso, en el fondo, me hizo mucho bien. ¿Qué diablos, decían, era lo me había llevado a preocuparme por

el viejo San Bernabé? La iglesia había estado en ruinas desde la Peste Negra y en ruinas permanecería; por ellos, como si me colgaba con mis propias sogas del andamio. Los bien nacidos y la gente llana, los aristócratas y los pobres (los Hayes, los Fowles, los Fenners, los Collins), todos se confabularon contra mí. Tan solo sir Pelham, de allí arriba en Brightling, me animó a que siguiera. ¿Pero cómo iba a hacerlo? Que le pedía al maestro Collins su remolque para arrastrar las vigas, los bueyes habían ido a Lewes a por cal. Que me prometía unos ganchos y abrazaderas de hierro para el tejado, nunca llegaban a mis manos, o si lo hacían estaban defectuosos o rotos. Así con todo. Nada decían, pero tampoco hacían, a no ser que me quedara mirándoles y, aun así, lo que hacían era un desastre. Llegué a pensar que el campo estaba embrujado.

–Y lo estaba, con toda seguridad –dijo Puck con las rodillas bajo la barbilla–. ¿Llegaste a sospechar de alguien en concreto?

–No hasta que Sebastian volvió a por sus cañones y John Collins le jugó la misma pasada que a mí con las piezas de hierro. Cada semana, dos de cada tres culebrinas se rajaban durante el vaciado, y solo servían, decían ellos, para ser fundidas de nuevo. Entonces John Collins volvía a sacudir la cabeza y a jurar que jamás le entregaría al rey un cañón que no estuviera en perfectas condiciones. ¡Por todos los santos! ¡Cómo se enfurecía Sebastian! Lo sé, porque en ese mismo banco nos sentábamos a compartir nuestras penas.

»Cuando Sebastian llevaba ya seis semanas en Lindens y solo había logrado obtener seis culebrinas, Dirk Brenzett, capitán del barco *Cygnets*, me envió recado de que el bloque de piedra que había ido a buscar para mí a Francia para nuestra nueva pila bautismal había tenido que arrojarlo por la borda para aligerar el peso de su barco, ya que sir Andrew Barton les estuvo persiguiendo hasta el puerto de Rye.

–¡Ah! ¡El pirata! –dijo Dan.

–En efecto. Y cuando todavía estaba mesándome los cabellos por esto, Ticehurst Will, mi mejor albañil, viene hacia mí temblando y jurando que el mismísimo diablo con sus cuernos, su cola y sus cadenas había aparecido en la torre de la iglesia, y que los hombres no querían trabajar ahí más. Así que los saqué de los cimientos que estábamos reforzando y me los llevé a la Taberna de Bell para invitarles a un vaso de cerveza. Allí el maestro John Collins me dijo: «Haz como quieras, muchacho, pero, si yo fuera tú, no desdeñaría el aviso diabólico que has recibido y dejaría la vieja iglesia de San Bernabé». Todos mostraron su acuerdo asintiendo con sus cabezas pecadoras. Como comprobé más tarde, tenían menos miedo del diablo que de mí.

»Cuando llevé estas gratas noticias a Lindens, Sebastian estaba blanqueando con cal las vigas de la cocina de mi madre. A ella la quería como un hijo. «Anímate, muchacho», me dijo. «Dios sigue estando donde estaba. Ocurre que

tú y yo nos hemos comportado como asnos. Nos han tomado el pelo, Hal, y yo, un marinero, me avergüenzo más que tú por no haberme dado cuenta antes. Tienes que dejar ese campanario porque, en efecto, el diablo habita en él, y yo no tengo mis culebrinas porque John Collins no sabe vaciarlas como es debido. Mientras tanto Andrew Barton acecha por los alrededores del puerto de Rye. ¿Y para qué? Para llevarse esas malditas culebrinas por las cuales el pobre Cabot está suspirando y apuesto la parte que me toca de los continentes que descubra a que están ahora mismo escondidas en el campanario de San Bernabé. ¡Está claro como la costa irlandesa al mediodía!» «Estoy seguro de que nunca se atreverán a hacerlo», dije yo. «Y otra cosa: venderles cañones a los enemigos del rey es alta traición, y se paga con la horca.» «Pero es un beneficio seguro y sustancioso por el que muchos hombres se arriesgarían a ir al patíbulo. Yo también he sido comerciante», dijo. «Pero, por el honor de Bristol, hemos de acabar con ellos.»

»Entonces, sentado sobre el cubo de la cal, urdió una intriga. El martes hicimos como que nos íbamos a Londres a caballo, y nos despedimos de nuestros amigos, especialmente del maestro John Collins. Pero a la altura de los bosques de Wadhurst dimos la vuelta; regresamos cabalgando por las marismas; escondimos nuestros caballos bajo un grupo de sauces, cerca de la iglesia, y, en la noche cerrada, subimos sigilosamente hasta la iglesia de San Bernabé. Una niebla espesa, atravesada por la luz de la luna, lo envolvía todo.

»Acababa de cerrar con llave la puerta de la torre, cuando oí cómo se caía Sebastian cuan largo era en la oscuridad. «¡Maldita sea!», exclamó. «Mira bien por dónde pisas, Hal. Acabo de tropezar con los cañones.»

»Avancé a tientas y fui contando uno por uno (pues la torre estaba oscura como la boca de un lobo) los ligeros cañones de veinte culebrinas que estaban apoyados sobre hojas secas. ¡Ni se habían molestado en esconderlos! «Hay dos cañones de pequeño calibre en este lado», dijo Sebastian haciendo sonar el metal. «Deben de ser para la cubierta inferior de Andrew Barton. ¡Vaya con el honrado John Collins...! ¡Así que este es su almacén, su arsenal, su armería! ¿Comprendes ahora por qué, al husmear y fisgonear por aquí cerca, has hecho que el diablo se presente en Sussex? Has estado entorpeciendo durante meses el honrado negocio de John», y se echó a reír tumbado en el suelo.

»Una torre de gélido adobe no es precisamene como el calor de una chimenea a medianoche, así que nos dispusimos a subir por las escaleras del campanario. Al llegar allí Sebastian se tropezó con una piel de vaca con cuernos y rabo. «Vaya, tu diablo se ha olvidado aquí su jubón. ¿Qué tal me sienta, Hal?» Se lo puso y empezó a saltar a la luz de la luna que se filtraba por la ventana. Parecía el mismísimo diablo. Luego se sentó en las escaleras, golpeando los escalones con la cola y, visto por detrás, su aspecto era aún más terrorífico que por

delante; una lechuza se acercó a la ventana y se puso a chillar ante la visión de sus cuernos. «Si quieres alejar al diablo, cierra la puerta», susurró. «Y ese es otro falso proverbio, Hal, porque estoy oyendo abrirse la puerta de la torre.»

La cerré con llave. «¿Quién diablos tiene otra llave?», pregunté. «A decir por las pisadas, una multitud», contestó escudriñando en la oscuridad. «¡Quieto, quieto, Hal! ¡Escucha cómo gruñen! Que me ahorquen si no son más culebrinas de las mías. ¡Una, dos, tres, cuatro en total! Dios mío, Andrew se equipa mejor que un almirante. Veinticuatro culebrinas en total.»

»Como si se tratase de un eco, oímos la voz de John Collins subiendo por el vacío: «Veinticuatro culebrinas y dos cañones de pequeño calibre. Es el pedido completo de Andrew Barton».

»«La cortesía es gratis», susurró Sebastian. «¿Le arrojo el puñal a la cabeza?»

»«El jueves irán hacia Rye en los carros de la lana, escondidos entre los fardos. Dirk Brenzett los espera en Udimore, como es habitual», dijo John.

»«¡Dios mío! ¡Vaya un negocio anticuado y manido!», dijo Sebastian. «Me apuesto lo que quieras a que somos los dos únicos niños en el pueblo que no sacamos tajada del negocio.»

»Había casi una veintena de personas abajo, hablando como si fuesen todo el mercado de Robertsbridge. Los contamos por las voces.

»Dijo el maestro John Collins: «Los cañones para la carraca francesa tienen que estar aquí el mes que viene. Will, ¿cuándo vuelve de Lunnon tu estúpido joven (se refería a mí, ¡qué os parece!)?». «Lo mismo da», contestó Ticehurst Will. «Puedes traerlos cuando te apetezca, maese Collins. Ahora todos tenemos demasiado miedo del diablo como para venir al campanario», y el muy canalla se echó a reír. «Ya no te cuesta trabajo convocar al diablo, Will», comentó otro, Ralph Hobden, el de la forja. «¡Aaaaa-mén!», gritó de pronto Sebastian, y antes de que pudiera pararlo, comenzó a saltar escaleras abajo de forma verdaderamente diabólica y vociferando como un loco. Apenas había tenido tiempo de asestar un golpe al más cercano, cuando salieron en estampida. ¡Dios mío, cómo corrían! Les oímos aporrear la puerta de la Taberna de Bell, y entonces también echamos a correr. «¿Y ahora qué hacemos?», dijo Sebastian agarrándose el rabo de vaca mientras saltaba entre las zarzas. «Le he partido la cara al honrado de John.» «Vamos a casa de sir John Pelham», contesté. «Es el único que siempre ha estado de mi parte.»

»Cabalgamos hacia Brightling, pasando por delante de la casa de sir John, en donde los guardeses estuvieron a punto de dispararnos como a cazadores furtivos. Por fin nos encontramos junto a sir John, sentado en su sillón de juez, y cuando le contamos nuestra historia y le mostramos la piel de vaca que Sebastian llevaba aún puesta, comenzó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas. «Bien, bien», dijo. «Haré justicia antes de que amanezca. ¿Cuál es vuestra

acusación? El maestro Collins es un viejo amigo mío.» «Pero no lo es mío», exclamé yo. «Cuando me paro a pensar en cómo me han vejado él y sus compinches, se han burlado de mí y han obstaculizado todas mis iniciativas para arreglar la iglesia...», y solo de pensarlo me atraganté. «Bueno, pero ahora ves que la habían dedicado a otros fines», dijo él con suavidad. «¡Y mis culebrinas!», gritó Sebastian. «A estas alturas ya estaría en mitad del océano occidental si las armas hubiesen estado preparadas. Pero vuestro viejo amigo se las ha vendido a un pirata escocés.» «¿Qué pruebas tienes?», dijo sir John mesándose la barba. «Me he destrozado la espinillas contra ellas no hace ni una hora, y oí cómo John les daba las órdenes precisas de dónde tenían que llevarlas», dijo Sebastian. «Pura palabrería», dijo sir John. «El maestro Collins es un consumado mentiroso en el mejor de los casos.»

»Se tomaba las cosas con tanta calma que, por un momento, creí que él también estaba implicado en aquel tráfico secreto y que no quedaba un forjador honesto en todo Sussex. «¡En nombre de la razón!», exclamó Sebastian, azotando la mesa con el rabo de vaca. «¿De quién son pues esas armas?» «Está claro que tuyas», dijo sir John. «Viniste a encargarnos en nombre del rey, y Collins se ha encargado de fundirlas. Si después decidió trasladarlas de la forja de abajo hasta el campanario, al fin y al cabo te las ha dejado mucho más cerca del camino principal y te ha ahorrado un día de transporte. ¡Vaya un lío que armas por un simple gesto de buena voluntad, muchacho!» «Creo que le he correspondido ruinmente», dijo Sebastian observándose los nudillos. «¿Y qué ocurre con los cañones de pequeño calibre? Me pueden venir muy bien, pero no figuran en el pedido del rey.» «Amabilidad, un gesto de pura amabilidad», dijo sir John. «No cabe duda de que en su celo por servir al rey y por amor hacia ti, John ha añadido como regalo esos dos cañones. Eso está tan claro como que pronto va a amanecer, pareja de besugos.» «Así es», dijo Sebastian. «Sir John, ¿cómo es que nunca os hicisteis a la mar? Perdéis el tiempo en tierra...», y le dirigió una mirada de profundo afecto. «Hago lo que puedo desde mi puesto», sir John se volvió a acariciar la barba y bramó con su profunda voz justiciera: «¡Pero si me permitís, vosotros dos, en una travesura de medianoche que desapruebo, y después de alborotar por las tabernas, habéis sorprendido al maestro Collins», se quedó un instante pensativo, «en sus buenas acciones hechas a escondidas! Sí, le habéis sorprendido, todo hay que decirlo, despiadadamente». «Cierto, sir John. ¡Si le hubieras visto correr!», exclamó Sebastian. «Y luego venís a galope tendido a contarme historias de piratas y carros de lana, y pieles de vaca, que, aunque me hayan divertido como hombre, han ofendido mi sentido común de magistrado. A pesar de todo, estoy dispuesto a acompañaros a la torre con, tal vez, algunos de mis hombres y tres o cuatro carros, y te garantizo, maestro Sebastian, que el maestro John

Collins te entregará de buen grado tus culebrinas y los cañones de pequeño calibre», y prosiguió en tono normal. «Ya le advertí al viejo borrachín y a sus vecinos hace tiempo que tendrían problemas con el estraperlo y esas ventas al margen de la ley; pero no podemos colgar a la mitad de Sussex por un simple tráfico de armas, ¿estáis satisfechos, muchachos?» «Sería capaz de cualquier traición por obtener los dos cañones», dijo Sebastian frotándose las manos. «Pues acabas de incurrir en delito consumado de traición por fomularme este cohecho», adujo sir John. «Ahora a los caballos y a recuperar las armas.»

—Pero el maestro Collins pretendía desde el principio entregarle las armas a sir Andrew Barton, ¿no es así? —preguntó Dan.

—Sin lugar a dudas —dijo Hal—. Pero las perdió. Entramos en tropel en la ciudad envueltos por el resplandor del amanecer. Sir John montaba su caballo, vestía media armadura y el pendón ondeaba al viento; detrás de él marchaban treinta robustos bribones de Brightling, en filas de a cinco, y tras ellos, cuatro carros de lana. Remataban la comitiva cuatro trompeteros que celebraban la bufonada tocando *Nuestro rey se marchó a Normandía*. Cuando nos detuvimos y sacamos las armas de la torre, la escena ofrecía el mismo aspecto que el cuadro de fray Roger del sitio de Francia, en el misal de la reina.

—¿Y qué hicimos, quiero decir, qué hizo el pueblo? —quiso saber Dan.

—Oh, lo soportó todo con nobleza y buen ánimo —exclamó Hal—. Aunque me habían engañado, me sentí orgulloso de todos ellos. Salieron de sus casas, observaron el pequeño ejército como si fuese una pared, y prosiguieron su camino en silencio. ¡Ni un solo gesto!, ¡ni una sola palabra! Hubiesen preferido morir antes de que Brightling cantase victoria sobre nosotros. Incluso aquel villano de Ticehurst Will, al salir de la taberna para tomarse su cerveza de la mañana, estuvo a punto de meterse bajo el caballo de sir John. «¡Cuidado, hijo del diablo!», gritó sir John, haciendo retroceder al animal. «Oh», le contestó Will. «¿Día de mercado, verdad? Ya veo que han traído todos los novillos de Brightling.» Me contuve por no pegar a aquel descarado sinvergüenza.

»¡Pero John Collins fue el peor! Surgió en medio del camino con la mandíbula vendada por el sitio donde Sebastian le había pegado, cuando estábamos sacando el primer cañón por la puerta de la iglesia. «Creo que pesa demasiado para vosotros», dijo. «Si no os importa pagar, os puedo prestar mi remolque. Irá mejor que sobre un carro de lana.»

»Fue la primera vez que vi a Sebastian quedarse de piedra. Abría y cerraba la boca como si fuera un pez. «No hay por qué ofenderse», dijo maese John. «Os ha costado bien barato. Y pienso que no me vais a andar regateando un penique si os ayudo a transportarlo.»

»¡Ah, aquel hombre era un tipo único! Dicen que aquella mañana le costó a

nuestro John doscientas libras, y no se le movió un solo músculo de la cara, ni siquiera cuando vio los cañones partir con dirección a Lewes.

–¿Ni entonces ni después? –preguntó Puck.

–Una vez. Fue después de regalarle a San Bernabé un nuevo carrillón de campanas (no había nada que los Collins, los Hayes, los Fowles o los Fenners no hiciesen por la iglesia. «Pedid y se os dará», era su lema). Acabábamos de probarlas, y John estaba en la torre con Black Nick Fowle, quien nos había regalado las rejas que separan el coro de la nave. El viejo tomó la cuerda de la campana con una mano y se acarició el gaznate con la otra. «Más vale que tire de la campana que de mi cuello», dijo. Y eso fue todo. ¡Así era Sussex y así será siempre!

–¿Y qué pasó luego? –preguntó Una.

–Regresé a otra parte de Inglaterra –dijo Hal lentamente–. Fue una prueba contra mi orgullo. Pero me dijeron que había dejado San Bernabé convertida en una joya, ¡en una auténtica joya! Había concluido el trabajo entre mi gente y (el padre Roger tenía razón) nunca desde entonces conocí una dificultad ni un triunfo parecidos. Así son las cosas. Una tierra entrañable –y dejó caer la barbilla sobre el pecho.

–Mirad, vuestro padre está en la forja. ¿De qué le estará hablando al viejo Hobden? –dijo Puck abriendo su mano y dejando ver tres hojas.

Dan echó un vistazo a la cabaña.

–Ya lo sé. Hablan del viejo roble que atraviesa el arroyo. Padre siempre está queriendo quitarlo de ahí.

En el silencio del valle se oyó la profunda voz del viejo Hobden.

–Haga lo que mejor le parezca –decía–. Pero las raíces del roble sujetan la orilla. Si lo quitásemos, la orilla se desmoronaría y en la próxima crecida del río se inundaría todo. Pero haga lo que haga, a la señora le encanta hacer ramilletes con los helechos adheridos al tronco.

–Bueno, pues lo voy a pensar –dijo Padre.

Una soltó una risita burbujeante.

–¿Qué diablos escondéis en ese campanario? –preguntó Hal con una risa perezosa–. Por la voz parece un Hobden.

–El roble es el puente que utilizan los conejos para pasar desde el bosque a nuestros prados. Y dice Hobden que es el mejor lugar de la granja para colocar trampas de alambre. Ahora tiene dos instaladas. Nunca quitará el árbol –contestó Una.

–Ah, Sussex, el Sussex eterno, el de siempre –murmuró Hal.

Y al minuto siguiente la voz del padre llegó a través de la pradera hasta la pequeña granja de Lindens. El encanto se quebró justo cuando el reloj de la pequeña iglesia de San Bernabé daba las cinco.

CANCIÓN DE LOS CONTRABANDISTAS

Si a medianoche te despiertas y oyes los cascos de un caballo,
no corras los postigos ni te asomes a la calle,
que al que no pregunte nada nadie le contará mentiras.
¡Mira hacia la pared, amor mío, mientras los caballeros pasan!

Veinticinco potros
de noche trotaban.
Dad coñac al cura,
tabaco al aguacil,
blondas a la dama
y al espía cartas.

Y mira hacia la pared, amor mío, mientras los caballeros pasan.
Si al pasear por el bosque quiere el azar que encuentres
pequeños barriles, atados y embreados, llenos de coñac,
déjalos como estaban y no avises a nadie, ni te los lleves para tu consumo.
Vuelve a esconderlos bajo los leños, ¡que mañana no estarán!

Si ves la puerta de un establo abierta de par en par,
si ves a un caballo cansado acostado allí dentro,
si tu madre remienda una prenda destrozada y muy vieja,
si el forro está mojado y caliente, ¡tú no preguntes nada!

Si te encuentras con los hombres del rey Jorge, vestidos de rojo y azul,
ten cuidado de lo que dices y sé cauta con lo que se dice,
si te dicen «chica hermosa» y acarician tu barbilla
no digas dónde hay nadie y menos dónde han estado.

Llamadas en la puerta, pisadas en torno a la casa, silbidos en la oscuridad,
no tienes por qué salir hasta que los perros ladren.
Pincher está ahí y Trusty también, observa cómo callan,
no se molestan en seguir a los caballeros que por la calle pasan.

Si haces lo que te digo, tendrás la oportunidad
de recibir una preciosa muñeca procedente de la lejana Francia,
con encajes de Valenciennes y capucha de terciopelo,
regalo de los caballeros por portarte bien cuando pasaban.

Veinticinco potros
de noche trotaban.
Dad coñac al cura,
tabaco al aguacil,

blondas a la dama
y al espía cartas.

Al que no pregunte nada, nadie le contará mentiras.
¡Mira hacia la pared, amor mío, mientras los caballeros pasan!

LA DESBANDADA DE DYMCHURCH

LA CANCIÓN DEL NIÑO DE LAS ABEJAS

¡Abejas, abejas! ¡Escuchad a las abejas!
Escóndete del vecino todo lo que quieras,
pero a nosotros cuéntanos al detalle lo que te ocurra,
de otro modo, te dejaremos sin miel para vender.

La doncella en el día
glorioso de su boda
a las abejas debe contar su historia,
o se escaparán volando,
se irán a morir muy lejos,
desaparecerán, te abandonarán,
pero, si no engañas a tus abejas,
tus abejas no te engañarán a ti.

Bodas, bautizos y entierros,
noticias de ultramar,
de si estás triste o alegre,
de todo les darás parte.
Cuéntales cuándo entran y salen
y dónde trabaja el aventador,
¡porque las abejas son
chismosas como el hombre!

No te detengas donde haya árboles,
cuando hay rayos y tormenta,
ni muestres tu adversión a las colmenas
si no quieres que se extingan.
Se extinguirán, morirán,
¡el caso es que te abandonarán!
Pero si no las hostigas,
ellas no te hostigarán.

LA DESBANDADA DE DYMCHURCH

Justo al atardecer, una suave lluvia de septiembre comenzó a caer sobre los campos de lúpulo. Las madres se llevaron los cochecitos bamboleantes de los jardines; se guardaron los cestos de la cosecha y se hicieron cuadrar las cuentas de la jornada. Los jóvenes caminaban de vuelta, una pareja bajo cada paraguas, los hombres solteros detrás, riéndose. Dan y Una, que habían participado en la cosecha después de sus lecciones, se marcharon a asar patatas en el secadero, donde vivía el viejo Hobden durante todo el mes con su perra de caza de ojos azules, Bess, secando el lúpulo.

Como de costumbre, se instalaron sobre la estera de sacos situada frente al fuego, y cuando Hobden abrió el cierre, se quedaron mirando al lecho de brasas de carbón del que ascendía el calor reptando por el oscuro tubo del anticuado horno. Partió lentamente unos cuantos trozos de carbón nuevo y los colocó con dedos firmes en el lugar en que iban a ser de más utilidad; luego alargó el brazo lentamente hacia atrás para que Dan colocase en su pala de hierro las patatas, y las fue acomodando alrededor del fuego. Al acabar permaneció inmóvil un instante, su negra silueta recortándose contra el chisporroteo. Cuando volvió a cerrar el cierre, sobre el secadero pareció cernirse la oscuridad antes de que acabara el día, y Hobden encendió el candil. A los niños les encantaban todas estas cosas porque las conocían muy bien.

El niño de las abejas, el hijo de Hobden, que no estaba muy bien de la cabeza, aunque era capaz de manejar a las abejas como nadie, se introdujo en la estancia como una sombra. Solo se dieron cuenta de su presencia cuando sintieron la cola mocha de Bess menearse.

Una voz profunda comenzó a canturrear afuera, en la llovizna.

La vieja madre Laidinwool llevaba muerta casi doce meses,
supo que la cosecha de lúpulo era buena y entonces levantó la cabeza.

—¡No hay dos voces como esa! —exclamó el viejo Hobden girando en redondo sobre sus talones.

Y dijo ella: «Los muchachos con quienes recogía el lúpulo cuando era joven y bonita tienen que estar todavía en la recolección y yo...».

Un hombre apareció en la puerta.

–Vaya, vaya. Dicen que la cosecha de lúpulo resucita a los mismísimos muertos y ahora les creo. ¿Eres tú, Tom? ¿Tom Shoemith? –Hobden bajó su candil.

–Pues sí que has tardado en reconocirme, Ralph.

El recién llegado entró. Era un palmo más alto que Hobden, un gigante de cara morena con bigotes grises y ojos azul claro. Se dieron la mano, y los niños escucharon cómo sus recias palmas raspaban al rozarse.

–No has perdido ni una pizca de tu fuerza –dijo Hobden–. ¿Fue hace treinta o cuarenta años cuando me rompiste la cabeza en Peasmarsh Fair?

–Solo hará unos treinta años, y en cuestión de cabezas estamos en paz. Me devolviste el golpe con una vara de lúpulo. ¿Cómo llegamos a casa aquella noche? ¿Nadando?

–De la misma manera que el faisán se mete en el bolsillo de Gubbs, con un poco de suerte y de magia –el viejo Hobden se rio con ganas.

–Veo que sigues sin perderte en los bosques. ¿Todavía te dedicas a esto? –el extraño hizo como que miraba por el visor de una escopeta.

Hobden contestó con un movimiento enérgico de la mano como si imitara el gesto con que se coloca un lazo para conejos.

–No, todo eso se acabó. Solo se puede hacer lo que la edad te permite. ¿Y qué te cuentas después de todos estos años?

–Oh, estuve en Plymouth y estuve en Dover.

He estado vagando, amigos míos, por todo el ancho mundo.

–contestó el hombre alegremente–. Apuesto a que sé tanto como cualquiera de la Vieja Inglaterra –se giró hacia los niños y guiñó el ojo descaradamente.

–Entonces seguro que te habrán contado una sarta de mentiras. Yo una vez me adentré en Inglaterra y llegué hasta Wiltsheer. Allí me estafaron al comprar unos guantes para podar –dijo Hobden.

–En todas partes existe el engaño. Tú te has aferrado bien a tu terruño, Ralph.

–No se puede trasplantar un árbol viejo sin que muera –sonrió Hobden–. Y tengo tantas ganas de morirme como tú de ayudarme con el lúpulo esta noche.

El hombre corpulento se apoyó contra los ladrillos del horno y extendió los brazos.

–Contrátame –fue todo lo que dijo, y ambos fueron dando tumbos escalera arriba, riéndose.

Los niños oyeron el ruido de las palas al raspar contra la lona sobre la que se secaba el lúpulo amarillo por encima de la lumbre. Por todo el secadero flotaba el olor dulzón y adormilante del lúpulo removido.

–¿Quién es? –le preguntó Una al niño de las abejas.

–No sé más que tú, si tú no lo sabes –dijo él sonriente.

Las voces en el piso de arriba hablaban y reían juntas, y las recias pisadas se desplazaban de un lado a otro. Al cabo de un rato, un saco de lúpulo apareció en el agujero de la máquina prensadora, en el techo, y se fue comprimiendo y engordando a medida que se iba llenando con las palas. Hasta que la prensadora hizo *clank* y devolvió el lúpulo suelto convertido en una masa compacta.

–¡Despacio! –oyeron exclamar a Hobden–. Aplastarás las cabezas si las machacas así. Eres tan descuidado como el toro de Gleason, Tom. Ven a sentarte junto al fuego. Ya está bien por ahora.

Bajaron y cuando Hobden abrió el cierre del horno para comprobar si las patatas estaban hechas, Tom Shoesmith dijo a los niños:

–Ponedles sal en abundancia. Así veréis qué clase de hombre soy –y de nuevo guiñó un ojo, y de nuevo el niño de las abejas comenzó a reír, y Una miró a Dan.

–Yo sé muy bien qué clase de hombre eres –gruñó el viejo Hobden, palpando las patatas alrededor del fuego.

–¿Ah, sí? –Tom se colocó a sus espaldas–. Algunos de nosotros no soportamos las herraduras, ni las campanas de las iglesias ni el agua corriente –se acercó a Hobden que retrocedía desde el horno–. ¿Te acuerdas de las grandes riadas de Robertsbridge, cuando el molinero se ahogó en plena calle?

–Más o menos –el viejo Hobden se dejó caer en el montón de carbón que había junto al horno–. Aquel año yo estaba haciendo la corte a mi mujer en las marismas. Era carretero de la señora Plum entonces, y ganaba diez chelines semanales. Mi mujer era oriunda de las marismas.

–Maravilloso y extraño lugar, la marisma de Romney –dijo Tom Shoesmith–. He oído decir que el mundo está dividido en Europy, Asy, Afriky, Ameriky, Australy, y la marisma de Romney.

–Es es lo que opinan los habitantes de la marisma –dijo Hobden–. Me costó sudor y lágrimas que mi mujer la abandonase.

–¿De dónde era ella, que no recuerdo, Ralph?

–De cerca de la muralla de Dymchurch –contestó Hobden con una patata en la mano.

–Entonces, sería una Pett, o una Whitgift, ¿no?

–Una Whitgift –Hobden abrió en dos la patata y se la comió con la curiosa destreza de los hombres que están acostumbrados a almorzar al aire libre–. Después de vivir una temporada en el Weald, comenzó a mostrarse razonable. Aunque durante nuestros primeros veinte o veintidós años fue un bicho raro, no te quepa la menor duda. Tenía mucha mano con las abejas –Hobden cortó un trocito de patata y la arrojó a la puerta.

–He oído decir que los Whitgift pueden ver más que nadie a través de una rueda de molino –dijo Shoesmith–. ¿Ella también?

–No. No tenía ningún conocimiento de nigromancia –dijo Hobden–. Sin embargo era capaz de leer señales y dar significado al vuelo de los pájaros, a la caída de las estrellas, a las abejas y sus colmenas, y cosas así. Y también se quedaba despierta esperando llamadas, como ella decía.

–Eso no prueba nada –dijo Tom–, todos los habitantes de las marismas han sido contrabandistas desde tiempos inmemoriales. Llevaría en la sangre lo de quedarse escuchando por las noches.

–Naturalmente –contestó el viejo Hobden, sonriente–. Recuerdo cuando había contrabando bastante más cerca de aquí que la marisma. Pero eso no era asunto de mi mujer. Lo de ella era un farfuleo sin sentido... –bajó el tono de su voz– sobre los «fariseos»*.

–Sí. Tengo entendido que los habitantes de las marismas creen en ellos –Tom dirigió la vista hacia los niños, que estaban junto a Bess con los ojos como platos.

–¿Fariseos? –exclamó Una–. ¿Duendes? ¡Ya comprendo!

–Gente de las Colinas –terció el niño de las abejas, lanzando la mitad de su patata hacia la puerta.

–¡Eso es! –dijo Hobden señalándole–. Mi hijo tiene los ojos y el sentido de lo sobrenatural de su madre. Así lo llamaba ella.

–¿Y qué opinabas tú de todo aquello?

–Hum, hum... –murmuró Hobden–. Un hombre como yo, acostumbrado a andar de noche por los campos y los bosques, no se suele desviar de su camino si no es para evitar a los guardabosques.

–Pero aparte de eso –dijo Tom persuasivo–. Acabo de verte arrojar el «trozo bueno» por la puerta hace un rato. ¿Crees o no crees?

–Había un trozo podrido en aquella patata –contestó Hobden, indignado.

–Pues entonces mis ojos diminutos no lo han visto. Parecía como si se lo arrojas a alguien, a alguien que pudiera necesitarlo. Pero aparte de eso, ¿crees o no crees?

–No digo nada, porque jamás he visto ni oído nada. Y si tú dijeras que en la noche hay algo más que hombres, pieles de animal, plumas de ave o aletas de pez, no sé si me atrevería a llamarte mentiroso. Y ahora prosigue, Tom. ¿Qué opinas tú?

–Yo opino como tú. No digo nada. Pero te contaré una historia que podrás encajar como quieras.

–Otra tontería –gruñó Hobden llenando su pipa.

–Los habitantes de las marismas lo llaman «La desbandada de Dymchurch» –prosiguió Tom pausadamente–. ¿Has oído hablar de ello?

–Mi mujer me habló de ello miles de veces. No sé si no acabé por creérmelo, alguna vez.

Hobden iba de un lado a otro de la habitación mientras hablaba, y se encendió la pipa con la llama amarilla del candil. Tom reposó su codo enorme sobre su enorme rodilla, sentado sobre el carbón.

—¿Has estado alguna vez en las marismas? —le preguntó a Dan.

—Solo llegué una vez hasta Rye —contestó Dan.

—Ah, pero eso no es más que donde empiezan. Más allá comienzan a atisbarse campanarios junto a las iglesias, y mujeres adivinas sentadas a la puerta de sus casas, y el mar lamiendo la tierra, y patos salvajes nadando por los diques (quería decir acequias). La marisma está repleta de diques y acequias, de presas y compuertas. Los oyes burbujear y regurgitar cuando sube la marea y pasa el agua, y entonces distingues el ruido del mar que recorre de derecha a izquierda el dique de contención. ¿Habéis visto lo plana que es la marisma? Se podría pensar que no hay nada más fácil que atravesarla de punta a punta. Pero los diques y los canales hacen que los caminos sean tan serpenteantes que parecen hilados en la rueca de una bruja. Hasta tal punto es así que uno se pierde en pleno día.

—Eso es porque las aguas han sido drenadas mediante canales —dijo Hobden—. En los tiempos en que hacía la corte a mi mujer, todo estaba cubierto de verdes juncos, ¡ay, qué verdes eran!, y el Aguacil de las marismas cabalgaba arriba y abajo, libre como la niebla.

—¿Quién era ese? —preguntó Dan.

—La fiebre de las marismas. Una o dos veces me agarró por el hombro y me entraron los escalofríos durante una temporada. Desde que se drenaron las aguas, las fiebres han desaparecido; así que lo que cuentan ahora es que el Alguacil de las marismas se rompió el cuello en un dique. Ahora es un lugar maravilloso para las abejas y los patos.

—Y antiguo —añadió Tom—. Seres de Carne y Hueso lo habitan desde tiempos inmemoriales. Entre los habitantes de la marisma se cuenta que desde la noche de los tiempos los «fariseos» han favorecido el lugar por encima del resto de la Vieja Inglaterra. Y apuesto a que los habitantes de la marisma bien saben por qué lo dicen. Se han pasado la vida viviendo de noche, generación tras generación, haciendo contrabando de cualquier cosa desde que la lana empezó a crecer en las ovejas. Dicen que siempre se pudo ver «fariseos» merodeando por la marisma. Descarados como conejos. Bailaban en los caminos desiertos en la cruda luz del día, y sus verdes farolillos lanzaban destellos verdes sobre los diques, yendo y viniendo como auténticos contrabandistas. Incluso había veces que cerraban la puerta de la iglesia en las mismas narices del cura y del sacristán de los domingos.

—Serían más bien los contrabandistas de coñac y encajes hasta que consiguieron sacarlos de las marismas. Así se lo dije a mi mujer —dijo Hobden.

–Seguro que por entonces no te creyó, sobre todo teniendo en cuenta que era una Whitgift. Sin duda las marismas eran el lugar preferido por los «fariseos», hasta que llegó el padre de la reina Isabel con su Reforma.

–Eso debió ser algo parecido a una ley parlamentaria, ¿no? –observó Hobden.

–Efectivamente. En la Vieja Inglaterra no se podía decidir nada si no había de por medio una ley, una orden o una citación. El padre de la reina Isabel consiguió su Ley y dicen que lo que hizo con las iglesias parroquiales de la zona fue algo lamentable. Destruyó las imágenes de no se sabe cuántas iglesias. A algunos les pareció bien, pero otros lo vieron de manera muy diferente. La cosa acabó con que comenzaron a quemarse unos a otros, según quien tuviese el mando en el momento. Eso horrorizó a los «fariseos», porque las buenas intenciones entre los de Carne y Hueso los alimenta, mientras que lo contrario les resulta venenoso.

–Igual que las abejas –dijo el niño de las abejas–. Las abejas jamás permanecen en las casas en las que habita el odio.

–Es cierto –terció Tom–. La Reforma sembró el terror entre los duendes, de igual modo que las segadoras cuando acaban con las últimas espigas aterrorizan a los conejos. Se refugiaron en la marisma procedentes de todas partes, y decían: «Nos guste o no, tenemos que huir, porque la alegre Inglaterra ha acabado con nosotros y ahora nos consideran imágenes».

–¿Y todos lo vieron de igual modo? –preguntó Hobden.

–Todos menos uno que se llamaba Robin, no sé si habrás oído hablar de él. ¿De qué te ríes? –Tom se giró hacia Dan–. Las preocupaciones de los «fariseos» no afectaron a Robin, porque se había hecho un sitio entre la gente. Nunca tuvo intención de irse de la Vieja Inglaterra, así que se le envió como mensajero para ayudar a los de Carne y Hueso. Pero los de Carne y Hueso están siempre ocupados en sus asuntos, y Robin no pudo comunicarse con ellos. Pensaron que se trataba del eco de la marea en la marisma.

–¿Y qué era lo que querían los duen... lo que querían los «fariseos»? –preguntó Una.

–Un barco, con toda seguridad. Sus pequeñas alas eran incapaces de atravesar el Canal de la Mancha, como ocurre con las mariposas cansadas. Un barco y una tripulación. Eso es lo que deseaban para navegar hasta Francia, donde la gente todavía no había destruido sus imágenes. No podían soportar las crueles campanadas de Canterbury llamando a Bulverhithe para que más pobres hombres y mujeres fuesen quemados, ni tampoco al altivo mensajero del rey que cabalgaba por todo el territorio ordenando que se destruyesen las imágenes. No lo soportaban bajo ningún concepto. Tampoco les era posible obtener el barco y su tripulación para emigrar sin la autorización y los buenos deseos de

los de Carne y Hueso. Y los de Carne y Hueso iban y venían enfrascados en sus asuntos mientras la marisma se poblaba de gente, se poblaba de «fariseos» procedentes de toda Inglaterra, que luchaban por todos los medios para comunicarse con los de Carne y Hueso, para hacerles llegar su acuciante necesidad... No sé si habéis oído decir alguna vez que los «fariseos» son como gallinas.

—Mi mujer también solía decirlo —dijo Hobden cruzando sus brazos morenos.

—Lo son. Si crías a demasiados pollos juntos, la tierra enferma y ellos se acurrucan para morir. De igual forma, si reúnes una multitud de «fariseos» en un sitio, ellos no perecen, pero los de Carne y Hueso que andan por ahí empiezan a enfermar y a consumirse. No es su intención, y los de Carne y Hueso lo ignoran, pero esa es la verdad según tengo entendido. Los «fariseos», al ser seres malolientes y miedosos, siempre intentando que se escucharan sus súplicas, iban enrareciendo el aire y cambiando el humor de los de Carne y Hueso. Cayeron sobre la marisma como un trueno. Al caer la noche, los hombres empezaron a ver sus iglesias envueltas en las llamas; vieron su ganado huyendo en estampida sin que nadie lo asustara; las ovejas reunirse sin que nadie las guiara; sus caballos sudando sin que nadie los montara, y distinguieron con más nitidez que nunca los destellos verdes sobre los diques; escucharon como nunca las pisadas de los pequeños pies merodeando por sus casas; y noche y día, día y noche, era como si fueran espiados y perseguidos por Alguien o Algo a lo que no lograban dar forma. ¡Oh, cómo sudaban! A hombres y muchachas, a mujeres y niños, de nada les sirvió en aquellos días su naturaleza humana, porque la marisma se iba poblando de «fariseos». Pero ellos eran, antes que nada, hombres de las marismas, de Carne y Hueso. Cayeron en la cuenta de que aquellos signos eran un mal presagio para la marisma. Y pensaron que el mar iba a lanzarse virulento contra la muralla de Dymchurch y que iban a morir todos ahogados, tal y como había ocurrido en el antiguo Winchelsea, o que vendría una plaga. Así que comenzaron a buscar señales en el mar o en las nubes, lejos y muy arriba. Nunca se les ocurrió mirarse el ombligo, donde nada veían.

»Ahora bien, en Dymchurch, al pie de la muralla, vivía una viuda pobre que, al no tener ni hombre ni propiedades, tenía más tiempo para barruntar, y empezó a barruntar que a las puertas de su casa había un pesar mayor y más hondo de lo que había tenido que soportar nunca. Tenía dos hijos, uno que era ciego de nacimiento y otro que había quedado mudo al caer de la muralla cuando era pequeño. Eran ya hombres hechos y derechos, pero no tenían oficio ni beneficio, y ella trabajaba para ambos cuidando de una colmena y respondiendo a las preguntas.

–¿Qué tipo de preguntas? –quiso saber Dan.

–Pues cómo encontrar cosas perdidas, o qué había que ponerle al cuello a un niño jorobado, o cómo unir los corazones rotos. Podía barruntar el pesar en la marisma del mismo modo que las anguilas presienten el trueno. Era una mujer sabia.

–Mi mujer también tenía la maravillosa facultad de predecir el tiempo –dijo Hobden–. Yo he visto, en los días de tormenta, cómo sus cabellos despedían chispas como si fueran un yunque. Pero nunca se dedicó a contestar preguntas.

–Aquella mujer era una buscadora, y los buscadores a menudo encuentran. Una noche, cuando estaba en la cama, con fiebre y dolorida, la asaltó un sueño, que llamó a su ventana, y le dijo: «Viuda Whitgift, viuda Whitgift».

»Al principio, por los aleteos y los silbidos, pensó que se trataba de las avefrías, pero finalmente se puso en pie y se vistió, abrió la puerta a las marismas, y sintió el pesar y el gemido que la envolvían, poderosos como la fiebre y el escalofrío, y entonces clamó: «¿Quién es?, oh, ¿quién es?».

»Era como si las ranas de los canales estuvieran croando, después como si los juncos murmurasen, hasta que por fin la gran ola de la marea se precipitó a lo largo del dique y ya no se pudo oír más.

»Tres veces gritó su pregunta y tres veces la marea la acalló. Pero aprovechando el silencio que se hizo entre ola y ola, gritó: «¿Qué ocurre en la marisma que lo siento en el tuétano y que me despierta el cuerpo todo este mes?». Entonces sintió que una manita le tiraba del dobladillo de su vestido y se agachó para cogerla.

Tom Shoesmith abrió su enorme puño ante el fuego y sonrió antes de proseguir:

–«¿Arrasará el mar a las marismas?», preguntó ella. Era, por encima de todo, una mujer de las marismas. «No», sentenció la vocecita. «Puedes dormir tranquila.» «¿Acaso caerá una plaga sobre las marismas?», dijo entonces. Esas dos calamidades eran las únicas que concebía. «No», replicó la tímida voz de Robin. «Duerme tranquila y no te preocupes.»

»Se volvió con intención de regresar a su casa, pero las vocecillas se lamentaban con un alarido tan penoso, que se volvió y dijo: «Si no se trata de un pesar de los de Carne y Hueso, ¿qué puedo hacer?».

»Los duendes comenzaron a gritar desde todas partes para que les proporcionara una nave para marcharse a Francia y no regresar nunca más. «Hay un barco junto al dique», contestó ella, «pero no puedo llevarlo hasta el mar, y menos aún gobernarlo cuando esté allí». «Préstanos a tus hijos», dijeron los «fariseos» a un tiempo. «Dales tu permiso y tu bendición para que lo gobiernen para nosotros, Madre, ¡Oh Madre!» «Uno es mudo y el otro ciego»,

contestó ella. «Y por ese motivo los quiero más que a mi vida; vosotros los perderéis en el inmenso mar.»

»Las voces parecían penetrar en su alma, y también había voces de niños entre ellas. Aguantó todo lo que pudo, hasta que al final no soportó aquello. Entonces dijo: «Si queréis tomar a mis hijos para que os ayuden, yo no lo impediré. No se le puede pedir más a una madre».

»Vio las lucecitas danzar alrededor de ella hasta que se sintió mareada, oyó el tamborileo de miles de piececillos, oyó las crueles campanas de Canterbury llamado a Bulverhithe, y oyó también el rugir de la ola de la marea golpeando contra la muralla. Todo esto sucedía mientras los «fariseos» preparaban un ensueño para despertar a sus dos hijos dormidos. Y mientras se estaba mordiendo los dedos vio pasar junto a ella, sin decir una palabra, a aquellos dos que había llevado en su vientre. Los siguió llorando, embargada por una pena inmensa, hasta el viejo barco junto al dique, que tomaron y condujeron hasta el mar.

»Cuando colocaron el palo y la vela, el hijo ciego dijo: «Madre, estamos esperando tu permiso y tu bendición para llevarlos lejos de aquí».

Tom Shoemith echó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos.

–¡Ay, Dios! –dijo–. Era una mujer bondadosa y valiente, la viuda Whitgift. Se quedó allí de pie, retorciéndose las puntas de su melena, y temblaba como un álamo mientras intentaba decidir. Los «fariseos» acallaron los llantos de sus hijos y esperaron mudos e inmóviles. Dependían de ella por completo. Sin su permiso y su bendición no podían partir: era la Madre. Ella seguía agitada como un álamo blanco mientras se decidía. Por fin dijo entre dientes: «¡Marchad! Marchad con mi permiso y mi bendición».

»Entonces vi... se dice que ella tuvo que echarse atrás y resistir como si estuviese luchando contra un mar con resaca, porque los «fariseos» inundaron la playa para llegar al barco, sabe Dios cuántos eran, con sus mujeres y sus hijos y sus hatillos, escapando para siempre de la cruel Inglaterra. Se podía oír el tintineo de la plata, y el ruido de los pequeños fardos amontonados sobre la cubierta, y el de las diminutas espadas y escudos que chocaban entre sí, y el arañar de dedos y uñas en el casco de la nave, que intentaban subir al barco cuando los dos hijos lo empujaban. Se hundía cada vez más el barco, pero en su interior, la viuda no alcanzaba a ver más que a sus dos hijos abriéndose camino con dificultad para llegar a las jarcias. Izaron las velas y partieron, hundidos como una barcaza de Rye, adentrándose en la niebla. La viuda Whitgift se sentó y alivió con lágrimas su pena hasta el amanecer.

–Nunca escuché que estuviera completamente sola –dijo Hobden.

–Ahora recuerdo que dicen que aquel que se llamaba Robin se quedó con ella. Pero estaba demasiado compungida para escuchar sus promesas.

–Debería haber puesto sus condiciones antes. Siempre se lo decía a mi mujer –dijo Hobden.

–No. Dejó marchar a sus hijos por puro amor, porque sentía el pesar de la marisma, y deseaba de corazón liberarla –Tom rio un poco–. Y lo hizo, vaya si lo hizo. Desde Hithe hasta Bulverhithe, hombres y doncellas enfermos, mujeres y niños quejumbrosos, pudieron aprovechar los cambios producidos en el aire tan pronto como los «fariseos» se hubieron marchado. Las gentes comenzaron a salir por toda la marisma, frescos y relucientes como caracoles después de la lluvia. Y eso mientras la viuda Whitgift permanecía sentada lamentándose sobre el dique. Tendría que habernos creído, tendría que haber confiado en que sus hijos volverían. La embargó una enorme agitación cuando el barco regresó al cabo de tres días.

–Y, por supuesto, los hijos estaban curados –dijo Una.

–Noooo. Eso habría sido antinatural. Los recuperó tal y como se habían ido. El ciego no había visto nada de lo sucedido y el mudo, como es lógico, fue incapaz de contar nada de lo que había visto. Supongo que por eso los «fariseos» los eligieron para realizar la travesía.

–¿Pero qué le prometiste tú... qué le prometió Robin a la viuda? –preguntó Dan.

–¿Que qué le prometió? –Tom hizo como que pensaba–. ¿Tu mujer, Ralph, no era una Whitgift? ¿No te lo contó nunca?

–Me contó una sarta de tonterías cuando él nació –Hobden señaló hacia su hijo–. Siempre tiene que haber alguien que pueda ver más cosas en una rueda de molino que el resto.

–¡Yo!, ¡yo soy ese! –dijo el niño de las abejas tan repentinamente que todos se echaron a reír.

–¡Ya lo entiendo! –exclamó Tom, golpeándose la rodilla–. Robin prometió que, mientras perdurase la sangre de los Whitgift, siempre habría alguien en la familia que nunca se hallaría presa de ninguna inquietud, ni se vería jamás acosado por las penas, ni por los miedos de la noche, ni dañado por el terror, ni inducido a pecar por el daño, ni engañado por ninguna mujer.

–¿Y no soy yo ese? –dijo el niño de las abejas, desde el lugar en que se sentaba, un plateado rectángulo por donde la inmensa luna de septiembre proyectaba su luz a través de la puerta del secadero.

–Esas mismas palabras fueron las que pronunció mi mujer al descubrir que él no era como los demás. Pero lo que me sorprende es que tú las sepas –dijo Hobden.

–¡Ves como hay algo más que pelo bajo mi sombrero! –Tom rio y se desperezó–. Cuando haya llevado a estos dos jovencitos a su casa, pasaremos la noche recordando viejos tiempos, Ralph, contándonos viejas historias, ¿te

parece? Y vosotros, ¿dónde vivís? –dijo con gran seriedad, volviéndose hacia Dan–. ¿Y tú, jovencita, crees que tu padre me dará algo de beber por llevaros hasta allí?

Esto último les provocó tal ataque de risa que tuvieron que salir. Tom los cogió a los dos, sentó a cada uno en un hombro y caminó a través de los frondosos prados en donde las vacas exhalaban su aliento lechoso bajo la luz de la luna.

–¡Oh, Puck, Puck! Enseguida supe que eras tú cuando dijiste lo de la sal. ¿Cómo pudiste hacerlo? –gritó Una, bamboleándose, entusiasmada.

–¿Hacer el qué? –dijo él, subiendo los escalones de la cancela, junto al roble desmochado.

–Hacerte pasar por Tom Shoesmith –dijo Dan, y se agacharon para evitar los dos pequeños fresnos que crecían junto al puente que cruzaba el arroyo. Tom iba casi corriendo.

–Sí. Ese es mi nombre, señorito Dan –afirmó el hombre mientras corría sobre el silencioso y rutilante césped, en donde se distinguía un conejo sentado junto al gran espino blanco que hay junto al campo de croquet.

–Aquí es –entró en el patio de la vieja cocina, y los bajó al suelo en el momento en que Ellen llegaba a hacer preguntas.

–Estoy ayudando en el secadero de la señora Spray –le dijo–. No, no soy de fuera. Conozco estas tierras desde antes de que naciera su madre, y... sí, trabajar en el secadero reseca la garganta, señorita. Gracias.

Ellen entró en la cocina a por una jarra, y los niños la siguieron, ¡encantados una vez más por el efecto del roble, el fresno y el espino!

UNA CANCIÓN EN TRES PARTES

De tres cosas estoy enamorado:
del bosque, la marisma y los montes;
¡ni siquiera yo sé cuál de las tres prefiero:
si el bosque, la marisma o el blanco acantilado...!

He enterrado mi corazón en un monte de helechos,
entre un profundo hondero y un barranco muy alto.
¡Oh, lúpulo amarillo y humo azul de leña,
espero que guardéis su verdadera lealtad!

He vagado de acá para allá
por toda la marisma, que ya era vieja cuando surgieron los reyes.
¡Oh llanura de Romney, oh juncas de Brenzett,
espero que entendáis lo que mi mente necesita!

He entregado mi alma a los prados del Southdown,
y suenan las esquilas a tu paso.
¡Oh Firle y Ditchling, oh mar con sus barcos de vela,
espero que guardéis el alma que os confío!

EL TESORO Y LA LEY

LA CANCIÓN DEL QUINTO RÍO

Cuando los cuatro grandes ríos
empezaron a manar junto al árbol del Edén,
a cada uno se le asignó un hombre
para erigirse en su príncipe y gobernador.

Pero después de que esto fuera ordenado
(cuentan las viejas leyendas)
surgió la oscura Israel,
para quien no había quedado río alguno.

Fue entonces cuando Él, el Sumo Justiciero,
dijo: «Echad sobre los desiertos
un puñado de polvo amarillo,
y un quinto río manará,
más poderoso que esos cuatro,
secretamente en torno a la tierra,
y ese secreto eterno
será por siempre tuyo y de tu pueblo».

Así fue dicho y hecho,
y enterrado en las venas de la tierra,
bebiendo de mil fuentes,
que son consuelo de los mercaderes,
y minan el poder de los monarcas,
nació el Quinto Gran Río,
exactamente como fue predicho.
¡El Río Secreto de Oro!

Y entonces Israel dejó caer
su cetro y su corona,
y se puso a pensar a orillas de aquel río,
en donde brillan las aguas y se hunden,
y horadan en la tierra.
Y pasó enterrado una estación entera,
por razones desconocidas
a excepción de pueblo de Israel.

Israel es el dueño del último,
del quinto, del más maravilloso de los ríos,
puede escuchar su paso atronador,
y la canción que bombea en su sangre.
Puede predecir si habrá sequía,
porque sabe qué fuentes son las que se secan

detrás de qué desérticos parajes
a mil leguas al sur,
y puede predecir una nueva crecida
porque sabe cuándo se derrite la nieve
por entre las laderas de qué cumbres
a mil leguas al norte.
Olfatea la sequía que viene
al igual que olfatea el olor de la lluvia,
sabe qué ha de traer cada una
y aquello que redunda en su provecho.

Un príncipe sin espada,
un gobernante sin trono,
Israel sigue su marcha
exiliado en muchas tierras,
señor de muchas tierras,
aunque en ninguna rey.
Pero guarda el Quinto Río
el secreto de su abismo
para Israel únicamente,
como las leyes lo exigen.

EL TESORO Y LA LEY

Era ya la tercera semana de noviembre, y en los bosques retumbaba el estruendo de los disparos de la caza del faisán. Ningún perro era capaz de cazar en aquel paisaje abrupto y tortuoso, excepto los sabuesos del lugar que, con gran frecuencia, se escapaban de sus perreras y se tomaban el día libre. Dan y Una se encontraron un par de ellos en el huerto de la cocina, acechando al gato del lavadero. Pero aquellas bestezuelas estaban encantadas de ir en busca de conejos, así que los niños los condujeron a través de los pastos del arroyo, hasta llegar al patio de la pequeña granja de Lindens; de ahí les echó la vieja cerda y los hizo huir hasta el hueco de la cantera, donde levantaron a un zorro que echó a correr hasta el Bosque Lejano, y donde espantaron a todos los faisanes escondidos de una gran batida que atravesaba el valle. Cuando los tiros comenzaron de nuevo, los niños agarraron a los sabuesos, no fuera a ser que se desviarán del camino y que les alcanzara una bala perdida.

–No me pondría en el pellejo de un faisán en noviembre ni loco –dijo Dan jadeando mientras sujetaba por el cuello a Folly–. ¿Por qué te has reído de esa manera tan horrible?

–No me he reído –contestó Una sentándose sobre Flora, la vieja perra gorda–. ¡Mira! Los estúpidos pájaros vuelven a sus bosques en lugar de a los nuestros, donde estarían a salvo.

–A salvo hasta que te apetezca matarlos a tiros.

Un viejo, tan alto que era casi como un gigante, apareció por detrás del matorral de acebo, junto a Volaterrae. Los niños se sobresaltaron y los animales se echaron al suelo como perros de caza. El hombre vestía un manto de una tela espesa y oscura, forrada y ribeteada de piel amarillenta, y se inclinó ante ellos con una reverencia que los hizo sentirse a la vez orgullosos y avergonzados. Entonces clavó en ellos la vista y los niños le sostuvieron la mirada sin vacilación ni miedo.

–¿No tenéis miedo? –preguntó mesándose la espléndida barba con las manos–. ¿No tenéis miedo de que aquellos hombres de allí –inclinó la cabeza hacia el lugar de donde procedía el incesante tiroteo, hacia el bosque bajo– os puedan herir?

–Bueno... –a Dan le gustaba ser exacto, especialmente cuando se sentía tímido–, el viejo Hobden, un amigo mío, me contó que a uno de los ojeadores le acribillaron la semana pasada, que le dieron en una pierna, quiero decir. Es que verás: el señor Meyer tenía intención de disparar a los conejos. Pero le dio a

Waxy Garnett un talego, un soberano, quiero decir, y Waxy le contó a Hobden que por la mitad hubiese aceptado recibir la carga de los dos cañones.

–No te ha entendido –dijo Una al observar aquel rostro pálido y desconcertado–. Oh, quisiera...

No había acabado de pronunciar la frase cuando Puck surgió de entre los acebos y se puso a hablar rápidamente con el hombre en un idioma extranjero. Puck también llevaba un manto largo (estaba empezando a helar) que cambiaba totalmente su aspecto.

–No, no –dijo por fin–. No has entendido al chico. Hirieron un poco a un hombre, por pura mala suerte, durante la cacería.

–¡Conozco esa mala suerte! ¿Y qué hizo su señor? ¿Reírse y pasar por encima de él? –añadió el hombre con gesto despectivo.

–El autor del daño fue uno de los tuyos, Kadmiel –dijo Puck con un brillo malicioso en los ojos–. Así que le dio un pedazo de oro y se acabó.

–¿Que un judío le hizo sangre a un cristiano y no pasó nada más? –exclamó Kadmiel–. ¡No me lo creo! ¿Cuándo le torturaron?

–No se puede apresar, encarcelar o matar a nadie hasta que no haya sido juzgado por sus iguales –insistió Puck–. Solo hay una ley en la Vieja Inglaterra tanto para judíos como para cristianos, la ley que se firmó en Runnymede.

–¡Ah, sí, la Carta Magna! –susurró Dan; era uno de los pocos datos históricos que podía recordar.

Kadmiel se giró hacia él y su manto barrió el suelo, dejando escapar un olor a especias.

–¿Sabías tú eso, pequeño? –exclamó levantando sus manos con sorpresa.

–Sí –afirmó Dan.

»La Carta Magna fue firmada por John,
y Enrique Tercero le puso encima el tacón.

»Y el viejo Hobden dice que si no es por ella (todo el mundo le llama «ella», ¿comprendes?) los guardianes le hubiesen tenido encerrado todo el año en la cárcel de Lewes.

De nuevo Puck tradujo a Kadmiel aquel idioma solemne y extraño, hasta que por fin Kadmiel se echó a reír.

–Por la boca de los niños aprendemos –dijo–. Pero decidme una cosa, y ya no te llamaré niño sino rabino, ¿por qué firmó el rey el pergamino de la nueva ley en Runnymede? Al fin y al cabo era rey...

Dan volvió la vista a un lado para mirar a su hermana. Ahora le tocaba a ella.

–Porque no le quedó otro remedio –dijo Una con suavidad–. Los barones le obligaron.

–No –respondió Kadmiel sacudiendo la cabeza–. Vosotros los cristianos

siempre os olvidáis de que el oro es más poderoso que la espada. Nuestro buen rey firmó porque no nos podía pedir prestado más dinero a nosotros, los malditos judíos –se encogió de hombros mientras hablaba–. Un rey sin oro es como una serpiente con el espinazo roto, y... –elevó la nariz con desdén y frunció el ceño–, y romper el espinazo de una serpiente es una hazaña. Ese era mi trabajo –exclamó triunfalmente, dirigiéndose a Puck–. ¡Espíritu de la Tierra, eres testigo de que fue obra mía!

Se irguió hasta alcanzar su impresionante altura y sus palabras resonaron como una trompeta. Tenía una voz que cambiaba de tono casi como un ópalo cambia de color, a veces profunda y atronadora y otras veces fina y quejumbrosa. Pero siempre inducía a escuchar.

–Mucha gente puede dar testimonio de eso –contestó Puck–. Cuéntales a estos niños cómo se hizo. Y recuerda que ellos no saben aún qué es la duda o el miedo.

–Eso me pareció leer en sus rostros con solo mirarlos –dijo Kadmiel–. Sin embargo, estoy seguro de que les han enseñado a escupir a los judíos.

–¿De verdad se hacía eso? –preguntó Dan con mucho interés–. ¿Dónde?

Puck reculó riendo:

–Kadmiel está pensando en el reino del rey Juan –explicó–. Se trataba muy mal a sus gentes por aquel entonces.

–Oh, eso ya lo sabemos –contestaron, y aunque era de muy mala educación por su parte, no pudieron evitarlo y dirigieron la vista directamente a la boca de Kadmiel para comprobar si tenía todos los dientes. Les había llamado la atención cuando estudiaban que el rey Juan solía arrancarles los dientes a los judíos para que le prestasen dinero.

Kadmiel interpretó aquella mirada y sonrió amargamente.

–No. Vuestro rey nunca me arrancó los dientes; en todo caso, fui yo quien arrancó los suyos. Escuchad, yo no nací entre los cristianos sino entre los moros, en España, en un pueblecito situado en las faldas de la montaña. Sí, los moros son crueles, pero al menos los que son instruidos se atreven a pensar. Cuando nací me profetizaron que sería un legislador de un pueblo de idioma desconocido y difícil. Nosotros los judíos siempre estamos esperando a que venga el Príncipe y el Legislador. ¿Por qué no? Las gentes de mi pueblo (éramos muy pocos) me consideraban un ser distinto, como un futuro profeta, el elegido entre los elegidos. Los judíos soñamos tantas cosas... Jamás hubieseis podido creerlo después de ver cómo rebuscábamos entre los montones de basura en nuestro barrio, pero cuando terminaba el día, con las puertas cerradas y las velas encendidas, ¡ay, entonces volvíamos a ser los Elegidos!

Según hablaba, paseaba de un lado al otro del bosque. El estruendo de las

escopetas no cesaba y, de vez en cuando, los perros gimoteaban tumbados sobre las hojas.

—Yo era un príncipe. Sí, pensad en un pequeño príncipe que nunca había oído una palabra más alta que otra en su casa, en manos de unos rabinos gritones y barbudos que le tiraban de las orejas y le pellizcaban la nariz, todo para que aprendiera, para que aprendiera a ser rey cuando llegara el momento. Él, aquel pequeño príncipe, rey... Con un ojo estaba atento a los niños moros que tiraban piedras y con el otro escudriñaba las calles en busca de su Reino. Sí, y aprendió a llorar calladamente cuando le perseguían por aquellas calles. Aprendió a hacer todo en silencio. Jugaba bajo la mesa de su padre cuando la Gran Vela estaba encendida, y escuchaba, tal y como lo hacen habitualmente los niños, lo que decían los amigos de su padre sobre la mesa. Venían estos de más allá de las montañas, de los confines del mundo, porque mi padre era su consejero. A mi casa llegaron hombres que estaban peleando en el ejército de Sala-udDin, de Roma, de Venecia, de Inglaterra. Se deslizaban por nuestra callejuela, llamaban secretamente a la puerta, se quitaban los harapos, se ataviaban y, junto a un vaso de vino, hablaban con mi padre. Los paganos luchaban entre sí por todo el mundo. Traían noticias de estas guerras, y mientras jugaba bajo la mesa, mi pequeño príncipe oía a aquellos hombres decidir entre ellos, cómo y cuándo, y por cuánto tiempo debería un rey alzar la espada contra otro rey, y el pueblo alzarse contra el pueblo. ¿Y por qué no? No puede haber guerra sin oro, y los judíos sabemos bien que el dinero de la tierra cambia y varía con las estaciones, con las cosechas y con los vientos, en ciclos y curvas, en subidas y descensos, igual que un río subterráneo y maravilloso. ¿Cómo iban a saber eso los reyes estúpidos que solo se dedicaban a luchar, a robar y a matar?

Por las caras de los niños se intuía que de todo esto no sabían nada en absoluto mientras, con ojos como platos, trotaban junto al anciano que avanzaba a grandes zancadas. Se ajustó el manto por encima de los hombros y por un instante se vio a través del forro el fulgor de una placa cuadrada de oro, tachonada de joyas, como una estrella a través de la nieve.

—No importa —dijo—. Pero creedme, mi príncipe vio muchas veces cómo la paz se decidía por la caída de una moneda echada a cara o cruz entre un judío de Bury y una judía de Alejandría, allí, en la casa de su padre, cuando la Gran Vela estaba encendida. Ese es el poder que teníamos nosotros los judíos entre los gentiles. ¡Ay, mi pequeño príncipe! ¿Os extrañáis de lo deprisa que aprendió? ¿Por qué no? —murmuró para sus adentros y prosiguió—: Yo era médico de profesión. Una vez aprendido el oficio en España, me fui a Oriente en busca de mi reino. ¿Y por qué no? Un judío es libre como un gorrión, o como un perro. Suele ir allí donde le persiguen. En Oriente encontré bibliotecas

en las que la gente se atrevía a pensar y escuelas de Medicina en las que se atrevían a aprender. Era diligente con mi trabajo. Por eso accedí a los reyes. He sido hermano de príncipes y compañero de mendigos, y he caminado entre los vivos y los muertos. Pero no me sirvió de nada. No hallé mi Reino. Así que, en el décimo año de mis viajes, cuando llegué al extremo más alejado de los mares de Oriente, volví a la casa de mi padre. Dios había conservado a mi familia de maravilla. Ninguno había sido asesinado, ni herido siquiera, y solo unos pocos habían sido azotados. En la casa de mi padre volví a convertirme en hijo. De nuevo se encendió la Gran Vela; de nuevo los harapientos llamaban a nuestra puerta al anochecer, y de nuevo les oí sopesar las ventajas de la paz y la guerra como pesaban el oro sobre la mesa. Pero yo no era rico, al menos no muy rico. Por eso, cuando los que tenían poder y conocimientos y riquezas hablaban juntos, yo me sentaba en la sombra. ¿Y por qué no?

»Con todo, mis idas y venidas me habían enseñado una cosa segura, y es que un rey sin dinero es como una lanza sin punta. No puede hacer mucho daño. Por eso le dije a Elías de Bury, un gran hombre entre los nuestros: «¿Por qué sigue nuestro pueblo prestando dinero a los reyes que nos oprimen?». «Porque si nos negamos», contestó Elías, «azuzarán a su gente contra nosotros, y la gente es diez veces más cruel que los reyes. Si lo dudas, ven conmigo a Bury, en Inglaterra, y lo comprobarás».

»Pude ver el rostro de mi madre a través de la luz de la vela, y dije: «Iré contigo a Bury. A lo mejor mi reino se encuentra allí».

»Así que zarpé con Elías con dirección a la oscura y cruel Bury, en Inglaterra, en donde no hay hombres instruidos. ¿Cómo puede un hombre ser sabio si alberga odio en su corazón? En Bury me ocupé de la contabilidad de Elías, y vi cómo los hombres mataban a los judíos al pie de la torre. Pero nadie le ponía las manos encima a Elías. Prestaba dinero al rey, y contaba con su favor. Un rey no se atreverá a tomar tu vida mientras haya dinero de por medio. Este rey, sí, el mismísimo Juan, oprimía implacablemente a sus gentes porque no le entregaban dinero. Aun así, sus tierras eran ricas. Y si se hubiese preocupado tan solo de darles un descanso, habría podido obtener cosechas abundantes con la misma facilidad con que un cristiano se afeita la barba. Pero desconocía hasta ese pequeño detalle, porque Dios le había privado de todo entendimiento y había sembrado la peste, el hambre y la desesperanza entre su pueblo. En consecuencia el pueblo se levantó contra nosotros, los judíos, que somos los perros de todas las naciones. ¿Y por qué no? Por fin los barones y su gente se rebelaron contra las crueldades del rey. No, no, los barones no amaban al pueblo, pero creían que, si el rey podía castigar y destruir a la plebe, también podía acabar con ellos. Se unieron a ellos, tal y como los gatos y los cerdos se

unirían para matar a una serpiente. Yo llevaba las cuentas, y observaba todas estas cosas porque recordaba la Profecía.

»Un grupo numeroso de barones (a los que en su gran mayoría habíamos prestado dinero) vinieron a Bury, y una vez allí, después de mucho hablar y de darle muchas vueltas, redactaron las nuevas leyes que exigirían al rey. Si se comprometía a respetar esas leyes, ellos le prestarían algo de dinero. Ese era el Dios del rey, dinero para gastar. Nos enseñaron el pergamino con las nuevas leyes. ¿Y por qué no? Les habíamos prestado dinero. Conocíamos todos sus proyectos, nosotros los pobres judíos temblando detrás de nuestras puertas de Bury –lanzó de repente las manos al aire–. Pero no queríamos que nos pagaran todo en dinero. Queríamos poder, ¡poder!, ¡poder! Ese es nuestro Dios en nuestro cautivero. ¡Poder para utilizarlo!

»Le dije a Elías: «Estas nuevas leyes son buenas. No le prestes más dinero al rey porque, mientras siga teniendo dinero, seguirá engañando y asesinando a la gente». «No», dijo Elías. «Conozco a este pueblo. Son terriblemente crueles. Más vale un rey que mil carniceros. Les he prestado algo de dinero a los barones, de otro modo nos torturarían, pero la mayoría se lo seguiré prestando al rey. Me ha prometido un puesto en la corte, donde mi mujer y yo estaremos a salvo.» «Pero si se le obliga al rey a cumplir esas nuevas leyes», le dije, «habrá paz en la tierra y nuestro comercio medrará. Si le prestamos dinero, seguirá luchando». «¿Quién te ha convertido en legislador de Inglaterra?», preguntó Elías. «Conozco a estas gentes. ¡Dejemos que los perros se descuarticen entre sí! Le prestaré al rey diez mil monedas de oro, y así podrá combatir a gusto contra los barones.» «No hay este verano ni dos mil monedas de oro en toda Inglaterra», le dije a Elías, porque llevaba las cuentas y sabía cómo se movía el oro, ese maravilloso río subterráneo. Elías cerró todas las ventanas y en un susurro me contó cómo, cuando estaba comerciando con pequeñas mercancías en un barco francés, había llegado hasta el castillo de Pevensey.

–¡Pevensey de nuevo! –exclamó Dan, y miró a Una, que asintió y pegó un pequeño brinco.

–Allí, después de esparcir su carga por toda la Gran Sala, unos jóvenes caballeros le condujeron a un cuarto en el piso superior y le metieron en un pozo excavado en el muro cuyas aguas subían y bajaban de nivel con las mareas. Le llamaron José, y le arrojaban antorchas sobre la cabeza mojada. ¿Por qué no?

–¡Pues claro! –exclamó Dan–. ¿No sabía usted que era...?

Puck alzó la mano para que se callase, y Kadmiel, que no se dio cuenta, prosiguió:

–Cuando bajó la marea, pensó que estaba sobre una vieja armadura, pero palpando con los dedos de los pies empezó a descubrir lingotes y más lingotes

de oro dúctil. Algún maldito tesoro de los viejos tiempos que había sido escondido, y el secreto perdido por la acción de la espada. Ya he oído historias similares.

–También nosotros –susurró Una–. Pero aquel tesoro no tenía nada de maldito.

–Elías se llevó un poco del botín consigo y tres veces al año regresaba a Pevensey haciéndose pasar por buhonero, vendiéndoles la mercancía a un precio ridículo, hasta lograr que le permitieran dormir en la habitación vacía, desde la cual descendía a tientas por el pozo para sacar algunos lingotes. La mayor parte del tesoro aún estaba allí, y de tanto pensar en él, llegó a considerarlo de su propiedad. Pero cuando pensamos en cómo lo sacaríamos para trasladarlo, no encontramos la manera. Esto fue antes de que la palabra del Señor llegase a mí. Una fortaleza amurallada erigida por los normandos, en medio de ella un pozo de más de doce metros de profundidad, en cuyo fondo subía la marea y del que había que extraer varias cargas de oro... ¡No había solución! Así que Elías lloraba. Adah, su mujer, también lloraba. Tenía la esperanza de estar entre las aburridas damas de honor en la corte de la reina cristiana, cuando el rey les concediese el puesto que les había prometido. ¿Por qué no? Había nacido en Inglaterra aquella mujer odiosa.

»El problema más acuciante para nosotros era que Elías, en su delirio, había prometido al rey que le proveería de más oro. Por ello el rey en su campamento hacía oídos sordos a los barones y sus gentes. Por lo que la gente moría a diario. Adah deseaba tanto su puesto en la corte que suplicó a Elías que le dijese al rey dónde estaba el tesoro; así el rey podría tomarlo por la fuerza y, más tarde, les demostraría su gratitud. ¿Por qué no? Pero Elías rehusó hacer esto, ya que consideraba el oro de su propiedad. Se pelearon, y lloraron durante la cena, y más tarde, en plena noche, llegó un tal Langton (un sacerdote algo letrado) a pedir más dinero para los barones. Elías y Adah se retiraron a sus habitaciones.

Kadmiel sonrió para sí con desprecio. Los disparos cesaron en el valle y los cazadores cambiaron de lugar para su última batida.

–Así que fui yo y no Elías –siguió diciendo en voz tenue– quien discutió con Langton acerca del pacto cuarenta de las nuevas leyes.

–¿En qué terminos? –preguntó Puck con rapidez–. La ley número cuarenta de la Carta Magna dice: «A nadie se le venderá, negará o aplazará el derecho a la justicia».

–Así es, pero los barones habían escrito primero: *A ningún hombre libre se le negará...* Me costó doscientas monedas de oro cambiar aquellas insignificantes palabras. Langton, el sacerdote, lo entendió. «Aunque eres judío», dijo, «el cambio es justo, y si alguna vez los judíos y los cristianos llegan a ser iguales en Inglaterra, tu gente te lo agradecerá».

»Luego se marchó furtivamente, como hacen los hombres que tienen tratos nocturnos con Israel. Creo que se debió de gastar mi regalo en su altar. ¿Por qué no? Yo había hablado con Langton y era la clase de hombre que yo mismo hubiese sido si los judíos... fuéramos un pueblo. Y sin embargo, en muchos aspectos era un niño.

»Oí cómo discutían Elías y Adah en el piso de arriba y, sabiendo que la mujer era la más fuerte, me di cuenta de que Elías acabaría contándole al rey lo del oro y que el rey entonces seguiría con su porfía. Por eso pensé que el oro tenía que ser apartado del alcance de todos. De pronto, la Palabra del Señor me iluminó diciéndome: «La mañana está aquí, oh tú, que habitas en la tierra».

Kadmiel se detuvo, negro contra la pálida luz verdosa del cielo que se dibujaba más allá del bosque, una figura poderosa cubierta con una túnica que recordaba al Moisés de la Biblia ilustrada.

–Me levanté. Salí a la calle, y cuando cerré a mis espaldas la puerta de aquella casa de locos, la mujer miró por la ventana y me susurró: «¡He convencido a mi marido para que se lo diga al rey!». Y yo le contesté: «No era necesario. El señor está conmigo».

»En ese momento, el Señor me otorgó todo el entendimiento necesario para saber lo que tenía que hacer, y Su Mano me protegió en mi camino. Primero me fui a Londres a visitar un médico de nuestra gente, quien me vendió unas pócimas que me hacían falta. Ahora veréis por qué.

»Desde allí me apresuré hacia Pevensey. Por todas partes, los hombres se peleaban, al no haber ni gobernantes ni jueces en esa tierra abominable. Pero cuando pasaba por su lado gritaban que yo era un Ahasuerus, un judío condenado, según decían, a vivir para siempre, y huían de mí en todas las direcciones. Pero el Señor me ayudó para que cumpliese con mi tarea, y en Pevensey me compré un pequeño barco que varé en el barro que hay bajo la puerta del castillo que conduce a la marisma. Esto también me lo enseñó Dios.

Estaba tranquilo como si estuviese hablando de alguien, y su voz llenaba el escasamente árido espacio entre los bosques como si fuese una música agitada.

–Arrojé... –se llevó la mano al pecho y volvió a brillar la extraña joya–, arrojé las pócimas que había preparado al pozo comunal del castillo. No, no hice daño alguno. Cuanto más sabe uno, menos hace. Solo un loco dice: «Me atrevo». La droga les produjo en la piel una erupción con picores y sarpullido, pero yo sabía que les desaparecería a los quince días. No osé alargar mi mano para acabar con sus vidas. Pero en el castillo pensaron que se trataba de una plaga, y salieron de estampida, llevándose los perros consigo.

»Un médico cristiano, viendo que yo era judío y extranjero, aseguró que había traído la enfermedad de Londres. Esta es la única vez que le he oído decir a un matasanos cristiano algo cierto acerca de la enfermedad. Como

consecuencia, la gente me apaleó, pero una buena mujer dijo: «No les matéis ahora. Encerradlo en el castillo y si no cesa la plaga en quince días, tal como dice, entonces lo mataremos».

»¿Por qué no? Me condujeron al castillo cruzando el puente levadizo, y regresaron volando a sus barracas. Así fue como me encontré a solas con el tesoro.

–¿Pero sabías que todo esto iba a salir bien? –preguntó Una.

–Mi profecía decía que yo sería legislador de un pueblo extranjero de idioma difícil. Sabía que no iba a morir. Me lavé las heridas. Encontré el pozo excavado en el muro y de Sabbat a Sabbat me dedicaba a zambullirme y a sacar lo que allí había, dentro de esa fortaleza vacía queapestaba a cristiano. ¡Fue como expoliar a los egipcios! ¡Si ellos lo hubieran sabido! Subí una buena cantidad de oro, que cargaba en mi barco por las noches. También había habido polvo de oro, pero las mareas se lo habían llevado.

–¿Y nunca te preguntaste quién lo habría puesto ahí? –dijo Dan espiando el rostro calmado de Puck bajo la capucha de su manto. Puck sacudió la cabeza y apretó los labios.

–A menudo, ya que el oro era algo nuevo para mí –replicó Kadmiel–. Conozco toda clase de oros. Puedo contarlos en la oscuridad, pero ese era el más pesado y rojizo de los que nunca habíamos tenido. A lo mejor se trataba del mismísimo oro de Parvaim. ¿Y por qué no? Me dolió en el alma tener que llevarlo hasta el barrizal, pero comprendí que si la causa del mal permanecía allí, o subsistía la esperanza de encontrarlo, el rey no firmaría las nuevas leyes, y aquella tierra perecería.

–¡Qué maravilla! –dijo Puck, sin aliento, haciendo crujir las hojas secas.

–Una vez que el barco estuvo cargado, me lavé siete veces las manos, y me limpié cuidadosamente las uñas para que no me quedase ni rastro. Salí a través de la pequeña cancela por donde se arrojaba la basura del castillo. No me atreví a izar las velas, no fuese a verme alguien, pero el Señor me envió una corriente que me condujo con cuidado y, antes de que amaneciera, ya estaba lejos de tierra.

–¿No tenías miedo? –dijo Una.

–¿Por qué iba a tenerlo? No había cristianos en el bote. Al amanecer entoné mi plegaria, y arrojé el oro, todo, ¡todo aquel oro a las profundidades del mar! ¡No fue solo el rescate de un rey, sino el de todo un pueblo! Cuando me deshice del último lingote, el Señor ordenó a la corriente que me devolviese a puerto, y me condujo hasta la desembocadura de un río, desde donde caminé por el monte hasta llegar a Lewes, lugar en el que tengo hermanos. Me abrieron la puerta y me dijeron –yo llevaba dos días sin comerque me había desplomado

en el umbral exclamando: «¡Acabo de hundir en el mar todo un ejército con sus caballeros!».

–Pero no lo habías hecho –dijo Una–. ¡Ah, sí! ¡Ya entiendo! ¿Querías decir que el rey Juan podía haberse gastado el oro en eso?

–Más o menos –contestó Kadmiel.

Los disparos comenzaron a sonar de nuevo justo detrás de ellos. Los faisanes emprendieron el vuelo desde las copas de una fila de altos abetos. Pudieron ver al joven señor Meyer, con sus nuevas polainas amarillas, muy ajetreado y excitado al final de la fila, y luego oyeron la sorda caída de los pájaros.

–¿Pero qué hizo Elías de Bury? –preguntó Puck–. Había prometido darle dinero al rey...

Kadmiel sonrió esbozando una mueca.

–Le envié un mensaje desde Londres para comunicarle que el Señor estaba de mi parte. Cuando oyó que la peste había estallado en Pevensey y que un judío había sido encerrado en el castillo para curarla, comprendió que mis palabras eran ciertas. Él y Adah se apresuraron a ir a Lewes y me pidieron que les rindiese cuentas. Todavía pensaba que el oro era suyo. Le dije dónde lo había arrojado y les di pleno permiso para cogerlo... Pero en fin, de los insultos de un estúpido y del polvo del camino son dos cosas de las que ni siquiera un hombre sabio puede escapar. ¡Lo sentí por Elías! El rey estaba furioso con él porque no le podía prestar dinero; los barones también estaban furiosos con él porque oyeron que tenía intención de haberle hecho un préstamo al rey, y Adah estaba furiosa con él porque era una mujer odiosa. Se embarcaron con dirección a España. ¡Qué buena decisión fue esa!

–¿Y tú? ¿Viste la firma de la ley en Runnymede? –dijo Puck, mientras Kadmiel se reía silenciosamente.

–No. ¿Quién soy yo para inmiscuirme en cosas tan elevadas...? Volví a Bury, y presté dinero para las cosechas de otoño. ¿Por qué no?

Se oyó un crujido por encima de sus cabezas. Un faisán macho que aleteaba después de ser herido cayó casi encima de ellos, arrastrando en su caída una nube de hojas secas. Flora y Folly se lanzaron hacia él y los niños corrieron detrás. Cuando lograron hacerlos retroceder y colocaban el plumaje del ave, Kadmiel había desaparecido.

–¿Y bien? –dijo Puck con calma–, ¿qué os ha parecido? Weland forjó la espada. La espada trajo el tesoro y el tesoro hizo posible la Ley. Es tan natural como el crecimiento de un roble.

–No entiendo. ¿Acaso no sabía que se trataba del viejo tesoro de sir Richard? –dijo Dan–. ¿Y por qué sir Richard y el hermano Hugh lo dejaron allí? Y... y...

–Qué más da –dijo Una educadamente–. Ya nos dejará ir y venir y mirar y conocer otros tiempos. ¿Verdad, Puck?

–Tal vez en otro momento –contestó Puck–. ¡Brrr! Es tarde y hace frío. ¡Os echo una carrera a casa!

Bajaron corriendo al cobijo del valle. El sol casi se había puesto por detrás de Cherry Clack, los pisoteados caminos del ganado comenzaban a helarse por los bordes, junto a las cercas, y el recién levantado viento del norte trajo la noche de la cima de las colinas. Se lanzaron a correr por los pastos, y al detenerse, jadeando sin aliento, las hojas secas hacían remolinos a sus espaldas. Había suficiente roble, fresno y espino en aquella ducha otoñal como para hacer olvidar mil recuerdos.

Así que se dirigieron hacia el arroyo de la pradera, preguntándose por qué Flora y Folly habían perdido al zorro de la cantera.

El viejo Hobden estaba justo acabando de arreglar unos setos. Vieron su mandil blanco, reluciente a la luz del atardecer, mientras hacía haces con los desperdicios.

–Ha venido el invierno, señorito Dan –dijo–. Nos esperan tiempos duros hasta la feria del Cuco de Heffle. Sí, a todos nos alegra ver a la Antigua sacar al cuco del nido y dar comienzo legítimo a la primavera en Inglaterra.

Oyeron un estrépito, pasos y chapoteos en el agua, como si una pesada vaca estuviese cruzando el río delante de sus narices.

Hobden salió corriendo furioso hacia el vado.

–¡El toro de Gleason otra vez, haciendo de las suyas por toda la granja! Oh, mire, señorito Dan, sus huellas son tan grandes como platos. Su atrevimiento no tiene límites. Parece que es un hombre, o... Alguien.

Del otro lado del arroyo sonó una voz:

Me pregunto quién mudará su manto
cuando Puck le haya llevado a dar una vuelta,
o adónde irán esos fuegos fatuos a extinguirse.

Entonces los niños entraron cantando *Adiós, recompensas y hechizos*. Se olvidaron de que ni siquiera le habían dado a Puck las buenas noches.

CANCIÓN DE LOS NIÑOS

Tierra donde nacimos, recibe nuestra ofrenda
de amor y de afán en los años que vendrán,
cuando seamos mayores y tengamos un sitio
entre hombres y mujeres de nuestra misma condición.

Padre que estás en el Cielo y amas todas las cosas,
atiende a la plegaria de tus hijos
para que puedan ir creando día a día
un legado intachable.

Enséñanos de jóvenes a soportar el yugo,
con constancia y verdad cuidadosa,
y que luego, a su tiempo, la Gracia nos conceda
la verdad que mantiene a los pueblos.

Enséñanos a ser dueños de nuestro destino,
a guardar noche y día su control y su pureza,
para que podamos hacer, cuando sea preciso,
algunos sacrificios no fallidos o vanos.

Enséñanos a buscar en el fin que perseguimos
a verte a Ti como juez, y no a nuestros amigos,
que junto a ti podamos avanzar
al abrigo del miedo o favor del mundo.
Enséñanos a disfrutar de las cosas pequeñas,
de la alegría que emana de las conciencias puras;
perdónanos el mal que a otros hemos hecho,
y a amar a cualquier hombre nacido bajo el sol.

Tierra donde nacimos, nuestra fe, nuestro orgullo,
en cuya querida devoción murieron nuestros padres;
¡oh Tierra madre, te brindamos
nuestra cabeza, corazón y manos en los años que vendrán!

* ¿Por qué aspira el mundo a vanagloria
si aporta siempre dicha transitoria?
Tan pronto como llega huye ágil,
pues cual vasos de vidrio es cosa frágil.

^{**} ¿Del poder del gran César qué se hizo?
¿Y qué fue de riquezas y banquetes?
Dígalo Tullio.

* Robin Goodfellow es otro de los nombres que recibe Puck en la obra de Shakespeare, *El sueño de una noche de verano*. (N. de la T.)

* Kipling hace un juego de palabras con *Pharisees*, «fariseos», y *Fairies*, «duendes», por su proximidad fonética. Con este juego de palabras intenta no pronunciar la palabra «duende» para que no aparezcan. (*N. de la T.*)

Título original: *Puck of Pook's Hill*

Edición en formato digital: junio de 2012

© The National Trust for Places of Historic Interest of Natural Beauty

© De la traducción, Cristina Sánchez-Andrade, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-890-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

LA ESPADA DE WELAND	4
LA CANCIÓN DE PUCK	6
LA ESPADA DE WELAND	8
LA CANCIÓN DEL ÁRBOL	22
JÓVENES EN EL FEUDO	24
JÓVENES EN EL FEUDO	26
LA CANCIÓN DE SIR RICHARD	39
LOS CABALLEROS DE LA AVENTURA MARAVILLOSA	41
CANCIÓN DE ARPA	43
LOS CABALLEROS DE LA AVENTURA MARAVILLOSA	44
LA CANCIÓN DE THORKILD	61
LOS ANCIANOS DE PEVENSEY	62
LOS ANCIANOS DE PEVENSEY	64
LAS RUNAS DE LA ESPADA DE WELAND	80
UN CENTURIÓN DE LA TRIGÉSIMA	81
CIUDADES, TRONOS Y PODERES	83
UN CENTURIÓN DE LA TRIGÉSIMA	84
CANCIÓN DE LA BRITANIA ROMANA	96
EN LA MURALLA	97
EN LA MURALLA	99
UNA CANCIÓN PARA MITRA	113
LOS CASCOS ALADOS	114
LOS CASCOS ALADOS	116
UNA CANCIÓN DE LOS PICTOS	129
HAL EL DIBUJANTE	130
HAL EL DIBUJANTE	132
CANCIÓN DE LOS CONTRABANDISTAS	144
LA DESBANDADA DE DYMCHURCH	146
LA CANCIÓN DEL NIÑO DE LAS ABEJAS	148
LA DESBANDADA DE DYMCHURCH	149
UNA CANCIÓN EN TRES PARTES	160

EL TESORO Y LA LEY	161
LA CANCIÓN DEL QUINTO RÍO	163
EL TESORO Y LA LEY	165
CANCIÓN DE LOS NIÑOS	176
NOTAS	177
CRÉDITOS	182